

DIARIO

Habana 27 de Agosto de 1939

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America

Decano de
la Prensa
de Cuba

DE LA MARINA



Un EMPERADOR
NOS HABLA POR BOCA DE
SUS DESCENDIENTES

INCA

DE

OTRA HEREDERA DE
HOLANDA

DESCUBIERTA LA FORMA
DEL ATOMO

EL CINE Y LAS RELACIONES
INTERNACIONALES

ENRIQUE IV, HEROE SIN
IGUAL

A propósito de las
recientes

SACUDIDAS

Maximina Chogchuanca descendiente de Huascar
y Manco II





PESTAÑAS OSCURAS, LUJURIOSAS INSTANTANEAMENTE Y SIN DAÑO

De día en día es mayor el número de damas que realzan la belleza de sus ojos con Maybelline. Instantáneamente oscurece las pestañas, haciéndolas aparecer más largas y seductoras. Maybelline no contiene anilina, es absolutamente inofensivo, a prueba de escorzo y a prueba de lágrimas. Sumamente fácil de aplicar, Maybelline viene en preciosos y prácticos estuches. ¡Pruebe Ud. Maybelline y vea qué diferencial!

Maybelline

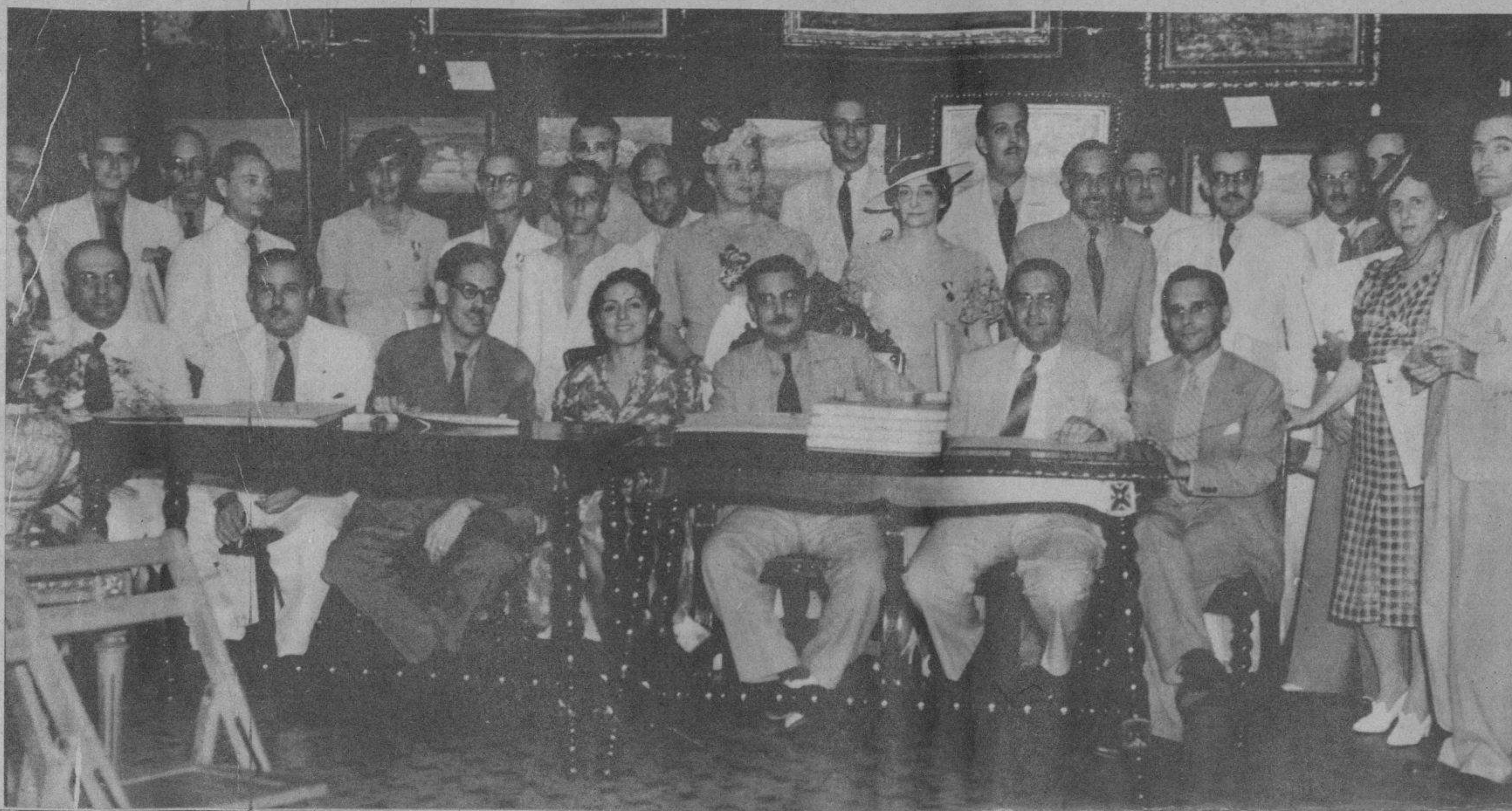
The Bedford

118 E. 40th St.
East of Park Ave.

NEW YORK

Telephone:
CA: 5-1000

Hotel respetable para familias, en una sección de ambiente refinado de Nueva York, ofrece habitaciones y apartamentos amueblados. Servicio de recepción en los muelles. Escriba pidiendo folleto ilustrado.



CON ANIMADA concurrencia celebró EL ARTE la entrega de los premios del Concurso de Fotografía Amateur, concurso organizado brillantemente por tan conocido establecimiento. Aparece aquí una vista de parte de la concurrencia y el Jurado en pleno, presidido por la gentil dama Sra. Anita Arroyo. (F. D.)



Por que será tan popular?

Ninguna muchacha, por atractiva que sea, puede ser popular y solicitada si se descuida con el olor del sudor.

Esta es una ofensa demostado grande para que nadie la tolere, especialmente hoy en día cuando es tan fácil evitarla con Mum.

Mum puede usarse en cualquier momento, antes o después de vestirse. No daña la ropa y suaviza la piel. Una rápida aplicación bajo los brazos, con un poco de Mum en la punta de los dedos y estará Vd. libre de esta preocupación. Use Mum diariamente.

MUM QUITA EL OLOR DEL SUDOR



UNA DE LAS orquestas formadas por alumnas del Conservatorio de Música del Instituto Edison, el afamado plantel viboreño. El Instituto Edison reanuda sus labores el día 5 de septiembre próximo. (Foto D. M.)



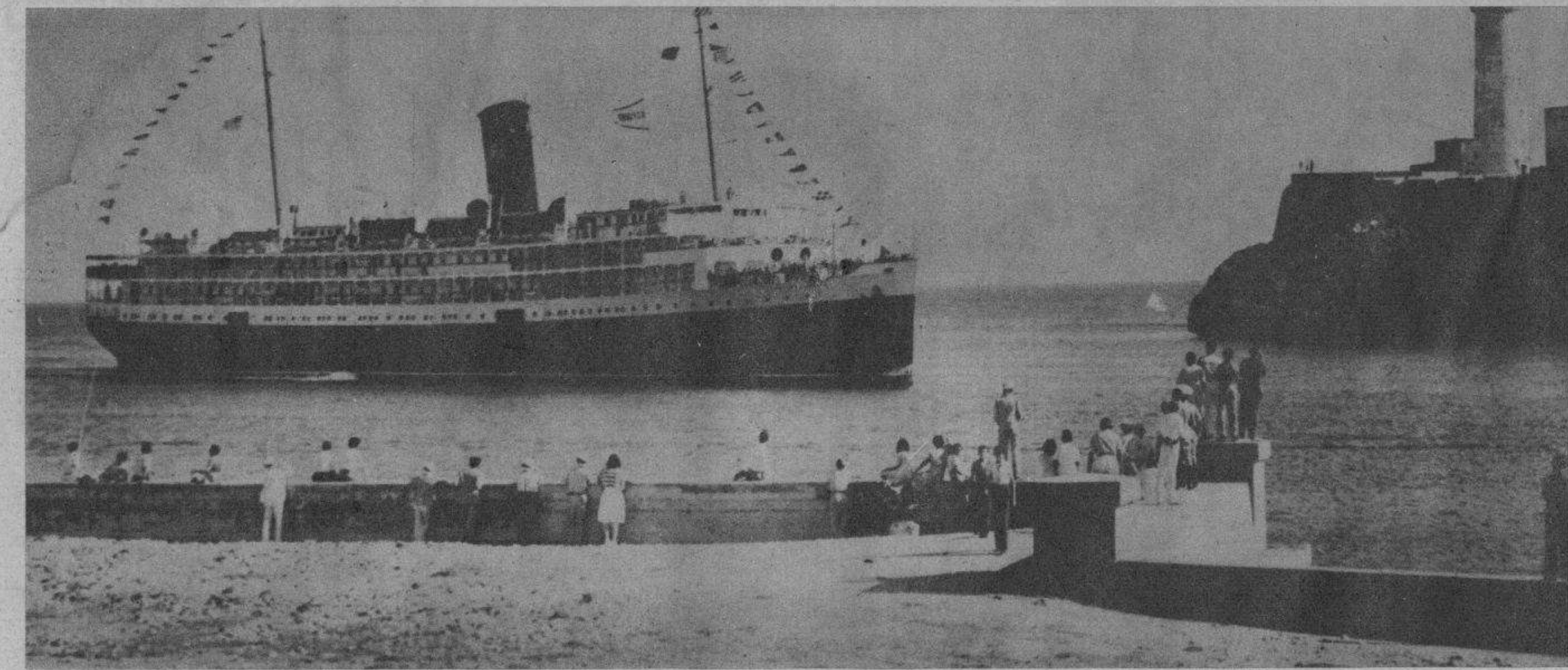
ADMIRABLE retrato al óleo de la distinguida señora Leonor Solino de Aristigüeta, debido a los pinceles maestros del ilustre Segura Ezquerro, que prepara una exposición, galería de retratos de personalidades de nuestra sociedad. (Foto D. M.)

PEDRITO - ROJA

Competentes Peluqueros, que desde mañana a mañana, Lunes, prestarán sus servicios en el gran Salón de Belleza

"Dolly"

Amistad, 308. Tel. M-1119.



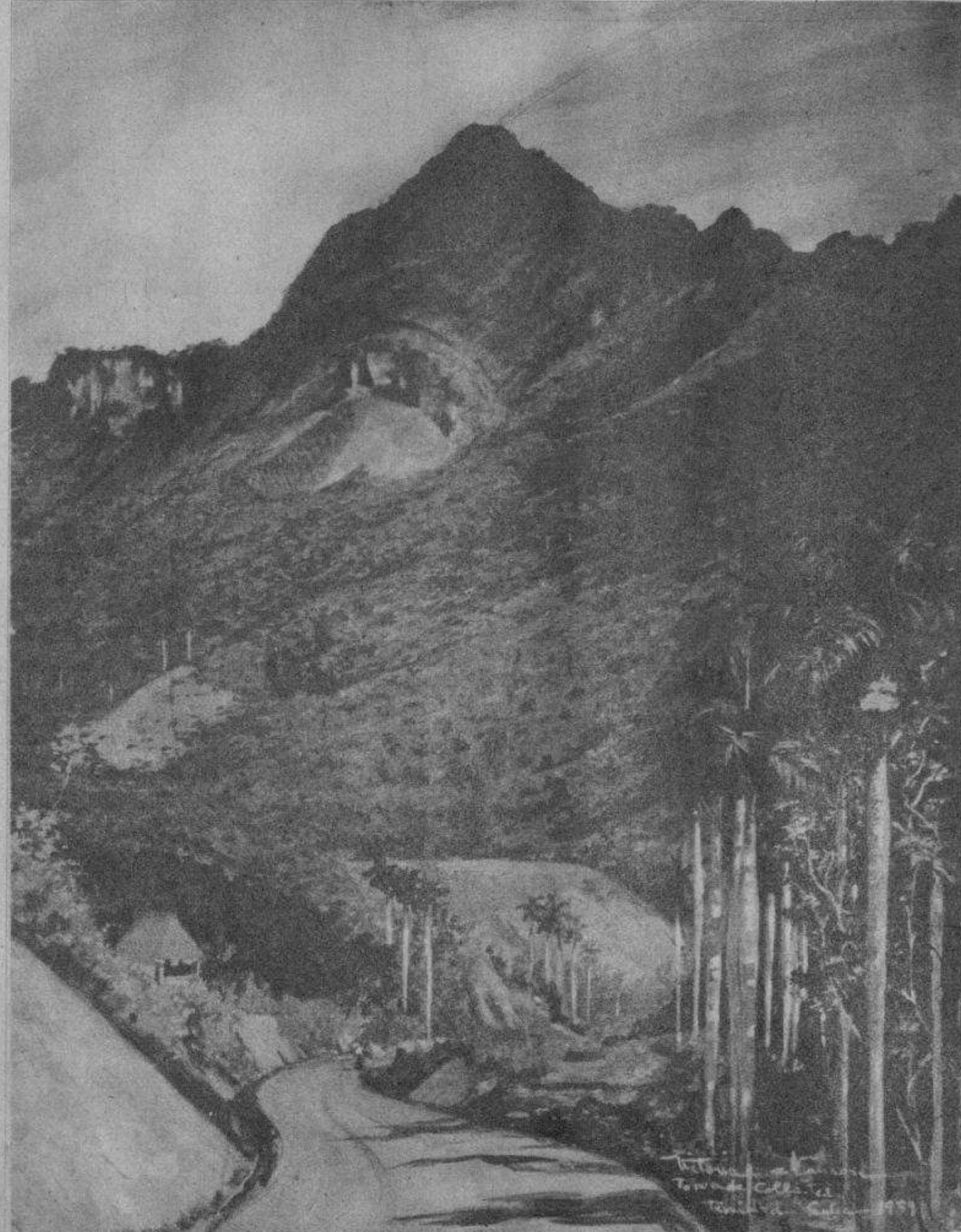
EL VAPOR «Florida» entra en puerto en su primer viaje, procedente de Miami, después de la interrupción del servicio de más de 30 días. A bordo del «Florida» se han devuelto a Cuba más de 400 pasajeros cubanos que han estado esperando la reanudación del servicio para su regreso a la patria. (Foto D. M.)



MAGNIFICO busto de la inolvidable poetisa cienfueguera Clotilde Rodríguez («La Hija del Damujá»), obra del escultor Carlos Era, que será donado a la Perla del Sur. (Foto D.)



VICTORIA Nanson, la notable pintora cubana, que en su reciente gira artística por el interior de la República ha captado admirables aspectos de nuestros valles y montañas, que exhibirá en el Lyceum del 5 al 9 de septiembre. (F. D.)



«PICO de Potrerillo». Topes de Collantes, con la gigantesca cresta cubierta de vegetación. En primer término la carretera que conduce al Sanatorio Nacional para Tuberculosos, maravillosa obra de ingeniería. Es uno de los oleos de Victoria Nanson. (Foto D. M.)



EN DIAS PASADOS, las distinguidas señoritas Marta Catalina y Rita María Brito y Cartaya, ofrecieron una simpática fiesta de despedida a sus amistades, en el Biltmore Club de Jaimanitas. Aparecen aquí en dos aspectos de tan animado acto. (Foto D. M.)



Dr. Valdés Anciano
M-1794 PRADO No. 62
Exclusivamente enfermedades Nerviosas y Mentales

HAVANA BUSINESS ACADEMY
ESPECIALISTAS EN EDUCACION COMERCIAL E INGLES.
Línea, 357-359. Vedado, y Neptuno y Amistad.
F-3043-A-6033.

Dr. Solano GRIMAL
Ex-Ayudante del profesor Metzger de CLEVELAND, OHIO
O-REILLY 407 Dptos. 601 al 604
Tel. A5-2862

EXCLUSIVAMENTE Enfermedades Alérgicas ASMA — URTICARIA CORIZA — JAQUECA
Consultas: de 10 a 12 a. m. y de 3 a 5 p. m.

ROUX Tinte - ROUX Shampoo-Tinte
AMBOS TIENEN LAS CANAS EN 18 BELLOS COLORES.
ROUX-LAC, ESMALTE DE UÑAS IDEAL DE LAS DAMAS
LOS PRODUCTOS ROUX SON INSUPERABLES
Distribuidor: «LA CASA COBO» Muralla 456 - Tel. A5-4671

DIARIO

Habana 27 de Agosto de 1939

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America.

Decano de
la Prensa
de Cuba

DE LA MARINA



Un EMPERADOR
NOS HABLA POR BOCA DE
SUS DESCENDIENTES

INCA

OTRA HEREDERA DE
HOLANDA
DESCUBIERTA LA FORMA
DEL ATOMO
EL CINE Y LAS RELACIONES
INTERNACIONALES
ENRIQUE IV, HEROE SIN
IGUAL
A propósito de las
recientes
SACUDIDAS

Maximina Choggehuanca descendiente de Huascar
y Manco II



CORTEZA rocosa, salpicada a trechos de vegetación escuálida, escasamente protegida por la corriente formada del deshielo en las altas cumbres, que a través de su líquido caudal dejan ver el lecho limpio con «cantos» cuyas aristas desgastó el continuo correr de las aguas.

Frio intenso en las horas de la mañana y de la noche, pero ardiente y seco calor al mediodía, como que el sol cae a plomo sobre las alturas, cercanas a la ciudad indígena de Kus-ki, antigua capital del Tahuantinsuyo, «el imperio de los cuatro vientos», ciudad «indiana» tan vieja como la Meca, donde cuenta la leyenda que uno de los soberanos se consideraba tan poderoso como capaz de detener el vuelo de las aves sobre su palacio, con sólo ordenarlo.

La mula nos transporta con lentitud, en camino ascendente, con paso tardo y tal seguridad, como si sus extremidades fueran parte de la ruta rocosa, que, por momentos, parece un laberinto; sube y baja, dobla a la derecha e izquierda, bordea precipios que dan vértigo, y se escurre por el flanco de una montaña, cuya mole de granito es tan imponente que en sus salientes amenaza caer sobre nosotros.

El guía indígena, como todos los de su raza, parece mudo. Responde a mis preguntas con monosílabos lentos, como si mentalmente agotara su cerebro, hurgando la contestación más breve, con pereza. Todo su ser transparenta desgano, cansancio... Parece que se fundieran en él el sufrimiento de siglos y siglos de esclavitud, desde la época del conquistador Pizarro...

—¿Falta mucho, compañero, para llegar?

—No, sior.

—¿A qué hora estaremos al final de la quebrada?

—Pronto, sior.

—¿Alguien vive por estas regiones desoladas?

—Sí, sior.

—¿Quiénes son?... ¿Les conoces?

—Sí, sior.

—Pero... ¿en qué trabajan?

—Serranos, crían vicuñas.

—¿Hay muchas vicuñas por aquí?

—Sí, sior.

Va adelante, guiándome en el camino, y responde sin dignarse mirarme; es tal la inmovilidad de su cuerpo, que parece haberse quedado dormido sobre la mula.

Como sigue sobre la mula con una inmovilidad que alarma, me dispongo a dirigirle la palabra, en circunstancias que extiende el brazo, señalando algo con el dedo índice, sin dar vuelta ni despegar los labios. Observo, pero nada distingo que llame mi atención. El sigue señalando—sin volverse—, como sabiendo que nada he distinguido aún.

—¿Qué ocurre?

—Serranos, vicuñas.

—Pero ¿a dónde?... No veo nada.

—Ayisito, sior.

Después de un momento, distingo a la distancia unos puntos imperceptibles sobre la ladera de una montaña vecina. Varios animales y un ser humano.

Pasan cerca de tres horas de marcha «muda», hasta acercarnos al «redil» que está al borde del camino.

Es una peruana de esas regiones, de unos veinte a veinticinco años, y como todos sus congéneres, viste la misma indumentaria en invierno que en verano, como que el día tiene las cuatro estaciones. Su traje es de «anaco» y carga rebozo, calza «llanque» y su copudo sombrero es de paja, con amplias alas. Todo su adorno consiste en un collar de «chaquiras», y unos «garzos» de plata maciza cuelgan de sus orejas; en una de ellas aprieta, junto al sombrero, una flor silvestre que le perfuma la cabellera.

Por tierras de los HIJOS del Sol

Su alojamiento es una choza de piedra, paja y barro, sin ventanas y con una sola puerta. Adentro, su cama consiste en un montón de paja amontonada en un ángulo, una mesa rústica y tres banquitos.

El corral está construido de piedras superpuestas, en impecable forma circular, que parece trazado a compás. Es un puesto del fundo «Herrera». Allí nacieron los padres, los abuelos y los abuelos de sus abuelos. Sólo salió del lugar un día de fiesta, muy de mañana, con rumbo a la iglesia parroquial del pueblo cercano, donde oyó misa mayor y recibió la bendición nupcial. Luego mercó algunos objetos que costaron pocos soles y le durarán de recuerdo, pues fué el fastuoso regalo de desposada; y regresó con su compañero, tan esclavo como ella, a pie, como había ido, con su rápido paso corto e incansable, para seguir mientras viva ignorada entre las altas cumbres.

—Cuénteme algo, amigo, de estas gentes. ¿Les conoce usted?

—Sí, sior.

—¿Hace mucho que se casaron?

—Cuatro años. Su marido es un «chuncho» (1)



Una perspectiva de Cuzco, la patria de la piedra. Hay en los viejos campanarios una serenidad de aldea que dice de los lejanos tiempos coloniales, de alegres aventureros españoles y hermosas castellanas apacibles.

haragán, que todo el día lo pasa «echado», masti-cando «acuyico» (2). Pero no hace mucho que están de «pleito» (3) y un día el «cholo» cargó sus «alforjas» y fuése al otro lado del Titicaca; dicen que está en Bolivia. Desde que se fué hará como nueve meses.

—¿Y por qué se enojaron?

—Cuentan que se cansó de ella porque es «borrada» (4), y sólo aguaitaba a que recibiera el pago de los pocos «soles» para «jalarlos» (5)... ¡Qué lisura! (6).

—¿No han intentado reconciliarlos?

—La pobre no tiene ni una «chompa» (7) para su abrigo, ni para su «chango» (8) de tres años, ni para el que espera...

Su agilidad y destreza es única para la cría de vicuñas; desde la madrugada hasta la noche se le ve aguaitando el ganado, con frío o calor, buen tiempo, nieve o borrasca, cumple su trabajo como

un deber sagrado. Los animales la conocen y obedecen sus voces, dadas en lengua aimará o quechua; la siguen desde el llano a la cumbre, a través de laderas, riachos y riscos. A su alrededor se aprietan a la hora de la «ración»; pero su niño de tres años, quietito y silencioso, va cargado a la espalda, sostenido por un poncho boliviano de rayas violentas.

Toda su vida se desarrolla en ese cuadro; la espina dorsal del continente no tiene para ella secretos en sus vértebras. La vista que se observa es majestuosa, de una grandeza infinita. Allí nació, creció, y la vigorosa naturaleza fué testigo de sus amores, de su desgracia y de las aspiraciones que guarda para su «chango» y para el otro que ha de nacer.

Proseguimos el viaje. El sol se oculta y desde los lados opuestos del horizonte se divisa una línea oscura, con que se anuncia una de esas improvisadas y fuertes tormentas. Los picos más altos de la cordillera parecen confundirse con los nubarrones. El indígena avizora con ojo escrutador la comba celeste, pero su semblante sigue impenetrable.

En ambas direcciones son cada vez más frecuentes los relámpagos que se acercan con rumbo contrario. Parece viviéramos el prólogo de un cuadro dantesco. La atmósfera está vacía y el ambiente lleno de una inquietud extraña, con el solo rumor del arroyuelo.

—Sior, vamos a guarecernos.

—¿A dónde?

—Ayisito, sior.

—¿Pero no distingo siquiera una choza!...

—Ayisito, «volteando» (9) a la diestra.

Seguimos un trecho más y llegamos a un «reparo» que forman las rocas. Echo pie a tierra. Tengo los huesos molidos por la falta de costumbre de este trajín y el raro caminar de la mula. Doy algunos pasos inseguros para desentumecirme.

La borrasca se ha precipitado. Es prolongado y ensordecedor el ronquido del trueno; parece que los peñascos rodaran al abismo. Todo se estremece. Miro con verdadera alarma a esa colosal montaña que está pendiente sobre mi cabeza, en una de cuyas casuales y caprichosas aristas estamos refugiados.

El agua se ha desatado a torrentes; aquello ya no es lluvia: son raudales caídos en bloque arrojados con fuerza sobre las montañas. El ánimo se sobrecoge.

Mi cícerone, con semblante impenetrable, mueve imperceptiblemente los labios como si invocara silenciosamente a la «Pachamama».

Un rayo debe haber caído por allí cerca, y ha estremecido todo el valle. Después de dos horas vividas en medio del terrible huracán encontrado con otro que traía igual fuerza, se ha descargado la atmósfera, calmado la lluvia, y el viento y el aire disipan los nubarrones. Pero su frío penetra hasta los huesos.

—Mucha lluvia; el vado de «ayisito» está cubierto.

Efectivamente, el arroyuelo ha triplicado su cauce; hay que hacer noche en el «redil» que hemos pasado.

Desandamos parte del recorrido y vamos a pedirle albergue a la «cholata desengañada». La encontramos llorando desesperadamente. Un rayo—posiblemente el más fuerte, que tanto me inquietara—ha caído sobre la majada y ha matado varias vicuñas.

Está aterrada. ¡Qué dirá el amo! ¡Tendrá que pagarlas con su trabajo!

Como he conocido al rico hacendado, en una tarjeta mía le dejo relatado brevemente lo ocurrido

... que la exquisita gentileza de éste, a quien en el Cuzco, le eximirá de una carga injusta a la vez que pongo en sus manos una libra pesada.

El guía le explica en su lengua, y sus temores desaparecen. ¡Un amigo del amo y libras en su mano diestra! ¡Quizá no las ha poseído nunca! ¡El regalo le parece una bendición de la tempestad!...

Continúa afanosa la cena que había comenzado a prepararnos, sabiendo que no se podría pasar un día con tan abundante lluvia, interrumpida por la fuerza de las vicuñas. Tomamos una riquísima chicha, que suelta la lengua de ambos y se escucha una franca cordialidad. La curiosidad femenina, estimulada por el licor, la ha puesto conmovida; y a intervalos, me pregunta, con la intención del guía, el cual aumenta y extiende el sentido de sus frases.

—Para tí cocino este almuerzo. (Guaicui chupita)
—Mañana llegarás al pueblo. (Ecaya challanqui mactaman).

—¿Cómo te llamas? (¿Ima suti qui maimanta?)

—De dónde eres? (¿Canqui?)

—¿A dónde vas? (¿Maita rinqui?)

Sirve la comida en gastados botijos de barro con prolijo esmero. Toda la cena es regional: se sirve (pescado cocido en limón), **palta rellena**, **champi de huesillo** (duraznos) y **manjar blanco** (dulce de leche). Era el menú que le guardaba al amo, y él le espera todos los años por esos mismos días.

Nos preparamos la «cama» con las «pilchas» de la mula. Al abrigo de la **nina** (fuego) me tapo los pies con una **chusi** (colcha doble), mientras ella, sentada con las piernas cruzadas como aparece en sus estampas, al lado de la lumbre, comienza a **pifuscai** (hilar).

Jamás me venció sueño tan profundo; ha sido el cansancio y la falta de costumbre de tomar chicha (10).

Con la **pacha pacari** (aurora) nos sirve el desayuno, advirtiéndonos: **jagua** (afuera) ha nevado; y rezonga en su extraña jerigonza contra **supay** (el diablo), mientras «el guía» ensilla las mulas minutos después me despide:

—Dios allin punchaita cosunque. (Buen día te dé Dios).

o o o

Seguimos. Más que camino parece aquello un calvario interminable de subidas y bajadas, que crispando los nervios.

Cuando el sendero lo permite, camino pequeños trechos a pie... ¡Y pensar que así han marchado y contramarchado, una y cien veces, los ejércitos de la Conquista!

Procedentes de Paucartambo nos dirigimos al Cuzco, la ciudad de la leyenda incaica; cuanto más nos vamos acercando a ella, salpican las sierras ganados, chozas, pequeños poblados; los indígenas que cruzan por el camino nos saludan ceremoniosamente.

El río Urubamba nos cierra el paso; sus aguas han de ir a volcarse en el torrentoso Ucayali, y juntos corren hacia el Amazonas, para llegar por fin al océano después de cruzar de Oeste a Este el corazón de América.

Perú es el único país del Pacífico que, por medio de sus caudalosos ríos, tiene salida al Atlántico. Ya en 1541 lo probó y comprobó el caballero Francisco de Orellana, siguiendo directamente su viaje a España.

A lo largo del río se suceden los caseríos, cuyos habitantes se dedican a la cría del ganado. El día es hermoso y la tranquilidad del ambiente tiene una extraña majestad.



ARRIBA: Una india «quechua», en el Cuzco, la ciudad de la piedra, sonríe al objetivo, absolutamente extraño para ella. En Chinchero, cerca del Cuzco, estos indios del antiplano andino llevan a vender al mercado del Cuzco la lana de llama y de vicuña, propiedad de la señora Maximina Choquehuanca, la descendiente directa de Huascar y Manco II.

Llama mi atención la actividad de unos «cholos» que a la distancia parece que bailaran. Nos acercamos; están preparando barro para sus construcciones. Sus chozas son de «dos aguas», al abrigo de altos árboles y elevadas montañas.

Proseguimos la ruta hacia el Cuzco, para cuya entrada debemos hacer un largo rodeo, ya que la elevada cintura de montañas deja un solo sitio accesible; aun viajando en aeroplano, pues las cumbres se confunden con las nubes, que ya han provocado más de un accidente de aviación.

El «guía» me señala un rancho de mejor aspecto que los otros.

—Pasaremos junto al fundo de los «incas».

—¿Quiénes son?

—Descendientes de los últimos emperadores del Perú.

Y responde con significativa importancia, explicándome a media lengua que son descendientes de Huascar, Tupac Amarú y Manco II. Todos los naturales lo reconocen así y les respetan como tales. Unos «soles» regalados a mi cicerone le hacen tomar ruta directa al caserío de «sus señores, los incas».

Al apearnos somos recibidos con exquisita gentileza. Unos domésticos tienen las mulas de la brida, otros nos llevan junto a su «señora» que sale de las habitaciones. Mi compañero, en idioma «quichua», debe estar «recomendándome eficazmente», pues todos me miran con curiosidad.

Los habitantes de esta morada tienen porte superior, maneras desenvueltas, mejor indumentaria y son más aseados. Aquí se guarda, como algo sagrado, la tradición; se llora la esclavitud de una raza fuerte, trabajadora y aguerrida, que poseyó inmensos reinos, palacios, ejércitos, riquezas... y que hasta hoy perdura, desde la época de Pizarro.

La dueña de casa es Maximina Choquehuanca; debía ceñir la corona de sus antepasados. Hace años casó con otro «quechua» de «pura cepa», don Miguel Kispi, sin que hayan tenido sucesión. Le interrogo:

—¿Es verdad que usted señora, descende de emperadores incas?

—Sí, sior.

—¿Y el gobierno del Perú no lo reconoce?

—Enantes (11) eso era importante, pero ahora hay que vivir trabajando sobre el ganado y las tierras que nos **jalaron** (12) los españoles primero y los peruanos blancos después.

La conversación se generaliza sobre muchos puntos. La princesa indígena, que nació destronada, responde con desenvoltura:

—Su familia, desposeída por los primeros conquistadores, se ha distinguido en diferentes épocas sirviendo a España. El **inca** Garcilaso de la Vega es una de las glorias de las letras castellanas.

—Sí, sior, y no solamente en España; donde más sirvieron mis antepasados fueron aquí, en el Cuzco, el doctor José Domingo Choquehuanca recibió a Bolívar en su paseo triunfal; pero...

Un gesto de resignación dice lo demás. Sus ojos dejan traslucir, con mansedumbre, el pesar de la esclavitud.

Nos obsequian con exquisita chicha, con pisco y unas empanadas riquísimas, pero «bravas», picantes... que incitan a beber más...

Para recuerdo me obsequia con un poncho típico de fuertes rayas azules, amarillas, negras y rojas y un **tiahuanaco** (13) de bronce de más de trescientos años, para que el amigo blanco no olvide a los «cholos del Perú».

(1) «Chuncho», indígena peruano que rehuye el trato de la gente.

(2) «Acuyico», hojas de coca.

(3) «Pleito», estar seriamente disgustados.

(4) «Borrada», picada de viruelas.

(5) «Jalarlo», quitarlo.

(6) «¡Qué lisura!», exclamación sinónima a ¡Qué insolencia!

(7) «Chompa», tricota tejida de mucho abrigo.

(8) «Chango», hijo pequeño.

(9) «Voltiando», doblando.

(10) «Chicha», vino regional de efecto inmediato.

(11) «Enantes», antes.

(12) «Jalaron», quitaron.

(13) «Tiahuanaco», Dios simbólico preincaico.

En este mapa, el ingeniero Sr. Montouliou ha trazado la línea mineralógica que atraviesa la Isla de Cuba. El brillante relato que hace, a beneficio de los lectores del DIARIO, demuestra que, lejos de ser un augurio catastrófico, los recientes sismos constituyen una bendición que cae sobre nuestro territorio.

sísmico resulta inusitado, ya que es tradicional que esa parte central de la Isla está al margen de terremotos, excepto en la Zona de Trinidad, al sur de esa provincia, porque en su zona marítima existen grandes profundidades submarinas.

Conociendo su intensa labor profesional que desde hace 16 años ejerce, como técnico de una de nuestras grandes industrias, la Cervicería y Fábrica de Hielo «La Tropical», sin haber un momento abatido su interés activo en la Hidrología Cubana, tanto en la Sociedad Cubana de Ingenieros, de la que es uno de los trece iniciadores; la Sociedad Geográfica de Cuba, de la que también es miembro fundador, y en la Academia de Ciencias, donde ocupa un cargo en su Directiva, sabíamos de antemano que nos sería difícil poder entrevistas al antiguo amigo; sólo sorprendiéndolo en el bay-window de su morada de la Calle B, a discreta cercanía de la estrechísima calle 23, donde hasta altas horas de la noche y madrugada se le puede ver, siempre leyendo y anotando revistas técnicas recientes a la excelente «Luz del día», artificial, I. E. S. de una lámpara de estudio moderna.

—Ahora puedo leer el doble—nos dijo, sonriendo al saludarlo. Este es mi cine, mi club, mi playa—nos repitió sintéticamente el ingeniero Montouliou, contestando a nuestra observación de que ya era la hora del descanso. Y un «pase usted» amable nos abrió las puertas de su acogedor hogar, y la oportunidad de dar a nuestros lectores una opi-



NOTABLE CONFIRMACION

DE UNA HIPOTESIS CIENTIFICA

LOS RECIENTES MOVIMIENTOS SISMICOS EN LA REGION NORTE DE LAS VILLAS HAN OCURRIDO PRECISAMENTE EN EL DERROTERO DE LA "FALLA NORTE DE CUBA", PREFIJADA HACE 13 AÑOS POR EL ACADEMICO INGENIERO ENRIQUE J. MONTOLIEU ANTE LA ACADEMIA DE CIENCIAS, EN MAYO 19 DE 1926.—UNA SINTESIS DE SU TEORIA CIENTIFICA QUE EXPLICA EL FENOMENO QUE HA ALARMADO UNA EXTENSA Y BIEN POBLADA REGION CUBANA.— NUEVAS REVELACIONES HISTORICAS QUE LA CONFIRMAN.—"NO ES NUNCIO DE CATASTROFES, SINC MENSAJES DE PROSPERIDAD FUTURA"

A PROPOSITO DE LAS RECIENTES Sacudidas

En estas columnas del DIARIO, así como en las de nuestro fraterno colega «Avance», se han publicado la pasada semana completas noticias telegráficas de los terremotos que conmovieron la región Norte de las Villas. Con el fin de ilustrar a nuestros lectores y a la opinión pública en general sobre las causas de la intensa sacudida de gran parte del suelo cubano, también se publicaron las opiniones de Directores de Observatorios, como el Nacional, ingeniero Carlos Millás, y el del Colegio de Belén, del Rvdo. Padre Gutiérrez Lanza. En síntesis, la opinión sustentada fué de que este movimiento

habiéndose registrado allí algunos temblores de tierra, hace años.

Como al ir llegando días pasados los detalles más completos de los efectos del sismo la atención pública se mantiene viva sobre el fenómeno, mucho más al sorprender a altas personalidades científicas que llevan un record permanente de estos accidentes telúricos en nuestra Isla, un repórter del DIARIO visitó al ingeniero Enrique J. Montouliou, Académico de Ciencias, del cual es bien sabido que, por un tercio de siglo se ha especializado en el estudio del subsuelo cubano, en relación con sus investigaciones hidrológicas.

nión autorizada más, entre las científicas ya publicadas en Cuba.

—¿Sobre los terremotos de las Villas?—nos contestó aclarando el objeto de nuestra nocturna visita. —Llega usted muy oportunamente, pues estaba recortando, ¿ve usted?, estas noticias de los diarios de esta semana, para mi archivo particular, referentes a este fenómeno. Y mostrándonos un gran mapa de Cuba que desenrollaba en una mesa vecina, nos señaló en él dos líneas rojas de puntos que nos parecieron dos «rosarios» extendidos suavemente, casi paralelos a las costas Norte y Sur de Cuba, de Occidente a Oriente. Y continuó:

—Este mapa de Cuba fué mi elocuente compañero (los ingenieros no lo somos) en la lectura de mi trabajo Génesis de las corrientes subterráneas en la meseta central de Cuba, en la sesión aniversario anual de la Academia de Ciencias la noche del 19 de Mayo de 1925. Nos enseñó entonces

un recorte, diciendo: —¿Ve usted este cuadrito de 2 por 3 pulgadas, que publicó «Avance» en su primera plana del martes pasado 15 de agosto? Es para mí de un gran valor personal y profesional, y me causa una grande y alentadora satisfacción. Leemos el cuadrito, que dice: Poblaciones que reportaron el sismo: Sagua la Grande, Remedios, San Diego del Valle, Camajuani, Caibarien, Calabazar de Sagua, Vega Alta, Placetas, Yaguajay, Encrucijada, Cifuentes, Isabela de Sagua y Mayajigua. Y añade el ingeniero: Si usted observa éste, para mí histórico mapa, verá que esa línea que se asemeja a un «rosario», paralelo a la costa Norte, corre por el centro geométrico de la zona donde esos pueblos están enclavados. Mi hipótesis es que ese «rosario» marca el derrotero aproximado de una serie de profundas (los manantiales termales allí lo atestiguan) fallas y fracturas y que estos terremotos recientes (enero y agosto de 1939) no son más que pruebas irrefutables de su movimiento tectónico, o en lenguaje corriente, de deslices o resbalamientos de acomodación de equilibrio de las grandes masas de rocas profundas separadas por esas hondas quebraduras que los geólogos llamamos fallas y fracturas.

Al interrogarle de nuevo el significado de esos dos «rosarios», nos contesta amablemente:

—Estos dos «rosarios» que usted ve, uno siguiendo paralelo a la costa Norte y el otro a la Sur, marcan, en cada una de sus numerosas «cuentas», como a un misterioso emisario de las profundidades del planeta. Ese gran susto que han pasado nuestros laboriosos hermanos villareños no es, a mi modesto juicio, nuncio de ingentes catástrofes. sino, al contrario, son mensajes alegres de prosperidad futura y de riqueza latente oculta en ese subsuelo crepitante días pasados.

Le solicitamos una explicación de su optimismo, y tomando un grueso volumen de las «Anales de la Academia de Ciencias de la Habana», tomo LXIII, de mayo y junio de 1926, nos contesta:

—Voy a leerle las «cuentas» de ese largo y maravilloso «rosario» que en la región Norte de Cuba, y de las minas de cobre de Matahambre, en Occidente, hasta las minas de cromo en mi terruño camagüeyano, he logrado destacar del rico subsuelo patrio. Para no cansarle, me limitaré sólo a las provincias vecinas: Matanzas y Santa Clara. Y lee los Anales.

Parte de la «Falla Norte de Cuba».—Y entrando en la provincia de Matanzas por el Risco, Sierra de Camarones, Elena, Pan de Matanzas, Corral Nuevo, mina de asfalto «El Recreo» y de cobre del mismo nombre, pasando en seguida a la ciudad de Matanzas, por las Cuevas de Bellamar, maravilla subterránea que fué cavada por solución y erosión producidas en corrientes subterráneas que rebotaban la falla en ese punto para buscar su salida al mar, siguiendo hasta los manantiales sulfurosos de Hatico, en las Iberias de Camarioca y yacimientos paralelos de asfalto en Guamacaro pasa por Cueva La Loca, con su frente Norte inmediato a la ciudad de Cárdenas, dando origen a los yacimientos de asfalto números 1, 2 y 3, en el Lecho de la Bahía, y mientras que su frente Sur, por Coliseo, se destaca con los manantiales sulfurosos y medicinales de San Miguel de los Baños. Y sigue por Guipúcoa hasta el término de Martí, donde en Playa Menéndez da origen a manantiales sulfurosos, entrando en la provincia de Santa Clara por Corralillo, donde surgen los manantiales termales de Elguea, al Sur de los que está la mina de nafta Motembo, y sigue por Sierra Morena, Rancho Veloz, Ramona, Quemados de Güines, Ojo de Agua de Malpues, manantiales de Amaro, Cifuentes, Ojo de Agua de Calabazar de Sagua, Encrucijada, Lomas del Purial, Vega de Palmas (Camajuani), Fuentes de Bartolomé y Vifias (Remedios), siguiendo por (Zulueta) las Sierras de Bamburanao (Yaguajay) y Meneses hasta los Baños de Mayajigua que son termales, a terminarse en Camagüey hacia los manantiales

sulfurosos de Guadalupe, por Morón, etc. etc.

Y añadió el ingeniero Montouliou, como explicación adicional a su lectura:

—En este mapa, del cual le daré copia parcial, se ve el rumbo general que sigue esta estrecha faja de notable continuidad de fallas, fracturas, manantiales termales, sulfurosos y potables (Vento entre ellos), minas de asfalto, cobre, cromo, etcétera, que en conjunto constituyen las preciosas cuentas de estos «rosarios» de gemas preciosas que yo veo como engarce apropiado de nuestra Perla Antillana. Para mí constituyen la base de riqueza pura y netamente cubana, si es que en el futuro, más que en el presente, sabemos «rezarlos» los cubanos, con o sin ayuda extraña.

Otras noticias que cuidadosamente recortaba para guardarlas en su archivo profesional, publicadas en estos días, confirmatorias de su hipótesis científica, que como vemos está «anclada» firmemente en nuestro subsuelo, son las siguientes:

—Publica el doctor J. A. Martínez Fortún que el 11 de junio de 1880 y abril 25 de 1896, se produjeron también temblores de tierra en el Barrio de Guadalupe.

Y del Padre Gutiérrez Lanza guardó el ingeniero otra interesante nota:

—En Matanzas se recuerdan tres sacudidas en 1812, 1852 y 1880, todas pequeñas, y otra en septiembre de 1864, que trajo ruidos extraños en el fondo de la bahía, acompañados de surtidores espumosos que se elevaban sobre la superficie de las aguas.

Y añade Montouliou:

—Esta noticia, que no conocía, es de inmenso valor en mi firme hipótesis.

Y otra más: «Fumarola en Yaguajay». Con ese título, por la Prensa habanera, el 16 de febrero de 1939. Yaguajay. Una intensa grieta descubierta en la cima de la Loma Montalvo, una de las alturas máximas de este término, la cual grieta tiene 20 metros y expulsa gases en abundancia con olor semejante al ácido sulfúrico, produciendo un calor intensísimo, con ruidos semejantes a explosiones subterráneas.

No quisimos abandonar la amable compañía de nuestro antiguo amigo, sin hacerle una pregunta final:

—¿En qué se relacionan las fallas geológicas con la riqueza aurífera, potable, mineral o termal y en general con las minas de metales valiosos y las de asfalto, petróleo, etc?

Pronto nos contestó el ingeniero Montouliou, leyéndonos, de su citado trabajo, que tenía en sus manos, el siguiente párrafo:

—El conocimiento inicial de la situación y rumbo de las fallas y pliegues principales de las estratificaciones de un país es esencial como guía principal para las investigaciones mineras e hidrologías, pues tanto los fluidos minerales, como petróleo, agua o gas, como los sólidos metalíferos, son más o menos asequibles conforme a su alojamiento en los senos de los plegamientos o las fallas. Muchos nuevos depósitos metalíferos, acaso ricas minas, están esperando en esas zonas definidas la exploración del experto geólogo y sagaz minero ya que la mayor parte de las minas metalíferas fueron depositadas por soluciones ascendentes, por antiguos manantiales termales hoy «apagados» y, por tanto, ya mineralizados. Ya a los 20.000 pies de profundida existe la temperatura de 300 grados F., lo que resultan 88 grados sobre el punto de ebullición del agua. Pero es que el agua a esas temperaturas y presiones corta a las rocas profundas como un ácido y así, al ascender ya mineralizada, viene a rellenar los filones y vanos abiertos en las fallas.

Al sorprendernos esas temperturas, el ingeniero Montouliou nos mostró el «corte» del pozo de petróleo más profundo del mundo, el del Valle San Joaquín de California, donde a 15.000 pies de profundidad se ha encontrado hace pocos meses una temperatura de 268 grafos F., muy cerca de la

citada por el ingeniero en su trabajo, hace trece años.

La entrevista se prolongaba, pero para completar esta información, volvimos a inquirir acerca de si se ha confirmado esta hipótesis por posteriores estudios geológicos. Amablemente nos mostró el Boletín de Minas número 16, de reciente edición (1938), publicado por la Dirección de Montes, Minas y Aguas de la Secretaría de Agricultura. En este Boletín, que dirige el jefe de ese departamento técnico de la Secretaría, ingeniero de Minas señor José Isaac Corral, distinguido Académico de Ciencias, se ha dado a la luz pública el valioso Estudio Geológico de la parte Central de la provincia de Santa Clara, por el eminentemente geólogo profesor Rutten, de la Universidad de Utrecht (Holanda), realizado en los meses de febrero, marzo y abril de 1933, y nos permitió copiar de su página 14, de ese Boletín, lo siguiente:

Dice Rutten: «En otros lugares, trazas de asfalto o de petróleo en contacto entre las serpentinas y las otras formaciones, también indican un contacto tectónico, por ejemplo, cerca de Santa Clara, y en la mina de asfalto Ana María, al sureste de Placetas. Finalmente, encontramos la evidencia directa de un contacto tectónico entre las calizas Aptychi y las serpentinas al este de Santa Clara, donde en una caliza brechosa-serpentina se formó un contacto de las dos formaciones y en la zona serpentínica al sur de Camajuani, la cual está allí tan fuertemente cortada, que simula una estructura estratificada, paralela a los contactos entre las serpentinas y las otras formaciones».

«Con estas evidencias de contactos tectónicos se presume que, donde quiera que se encuentre en este distrito una línea de limitación clara entre estas formaciones, sin ninguna indicación de metamorfismo de contacto, es «tectónico» este contacto, y formado por sobre-empujes o «fallas».

Y nos comenta el ingeniero Montouliou:

Y nos comenta el ingeniero Montouliou:

—La Exploración 6a. de Rutten, que fué la que más avanzó de Santa Clara hacia el Noreste, cruzó la línea de nuestra «FALLA NORTE» (véase mapa) entre Encrucijada y Camajuani y hemos tenido la complacencia de que Rutten confirmara en sus Mapas Geológicos que acompaña a su Informe la existencia de una Falla Tectónica del mismo rumbo NW-SE y en la misma línea indicada por nosotros siete años antes, entre los dos citados pueblos; Línea que ha venido a ser hoy el EJE de los movimientos sísmicos observados, y que además, se explicará su impresión al cruzar esa Línea de la que Rutten dice (pág. 40):

«Ante nosotros se presenta una Cordillera de Lomas con dirección de NW-SE en Santa Fe (Camajuani). Está formada por Calizas Aptychi, plegadas con mucho declive y algunas FALLAS, con dirección aproximadamente paralela a la Dirección de las Cordilleras».

Y más al Este, al Norte de Placetas, dice Rutten (pág. 42):

«Encontramos las Serpentininas hasta llegar a las Lomas que forman la CONTINUACION de la Loma de Santa Fe que están constituidas por calizas estratificadas CON FALLAS Y PLIEGUES DE GRAN BUZAMIENTO».

Terminando su comentario, el ingeniero Montouliou concluye:

—Además, Rutten encontró y dejó marcada en sus Mapas una larga triple-falla en el mismo Rumbo NW-SE al Este de Zulueta, en su Exploración, 10a. y última, que corrió de Sur a Norte desde Jiquima hasta Jarahueca. Y es lástima grande que no hubiera continuado esa exploración en la misma dirección, hasta el Valle de Yaguajay, donde hoy surgen fenómenos tan interesantes como los arriba anotados.

Ante estas honrosas evidencias, nos despedimos felicitando al ingeniero Montouliou, por tantas y tan altas confirmaciones de su importante hipótesis, hoy de verdadera actualidad nacional.

I A introducción de la imprenta en América es una de las glorias puras de México. Su instalación formal, definitiva, data de 1539, siendo posible que los primeros misioneros franciscanos—según hipótesis del doctor Emilio Valton en su magnífico libro «Impresos mexicanos del siglo XVI»—se hayan ingeniado la manera de hacer o mandar hacer algunos grabados en madera «que después se imprimían sencillamente en papel de maguay o en cualquier otra materia de las que acostumbraban usarse para los códices». Posible es también—dice Valton—que el impresor Esteban Martín, que pudo haber hecho el viaje a México en unión de Zumárraga en 1534, lo hizo «con alguna pequeña prensa y unos cuantos elementos de imprenta».

El insigne maestro don Joaquín García Icazbalceta, cuando aseguró que el año más indicado para la llegada de la imprenta a México era el de «1536 acaso ya entrado el año», hizo tal aseveración «con la desconfianza propia del que camina en tinieblas»; pero desconocía el texto del contrato que el 12 de junio de 1539 firmaron en Sevilla Juan Cromberger, alemán, y Juan Pablos (Giovanni Paoli), italiano, para traer a México la maravillosa invención. Ese documento fué encontrado en 1908 por don José Gestoso y Pérez en el Archivo de Protocolos de Sevilla. Y mientras no haya otro documento que venga a señalar una fecha anterior a ese episodio histórico, habrá que mantener un límite que viene a orientar investigaciones: la fecha de 1539 como la cardinal en la historia de la imprenta en América. En 1580, Antonio Ricardo introdujo en Lima la primera imprenta, llevando de México los materiales; y en 1660, fray Payo Enríquez de Rivera la introdujo en Guatemala.

El documento de 1539 y el estudio del doctor Valton dejan, con diáfana claridad, establecido el panorama histórico en que la imprenta se formalizó en México. Ha tenido Valton el cuidado escrupuloso de hacer indagaciones sobre los orígenes de la imprenta en Europa, a fin de establecer paralelos y anotar parentescos de la de América con la de ultramar, por ejemplo con la de Inglaterra, encontrado que Juan Pablos usó en 1559 la hermosa portada que Edward Whitchurch puso en «Paraphrase of Erasmus upon the new Testament». (Londres, 1538).

Analizando ese panorama histórico, se puede encontrar razones para afirmar que, mientras no haya documento que supere el contrato de Cromberger, 1539 es la fecha prócer en la historia de la imprenta en América.

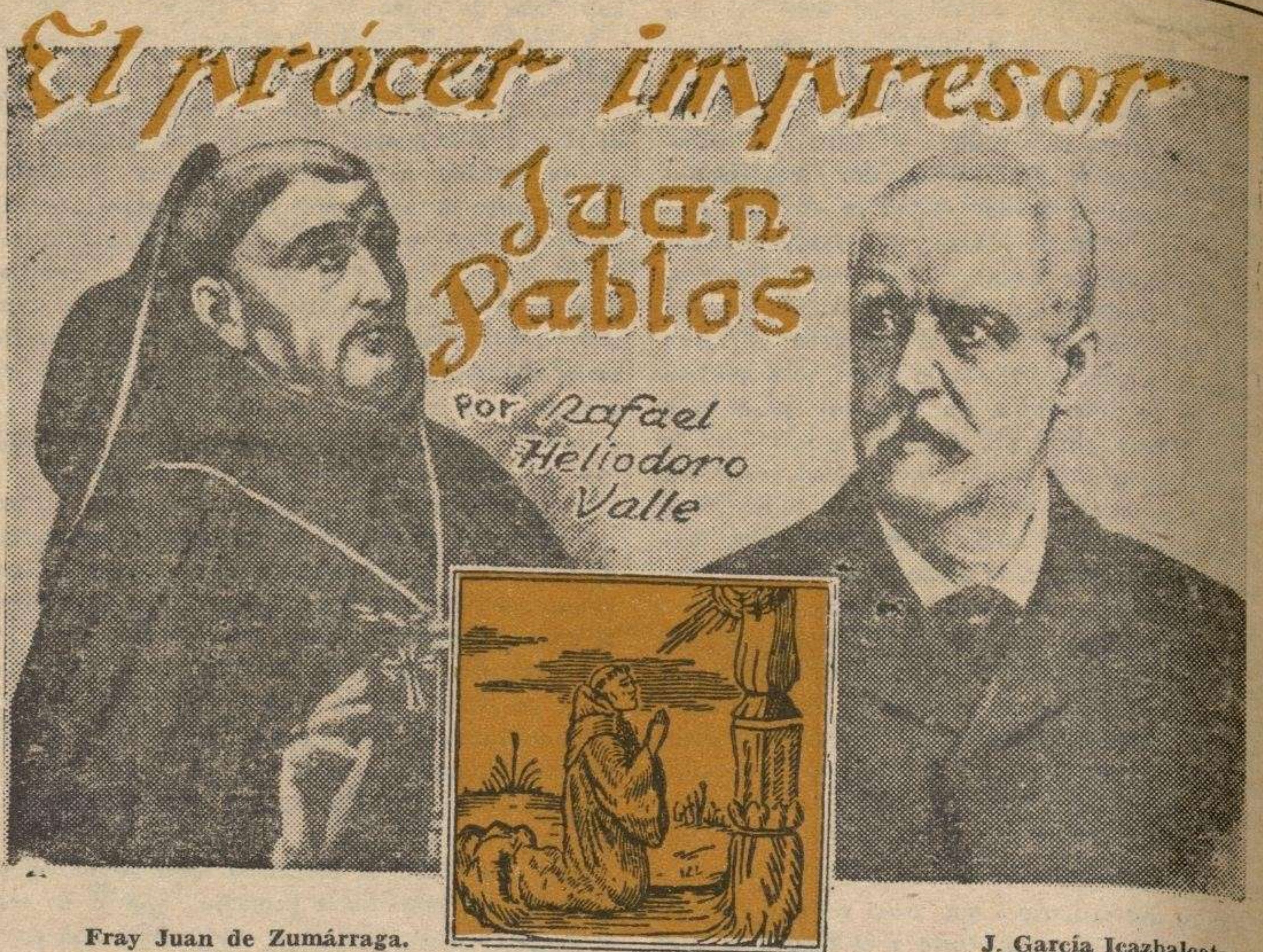
Ni Hernán Cortés ni Bernal Díaz prestan testimonio a favor de un año anterior a 1539, ya que se trata de un suceso de gran trascendencia, y ellos fueron muy puntuales al hablar de otros de importancia mínima.

El cronista González Dávila afirma que el virrey Mendoza la trajo en 1532 y que el primer libro impreso fué la «Escala espiritual», que tradujo del latín al castellano fray Juan de la Magdalena, asentando que el primer impresor fué Juan Pablos Este, queda probado definitivamente que no vino a México hasta 1539, y se sabe que Mendoza llegó en 1535.

Dávila Padilla, otro cronista respetable, sin dar la fecha de la edición, asegura, respecto al mismo libro, que lo imprimió Juan Pablos, primer impresor que a esta tierra vino, y esta afirmación sí es categórica, sin que se niegue por ello la posibilidad de que tal libro se haya impreso aquí; pero por su reducida edición, por el destino que se le daba, es posible que se hayan destruido todos los ejemplares.

El rey ordenó a los oficiales de la casa de Contratación de Sevilla en 1538 que imprimiesen y encuadernasen hasta 500 ejemplares de una obra de fray Juan Ramírez, que debía ser traída a México para que la revisaran «los mejores lenguas» y devolverla a Sevilla para que se imprimiese en casa de Juan Cromberger.

De acuerdo con el doctor Valton, «por el carácter casi insignificante de la imprenta mexicana en ese entonces, se explica el silencio del virrey



Fray Juan de Zumárraga.

Capitular de una obra mexicana del siglo XVI.

J. García Icazbalceta

don Antonio de Mendoza, quien al dirigirse al virreinato no dice una palabra de la imprenta».

La Real Cédula del 6 de junio de 1542 dice: «Me ha sido hecha relación que el dicho Juan Cromberger, a instancia de nuestro virrey de la Nueva España e del obispo de México, envío a aquella tierra oficiales e imprenta».

Tan no había imprenta formal en 1528, que Zumárraga le decía ese año al emperador: «Poco se puede adelantar en lo de la imprenta por la carestía del papel, que éste dificulta las muchas obras que acá están aparejadas y otras que habían de nuevo darse a la estampa, que se carece de las más necesarias y de ahí que son pocas las que vienen». Y advierte Valton: «condiciones precarias y recursos muy limitados».

Juan Pablos, el 20 de diciembre de 1546, puso en el colofón del «Cancionero Spiritual» del padre Las Casas lo siguiente: «primero Impresor de esta insigne y leal ciudad de Mexico». Eso de «primero» no ha de haber sido tratándose de calidad, sino de cronología.

Por último: en 1530, en casa de Cromberger, en Sevilla, se imprimió «La primera parte Vita Christi Cartuxano» de Ambrosio Montesino, y hay un ejemplar—que fué de la librería del convento de San Francisco—en la Biblioteca Nacional de México. ¿Por qué un libro de 1539, como la «Escala Espiritual», no pudieron conservarlo en el convento? Quizá porque era para novicios y de ella se hizo reducida edición.

El contrato que ante los oficios de Alonso de la Barrera, escribano público de Sevilla, hicieron el impresor Cromberger y el «componedor de letras de molde» Juan Pablos, en la célebre fecha, hace constar: que el segundo compondría letras en México lo mismo que en Sevilla, administraría la prensa y vigilaría los operarios, haciendo de tarea en número de 3.000 pliegos (?) cada día; que Cromberger suministraría papel, tinta, letras y todo lo necesario, siendo suyo el negocio y debiendo ponerse en los libros la frase de «En casa de Juan Cromberger»; que de las dos llaves que tendría la caja para guardar el numerario, una la tendría Pablos y otra la persona que designare Cromberger; que la mujer de Pablos, Jerónima Gutiérrez, serviría en la casa en todo lo que fuere menester, tan sólo por su mantenimiento y sin salario; que de las ganancias que en diez años hubiese se sacaría primero para Cromberger el capital invertido en todo ese tiempo, y del resto la quinta parte para Pablos y las restantes cuatro quintas partes para el dicho

Cromberger; y que la sociedad duraría diez años, a contar de la fecha de la escritura.

El mismo día, 12 de junio de 1539, firmaron un contrato adicional, valuando en 100.000 maravedises la imprenta, tinta y papel, en 70.000 el costo de la comida en el barco, en 100 ducados el precio del negro esclavo Pedro; y en 50 el monto del pasaje de Juan Pablos, su mujer, el prensista Gil Barbero y el esclavo. Con el prensista se convino en que prestaría servicios durante tres años, con el sueldo de dos y medio ducados al mes durante el viaje, pago de su pasaje, comida y bebida, y cinco y medio desde su llegada a México. Parece que los distinguidos viajeros se hicieron a la mar rumbo a su destino en la nao de Miguel de Jáuregui, quizá en el mismo mes de junio.

Las investigaciones aseguran que el más antiguo libro impreso en México es el que lleva fecha de 1539, editado por Pablos, 12 fojas en cuarto: «Breve y más compendiosa Doctrina Christiana en lengua castellana y mexicana» de Zumárraga; pero el ejemplar único, que fué dado a conocer por Jiménez de la Espada, es desconocido, según lo afirma Torre Revello en «Los orígenes de la imprenta en América Española».

No sería aventurado decir que el primer libro impreso que llegó a México lo trajo el español Jerónimo de Aguilar, a quien se refiere Bernal Díaz cuando dice: «y traía atada a la manta un bulto, que eran Horas muy viejas».

Esteban Martín, «emprimyodor», llegó a la ciudad de México en 1534. Hacia 1550 se encontraba en México, probablemente, Antonio de Espinosa, trabajando en la imprenta de Pablos «como fundidor y cortador de letras».

La primera encuadernación estuvo en el colegio de Santiago Tlatelolco, y García Icazbalceta da su inventario en «Crónica franciscana».

Estos fueron los primeros libros impresos en México, y por lo tanto en América, que significan mucho en la historia de las ideas: el primer libro de texto para estudiantes de filosofía (1554) y la primera física (1557) por fray Alonso de Veracruz; el primer vocabulario, por fray Alonso de Molina (1555), el primer libro de teología por fray Bartolomé de Ledesma (1566) y el primer libro de medicina, titulado «Opera medicinalia» de Francisco Bravo (1570). Los tres primeros, editados por Pablos; el penúltimo por Antonio de Espinosa, y el último por Pedro Ocharte.

En enero de 1722, gobernando la Nueva España don Juan de Acuña, apareció el primer periódico

El ama de Don Quijote



Cervantes era la epopeya cristiana.

Tipo cristiano es el de Don Quijote, el divino colérico, intransigente con los miserables, con los inicuos, con los soberbios. Y así había de ser el tipo eje de la epopeya cristiana.

Mas en ella no podía faltar otro tipo esencialmente cristiano: la santa mujer personificada en el ama de Don Quijote.

El Ama es la mujer buena que pasa por el mundo con ese gesto de du'zura desconocido para esta humanidad que brinca por la vida, contraídos los labios por la falsa sonrisa cinematográfica y gesticulando con la amable complacencia que recomiendan los manuales del perfecto corredor de comercio, la mujer buena y sencilla (aún queda alguna) de la que se ríen las gentes de la época porque quita la cáscara de naranja que hay en la acera para que no se escurra el que venga detrás. Y es ante el Ama ante quien Don Quijote deja



DON QUIJOTE era un colérico, un divino colérico. Como era un colérico y un impulsivo el maestro Luis de León, el cristiano fundamentalmente cristiano al que la Inquisición procesara porque está dicho que los que padecen hambre y sed de justicia han de sufrir persecuciones.

En el hombre que siente la justicia brota la cólera santa ante la ruindad miserable, ante la indignidad cruel, ante la estúpida soberbia.

La divina cólera impulsa a Jesús cuando apostrofa a los fariseos llamándolos raza de víboras; cuando al hombre que le pide un milagro le lanza al rostro aquel «¿Hasta cuándo habré de vivir entre vosotros, hasta cuándo habré de sufriros?», y cuando, blandiendo un azote formado de cuerdas echa a los mercaderes del templo, derribando las mesas de los cambistas y hasta las sillas de los vendedores de palomas, y les llama ladrones.

Don Quijote era un colérico, y apenas inicia sus aventuras muestra su cólera amenazando con voz airada a Juan Haldudo con pasarle de parte a parte con la lanza al descubrirlo azotando a Andrés. Y acaso cuando culmina su cólera es cuando en casa de los Duques se enfrenta con el eclesiástico soberbio y altivo y le replica con semblante airado y alborotado rostro, temblando de los pies a la cabeza como azogado.

Creo que fué Alomar quien dijo que el libro de



de ser colérico. El que por impulso arremete contra la maldad, rinde su cólera ante la que por impulso ejercita el bien. Y el que no tolera los con-

critor, más que por su nombre, conocido por «El doctor Thebussen»; las palabras son de Unamuno.

El doctor Thebussen fué uno de los que con mayores entusiasmos contribuyeron al movimiento cervantino de 1865 a 1880, por el que se consiguió que al fin, en España fuera el Quijote tan admirado como lo era ya de siempre en el resto del mundo. Y ese doctor Thebussen, en el palacete de su Huerta de la Cigarra, tenía un magnífico medallón de mármol (que contemplaba «todos los días con encanto y deleite») en el que aparecían en relieve el busto del Ama de tamaño natural y grabadas en letras de oro las palabras que la santa mujer dijera a su señor: «Estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres y sobre mi ánima si mal le fuere».

El comentario de Unamuno, el colérico humano, es muy otro.

«Esta buena ama—dice Unamuno—habla poco, pero cuando rompe a hablar se vacía en pocas pala-

«Gazeta de México», siendo su redactor y propietario don Juan Ignacio Castorena y Ursúa, doctor de la Universidad. Pero sólo pudieron salir seis números, y más tarde, en 1728, reapareció publicada por Juan Francisco Sahagún Ladrón de Guevara: en el primer número, después de la nota del día y de la información religiosa, se daba cuenta de las salidas de correos y paquebotes, y al final iban la sección bibliográfica y uno que otro anuncio. Ya en el siglo XVII se habían publicado «hojas volantes» ilustradas a veces con grabados, a la llegada de los navíos, y se afirma que la más antigua fué impresa por Diego Garrido en 1621.

El primer diario lo editaron con el nombre de «Diario de México» don Carlos María Bustamante y don Javier Villaurrutia, el cual apareció el primero de octubre de 1805.

Hay quien dice que en 1822 estableció don José María Manso en la ciudad de Puebla, una fábrica de papel. En 1824 regresó de los Estados Unidos trayendo ingenio para fabricar papel de trapo don José Manuel Zozaya y Fernández, quien lo instaló en San Angel Chimalistac. Y en 1830, mister William S. Benfield estableció en Belén, afueras de la ciudad, una fábrica de papel, y más tarde, en 1846 edificó la fábrica de Peña Pobre.

En 1825, once años después de haber sido introducida en Francia, la litografía fué traída a México por los italianos Claudio Linati y Prebost y Gaspar Franchini, aunque otros dicen que el introductor fué el grabador poblano señor Manso.

El primer fotograbado lo trabajó don Luis Gar-

cía Pimentel en 1877, para el periódico «La Colonia Española», siendo el señor Bustamante el fundador y reproduciéndose «un finísimo grabado en dulce, copiado de una pintura original de Annibal Carraccio, titulada «El amor maligno».

En el taller zincográfico del observatorio meteorológico de Tacubaya está una rotativa marca H. Volsin, París, 1882, que fué la primera de su clase que vino a México.

La linotipia, la rotativa y la electrotipia fueron introducidas por Rafael Reyes Spíndola, cuyo diario «El Imparcial» marcó nuevos derroteros al periodismo mexicano. El rotograbado fué traído por Rafael Alducin, fundador de «Excelsior», y más tarde el mismo diario, instaló en sus oficinas el primer teletipo.

UN siglo se ha cumplido ya—ciento tres años para decirlo más exactamente—de la erección en la Plaza de la Concordia, en París, del obelisco que Mehemed Ali regaló a Francia. Cien años son muchos para la vida de un hombre, pero para el mundo, para los pueblos y aun para los obeliscos, es tiempo que cuenta poco. Más de tres mil años tenía ya el que motiva estas líneas cuando el Virrey de Egipto lo regaló a Carlos X.

Quince siglos antes de la casi estéril venida de Cristo a este desdichado planeta, Sesostris el Grande lo hizo construir para que embelleciera las perspectivas de su palacio de Tebas, junto al Nilo, en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de Lugsor. Allí permaneció enhiesto, impassible, hermético, observando el desarrollo de la grandiosa civilización faraónica, hasta que el rasgo generoso—no desprovisto de intereses políticos—de Mehemed Ali determinó el traslado de su medio millón de libras a las márgenes del Sena. Abandonaba el Nilo legendario, sibilino, misterioso, solemne, en pos de la más alegre compañía del Sena risueño, modernizado, cuyas aguas saitarinas y cascabeleras corren arrulladas por las canciones crepusculares de los «midinettes» de París.

Con buen criterio se desechó la primitiva idea de emplazarlo en el patio cuadrado del Louvre. Se decidió colocarlo en la Plaza de la Concordia, en lugar del proyectado monumento a la memoria de Luis XVI, aquel pobre rey que allí mismo perdió su coronada testa, sin otro delito que el de haber sido el más imbécil de los Borbones. Ahora tiene el grandioso monolito un marco digno de su prosapia faraónica. La sola pieza de su granito rosado levanta airosa sus veintitrés metros, dominando por su frente, al final de los Campos Eliseos, el Arco de Triunfo; por su espalda, el otro extremo de la Avenida Elísea rematada por el Arco del Carrusel; por la derecha y la izquierda, los grandiosos edificios de la Iglesia de la Magdalena y de la Cámara de Diputados, a los que conducen la famosa rue Royale y el Puente de la Concordia, tendido sobre el Sena.

La Revolución de 1830 no fué obstáculo que entorpeciera las negociaciones para hacer venir el Obelisco. Por iniciativa de Champollion, arqueólogo de fama y el primero que logró descifrar los jeroglíficos egipcios, Carlos X había encargado al ingeniero Apollinaire Lebas la dirección de la empresa para el transporte del monolito y su ulterior colocación en París.

Transportar con éxito desde Egipto hasta Francia un monolito de una sola pieza, de 23 metros de altura, de quinientas mil libras de peso, que el perímetro de su base llega casi a diez metros y que su mole representa 80 metros cúbicos de granito, no es fácil labor en los ultra-civilizados

bras. ¡Y que bien discurre! ¡Con cuánto seso! Lo que aconsejó a su amo es lo que nos aconsejan los que dicen querernos bien. ¡Querernos bien!... ¡Querernos bien!... ¡Ay, cariño, cariño, y qué miedo te tengo!

«Estése en su casa... ¿Y por qué he de estarme en casa? Estése cada uno en la suya y no habrá Dios que esté en la de todos.

«Atienda a su hacienda... ¿Y cuál es mi hacienda? Mi hacienda es mi gloria.

«Confiese a menudo... Mi vida y mi obra son una confesión perpetua. Desgraciado del hombre que tiene que recogerse a tiempos y lugares para confesarse...

«Favorezca a los pobres... Sí, pero a los verdaderos pobres, a los pobres de espíritu y no con el favor que ellos piden, sino con el que necesitan».

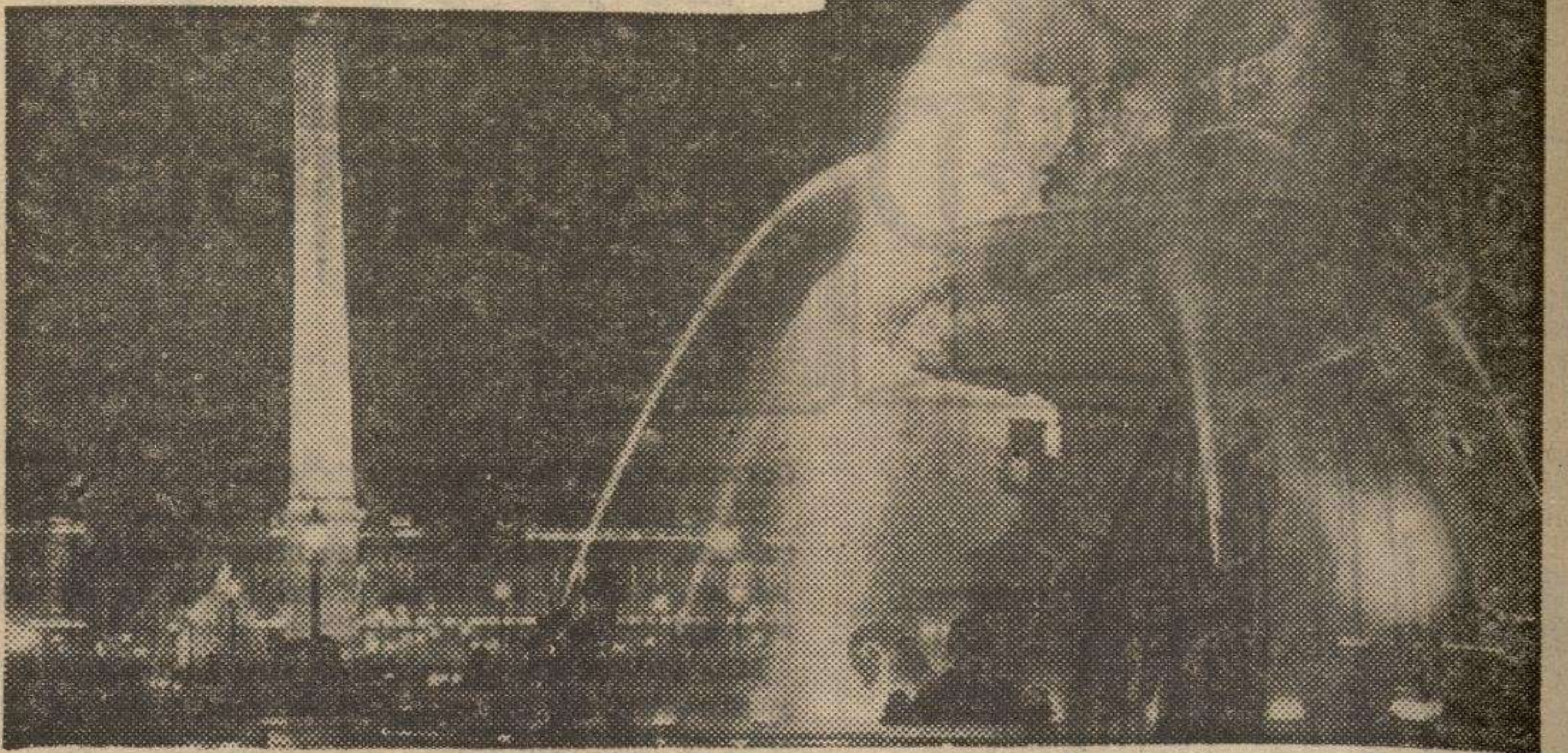
Esas y otras análogas son las palabras comentario de Unamuno.

o o o

Ante el Ama, Unamuno, el colérico humano, sigue dominado por la cólera.

Ante el Ama, don Quijote, el colérico divino, deja de ser colérico y hasta deja de ser Quijote: es Alonso Quijano, el Bueno.

Una vista panorámica de la Plaza de la Concordia, de noche.



El Obelisco de la Plaza de la CONCORDIA

POR RENATO VILLAVERDE

tiempos que corren, ni mucho menos pudo serlo en el lejano 1830.

No narremos con detalles las peripecias de aquella aventura. Fué larga, penosa, llena de obstáculos y riesgos. Los animosos franceses tuvieron que luchar con el calor, con la peste y con el cólera. Hubo necesidad de destruir más de treinta casas de los naturales de Lugsor, que dificultaban los trabajos. Sus propietarios exigían gruesas indemnizaciones por la expropiación forzosa a que obligaba el acarreo del Obelisco. Estas fueron tan colosales, que Mehemed Ali, más práctico que humano, falló el litigio con la siguiente orden:

«Destruyanse las casas y azótese a los propietarios inconformes».

Apollinaire Lebas, en vez de los azotes decretados, regó, generoso, abundantes piastras entre los propietarios desposeídos.

Tres años más tarde, el barco que traía la preciosa carga, anclaba en el Sena, en el Quai de Bourbon, en pleno París.

El emplazamiento del Obelisco en la Plaza de la Concordia tuvo que demorarse más de dos años y medio para reparar un olvido imperdonable: la construcción del pedestal. Al fin, todo listo, a fines de octubre de 1836, se señaló la fecha de su erección. El Rey Luis Felipe, la Reina, los Principes y toda la Corte de Francia, situados en los balcones del Ministerio de Marina, y más de doscientos mil parisienses abarrotando la Plaza de la Concordia en toda su gran extensión, presenciaron los difíciles trabajos para la colocación del Obelisco. Fué una lucha titánica de destreza y habilidad contra la fuerza bruta del coloso de granito. La soberbia de éste fué vencida por el genio de Apollinaire Lebas que dirigía los trabajos, con riesgo de su vida, colocado bajo la enorme mole. Tres horas duró la lucha. El gigante fué vencido y desde entonces mantiene su arrogancia en la más armónica de las plazas que se haya construido jamás.

Cuando quedó descansando sobre la amplia base y despojado de sus amarras, un solo grito de entusiasmo, de alivio, hinchó los doscientos mil pechos de los angustiados espectadores que contem-

plaban atónitos el formidable monolito, elegante y sereno, enfilando en agudo vértice al cielo de París.

Más de un siglo lleva en la Plaza de la Concordia el obelisco egipcio trasplantado al centro de París. Si el granito de su mole pudiera hablarnos, ¡qué curioso sería escuchar sus impresiones de hoy, junto al recuerdo de ese ayer tan próximo a la calma de la ciudad de Lugsor!

¡Qué pensaría de ese siglo de civilización, de maquinismo, de vida precipitada, que ha visto desarrollarse en el corazón de París: desde los «fiacres» sentimentales, hasta los raudos 40 HP.; desde los «mulakoff» de 1840 y los «redingotes» de fin de siglo, hasta las «robes de soirée» y los pantalones «ballon» de la rue de la Paix y de Piccadilly Street; desde el romanticismo del viejo Hugo y de Musset, hasta el aquelarre de Bauboussé y de Céline; desde los mesurados discursos de Aristides Briand, hasta las inflamadas arengas de Ricardo Thorez; desde los admirables tienzos de Delacroix, hasta las jeroglíficas concepciones de Picasso; desde el arte insuperable de Sarah Bernhardt y de Talma, hasta el drolático modernismo de Josefina Baker y de Fernandell; desde las delicadas figuras de las pавanas y de los minués, hasta las desarticulaciones de las biguinas y de las rumbas; desde el suspiro lánguido de la Dama de las Camelias, hasta el grito de rebeldía de La Garzona; desde, en fin, aquella época dolorosamente ida en que la ternura se mantenía con sonrisas y con rosas, hasta el momento actual en que el amor se comprende casi tan sólo con diamantes y con francos!...

Pero, afortunadamente, el Obelisco de la Concordia no puede hablarnos. Si pudiera, es posible que guardase un filosófico mutismo. En el fondo de su corazón milenario, quizás resuena penosamente el bullicio de esta hermosa civilización occidental, de este siglo de maquinismo organizado que lo circunda, y añore sinceramente la calma augusta en compañía de sus faraones, junto al Nilo misterioso, perdido en las profundidades del Egipto...

Agosto, 1939.

Heinrich Mann publica el segundo volumen de la vida del gran rey hugonote.—La lucha religiosa y política y los amores del bearnés.—Cómo llegó al trono, venciendo las intrigas de la famosa Catalina de Médicis.

ENRIQUE IV HEROJE SIN IGUAL

HENRICH Mann, novelista alemán hoy en el destierro, ha publicado recientemente su segundo volumen sobre Enrique de Navarra. En la primera parte de su historia, dada a la estampa en 1937, nos dió a conocer la vida de Enrique desde su nacimiento en 1553 hasta 1589, año en que, asesinado Enrique III, se extingue la dinastía de los Valois y queda el bearnés legítimo heredero del trono de Francia, y primero de la sucesión de los Borbones. En esos treinta y seis años, han reinado cuatro monarcas: Enrique II y sus tres hijos con Catalina de Médicis, Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

LA TRAMA DE CATALINA

Este segundo tomo amplía el tema hasta la madurez del gran rey hugonote y lo presenta con vivos y románticos colores. Faltan en la obra, desde luego, el bufón Chicot de la trilogía de Dumas, y los espléndidos duelos que aquel maestro de la ficción describió en sus tramas sobre la familia de los Valois; pero hay idilios dulces en los campos de la Gasconia, las alcobas del Louvre y los jardines de Fontainebleau. Sin las cabezas de amantes adorables entre sus brazos, Navarra perdería su encanto.

Así como Dumas lo vió, lo han visto sus tres biógrafos más destacados de la época contemporánea, Quentin Hurts, Marcela Vioux y Heinrich Mann. No puede concebirse una escena tan teatral como la del atrio de la catedral de Notre Dame el día de la boda de Navarra con Margarita de Valois, la hija de Catalina y hermana de Carlos IX. La bella princesa no le quería para nada y temblaba al oír a su hermoso hermano el Duque de Anjou advertirle que los hugonotes condenaban a muerte a las adúlteras.

«Un miserable campesino!—protestaba ella.—Un reyezuelo de cuatro leguas cuadradas. Un come ajo! En los quince días que hacen que llegó con sus cuatrocientos compañeros malillentes, no ha ido una sola vez a los baños. Con su acento ridículo! Y es un hugonote!»

CASTA DE ENRIQUE IV

Al hijo de Antonio de Borbón y Juana de Alret no le inquietaban los escrúpulos de Margarita, cuyas andanzas amorosas eran el escándalo de la Corte. El tenía otra sangre y otros ideales. Sobrino de Condé, había peleado en Jarnac al lado de los protestantes. Después de la paz de St. Germain, le preparó ese matrimonio absurdo de la intrigante Catalina de Médicis, que veía con terror que la influencia del Duque de Guisa sobre su hijo Enrique III, era tan fuerte como lo fué sobre su esposo.

Decadente y sin hijos, Enrique III intentó atraerse al bearnés prometiéndole la corona si se convertía al catolicismo, pero Navarra rechazó la oferta. Los Guisa, jefes del Partido Católico y de la casa de Lorena, gestionaron entonces su excomunión como hereje y obligaron al monarca a decretar la suspensión de la libertad de conciencia. La noche de San Bartolomé, Navarra vió correr a torrentes la sangre de sus hugonotes derramada por orden de Carlos IX y Catalina. Carlos, el pérfido, que le aseguraba iba a vengar la muerte de Coligny arrebatándoles la vida a los Guisa!

Margarita de Valois no le ama, pero corre al lado de su esposo. Como buen caballero Navarra agradece el gesto, a sabiendas de que entre ella y él, más que las infidelidades de ambos, hay un abismo llenado por 40,000 cadáveres. Desde ese momento, la vida del bearnés será una de luchas políticas y amores clandestinos que escandalizarán a Francia.

Al llegar a los estados de Pau se encuentra con su compañera de la infancia, Diana de Andouins, apodada Corisanda y viuda del Conde de Guiche. Ella le profesa un amor como pocos en el mundo. Le entrega a su hijo de doce años y le da dinero para llevar tropas de Alemania y equipar el cuartel de La Rochelle. Con estos menesteres y la ayuda de barcos y viveres que le enviara la reina Isabel de Inglaterra, logró resistir victoriosamente a tres ejércitos bien pagados, entre ellos el del Duque de Guisa. Acompañado de soldados, amantes e hijos bastardos, caminaba hacia un trono que, para furia de Catalina, le había anticipado la famosa profecía del sabio Nostadamus.

EL OCASO DE LOS GUISA

Alarmada ante el poder de Guisa y la Liga Católica, Catalina trata de buscar un acercamiento con el aguerrido bearnés. La vieja italiana, ava-



Enrique IV, el rey Galante, y algunas de las mujeres que intervinieron decisivamente en su existencia

rienta de poder, quiere convertir a su yerno y traerlo a la Corte. Un mes entero lo esperó en Saint Maixent, sin que Navarra accediera a sostener una entrevista. Por fin, logró persuadirlo para una cita en Cognac.

Pocos diálogos de la historia son tan deliciosos como éste. Ante el cortejo de hermosas damas, que le eran a Catalina tan indispensables como sus envenenadores, la anciana le prodiga a Enrique abrazos y palabras melosas, y le asegura que ella y el Rey de Francia sólo quieren su bien.

Navarra le recuerda que han enviado ocho ejércitos contra su gente, a la que el Rey odia como un lobo y ella como una leona.

Desilusionada, Catalina le propone una tregua y le aconseja que repudie el matrimonio con Margarita para casarse con su fascinadora nieta, Cristina de Lorena. Soberbios, los hugonotes proyectan raptarla y pedir cuatro mil millones de rescate, pero Enrique se opone. La intrigante huye a soliviantar los ánimos de Guisa contra el rebelde, que se enfrenta a las tropas de la Liga y las vence en Coutras. Luego, galopa por entre las emboscadas enemigas hasta Pau, a beber el agua

pura del Gave y los besos sensuales de su egregia Corisanda.

Enrique III, débil y vicioso, ha salido de París a refugiarse en Chartres, vestido de monje, Catalina acude donde él y le saca el nombramiento de generalísimo de los ejércitos del reino para Guisa. Era su última carta. Había tenido en sus manos, por lazos de familia, los destinos de Escocia, Polonia, España, Navarra, el Imperio e Inglaterra, pero ahora todo se le escapa. Su nuera María Estuardo, decapitada; los Guisa, amenazados de destrucción; de sus ocho hijos, seis pudriéndose bajo la tierra y dos sobre ella; ella, acusada de miles de asesinatos, torturas y envenenamientos, Enrique III, asustado, ordena matar a los Guisa y recurre al bearnés para luchar contra la Liga.

En Chatellerault, Navarra lanza un manifiesto doliéndose de las miserias de Francia. Después de entrevistarse con Enrique III en el castillo de Plessis-les-Tours, y recibir la promesa real, le escribe una nota a la amada Corisanda:

«Alma mía, os escribo desde Blois, donde se me condenó como herético e indigno de ser el suce-

UN siglo se ha cumplido ya—ciento tres años para decirlo más exactamente—de la erección en la Plaza de la Concordia, en París, del obelisco que Mehemed Ali regaló a Francia. Cien años son muchos para la vida de un hombre, pero para el mundo, para los pueblos y aun para los obeliscos, es tiempo que cuenta poco. Más de tres mil años tenía ya el que motiva estas líneas cuando el Virrey de Egipto lo regaló a Carlos X.

Quince siglos antes de la casi estéril venida de Cristo a este desdichado planeta, Sesostris el Grande lo hizo construir para que embelleciera las perspectivas de su palacio de Tebas, junto al Nilo, en el mismo lugar que hoy ocupa la ciudad de Lugsor. Allí permaneció enhiesto, impassible, hermético, observando el desarrollo de la grandiosa civilización faraónica, hasta que el rasgo generoso—no desprovisto de intereses políticos—de Mehemed Ali determinó el traslado de su medio millón de libras a las márgenes del Sena. Abandonaba el Nilo legendario, sibilino, misterioso, solemne, en pos de la más alegre compañía del Sena risueño, modernizado, cuyas aguas saitarinas y cascabeleras corren arrulladas por las canciones crepusculares de los «midinettes» de París.

Con buen criterio se desechó la primitiva idea de emplazarlo en el patio cuadrado del Louvre. Se decidió colocarlo en la Plaza de la Concordia, en lugar del proyectado monumento a la memoria de Luis XVI, aquel pobre rey que allí mismo perdió su coronada testa, sin otro delito que el de haber sido el más imbécil de los Borbones. Ahora tiene el grandioso monolito un marco digno de su prosapia faraónica. La sola pieza de su granito rosado levanta airosa sus veintitrés metros, dominando por su frente, al final de los Campos Eliseos, el Arco de Triunfo; por su espalda, el otro extremo de la Avenida Elísea rematada por el Arco del Carrusel; por la derecha y la izquierda, los grandiosos edificios de la Iglesia de la Magdalena y de la Cámara de Diputados, a los que conducen la famosa rue Royale y el Puente de la Concordia, tendido sobre el Sena.

La Revolución de 1830 no fué obstáculo que entorpeciera las negociaciones para hacer venir el Obelisco. Por iniciativa de Champollion, arqueólogo de fama y el primero que logró descifrar los jeroglíficos egipcios, Carlos X había encargado al ingeniero Apollinaire Lebas la dirección de la empresa para el transporte del monolito y su ulterior colocación en París.

Transportar con éxito desde Egipto hasta Francia un monolito de una sola pieza, de 23 metros de altura, de quinientas mil libras de peso, que el perímetro de su base llega casi a diez metros y que su mole representa 80 metros cúbicos de granito, no es fácil labor en los ultra-civilizados

bras. ¡Y que bien discurre! ¡Con cuánto seso! Lo que aconsejó a su amo es lo que nos aconsejan los que dicen querernos bien. ¡Querernos bien!... ¡Querernos bien!... ¡Ay, cariño, cariño, y qué miedo te tengo!

«Estése en su casa... ¿Y por qué he de estarme en casa? Estése cada uno en la suya y no habrá Dios que esté en la de todos.

«Atienda a su hacienda... ¿Y cuál es mi hacienda? Mi hacienda es mi gloria.

«Confiese a menudo... Mi vida y mi obra son una confesión perpetua. Desgraciado del hombre que tiene que recogerse a tiempos y lugares para confesarse...

«Favorezca a los pobres... Sí, pero a los verdaderos pobres, a los pobres de espíritu y no con el favor que ellos piden, sino con el que necesitan».

Esas y otras análogas son las palabras comentarío de Unamuno.

o o o

Ante el Ama, Unamuno, el colérico humano, sigue dominado por la cólera.

Ante el Ama, don Quijote, el colérico divino, deja de ser colérico y hasta deja de ser Quijote: es Alonso Quijano, el Bueno.

Una vista panorámica de la Plaza de la Concordia, de noche.



El Obelisco de la Plaza de la CONCORDIA

POR RENATO VILLAVERDE

tiempos que corren, ni mucho menos pudo serlo en el lejano 1830.

No narremos con detalles las peripecias de aquella aventura. Fué larga, penosa, llena de obstáculos y riesgos. Los animosos franceses tuvieron que luchar con el calor, con la peste y con el cólera. Hubo necesidad de destruir más de treinta casas de los naturales de Lugsor, que dificultaban los trabajos. Sus propietarios exigían gruesas indemnizaciones por la expropiación forzosa a que obligaba el acarreo del Obelisco. Estas fueron tan colosales, que Mehemed Ali, más práctico que humano, falló el litigio con la siguiente orden:

«Destruyanse las casas y azótese a los propietarios inconformes».

Apollinaire Lebas, en vez de los azotes decretados, regó, generoso, abundantes piastras entre los propietarios desposeídos.

Tres años más tarde, el barco que traía la preciosa carga, anclaba en el Sena, en el Quai de Bourbon, en pleno París.

El emplazamiento del Obelisco en la Plaza de la Concordia tuvo que demorarse más de dos años y medio para reparar un olvido imperdonable: la construcción del pedestal. Al fin, todo listo, a fines de octubre de 1836, se señaló la fecha de su erección. El Rey Luis Felipe, la Reina, los Príncipes y toda la Corte de Francia, situados en los balcones del Ministerio de Marina, y más de doscientos mil parisienses abarrotando la Plaza de la Concordia en toda su gran extensión, presenciaron los difíciles trabajos para la colocación del Obelisco. Fué una lucha titánica de destreza y habilidad contra la fuerza bruta del coloso de granito. La soberbia de éste fué vencida por el genio de Apollinaire Lebas que dirigía los trabajos, con riesgo de su vida, colocado bajo la enorme mole. Tres horas duró la lucha. El gigante fué vencido y desde entonces mantiene su arrogancia en la más armónica de las plazas que se haya construido jamás.

Cuando quedó descansando sobre la amplia base y despojado de sus amarras, un solo grito de entusiasmo, de alivio, hinchó los doscientos mil pechos de los angustiados espectadores que contem-

plaban atónitos el formidable monolito, elegante y sereno, enfilando en agudo vértice al cielo de París.

Más de un siglo lleva en la Plaza de la Concordia el obelisco egipcio trasplantado al centro de París. Si el granito de su mole pudiera hablarnos, ¡qué curioso sería escuchar sus impresiones de hoy, junto al recuerdo de ese ayer tan próximo a la calma de la ciudad de Lugsor!

¡Qué pensaría de ese siglo de civilización, de maquinismo, de vida precipitada, que ha visto desarrollarse en el corazón de París: desde los «fiacres» sentimentales, hasta los raudos 40 HP.; desde los «mulakoff» de 1840 y los «redingotes» de fin de siglo, hasta las «robes de soirée» y los pantalones «ballon» de la rue de la Paix y de Piccadilly Street; desde el romanticismo del viejo Hugo y de Musset, hasta el aquelarre de Bauboussé y de Céline; desde los mesurados discursos de Aristides Briand, hasta las inflamadas arengas de Ricardo Thorez; desde los admirables lienzos de Delacroix, hasta las jeroglíficas concepciones de Picasso; desde el arte insuperable de Sarah Bernhardt y de Talma, hasta el drolático modernismo de Josefina Baker y de Fernandell; desde las delicadas figuras de las pавanas y de los minués, hasta las desarticulaciones de las biguinas y de las rumbas; desde el suspiro lánguido de la Dama de las Camelias, hasta el grito de rebeldía de La Garzona; desde, en fin, aquella época dolorosamente ida en que la ternura se mantenía con sonrisas y con rosas, hasta el momento actual en que el amor se comprende casi tan sólo con diamantes y con francos!...

Pero, afortunadamente, el Obelisco de la Concordia no puede hablarnos. Si pudiera, es posible que guardase un filosófico mutismo. En el fondo de su corazón milenario, quizás resuena penosamente el bullicio de esta hermosa civilización occidental, de este siglo de maquinismo organizado que lo circunda, y añore sinceramente la calma augusta en compañía de sus faraones, junto al Nilo misterioso, perdido en las profundidades del Egipto...

Agosto, 1939.

Heinrich Mann publica el segundo volumen de la vida del gran rey hugonote.—La lucha religiosa y política y los amores del bearnés.—Cómo llegó al trono, venciendo las intrigas de la famosa Catalina de Médicis.

ENRIQUE IV HEROJE SIN IGUAL

HENRICH Mann, novelista alemán hoy en el destierro, ha publicado recientemente su segundo volumen sobre Enrique de Navarra. En la primera parte de su historia, dada a la estampa en 1937, nos dio a conocer la vida de Enrique desde su nacimiento en 1553 hasta 1589, año en que, asesinado Enrique III, se extingue la dinastía de los Valois y queda el bearnés legítimo heredero del trono de Francia, y primero de la sucesión de los Borbones. En esos treinta y seis años, han reinado cuatro monarcas: Enrique II y sus tres hijos con Catalina de Médicis, Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

LA TRAMA DE CATALINA

Este segundo tomo amplía el tema hasta la madurez del gran rey hugonote y lo presenta con vivos y románticos colores. Faltan en la obra, desde luego, el bufón Chicot de la trilogía de Dumas, y los espléndidos duelos que aquel maestro de la ficción describió en sus tramas sobre la familia de los Valois; pero hay idilios dulces en los campos de la Gasconia, las alcobas del Louvre y los jardines de Fontainebleau. Sin las cabezas de los amantes adorables entre sus brazos, Navarra perdería su encanto.

Así como Dumas lo vió, lo han visto sus tres biógrafos más destacados de la época contemporánea, Quentin Hurts, Marcela Vioux y Heinrich Mann. No puede concebirse una escena tan teatral como la del atrio de la catedral de Notre Dame el día de la boda de Navarra con Margarita de Valois, la hija de Catalina y hermana de Carlos IX. La bella princesa no le quería para nada y temblaba al oír a su hermoso hermano el Duque de Anjou advertirle que los hugonotes condenaban a muerte a las adúlteras.

«Un miserable campesino!—protestaba ella.—Un reyezuelo de cuatro leguas cuadradas. Un come ajo! En los quince días que hacen que llegó con sus cuatrocientos compañeros malilientes, no ha ido una sola vez a los baños. Con su acento rídiculo! Y es un hugonote!»

CASTA DE ENRIQUE IV

Al hijo de Antonio de Borbón y Juana de Alençon no le inquietaban los escrúpulos de Margarita, cuyas andanzas amorosas eran el escándalo de la Corte. El tenía otra sangre y otros ideales. Sobrino de Condé, había peleado en Jarnac al lado de los protestantes. Después de la paz de St. Germain, le preparó ese matrimonio absurdo la intrigante Catalina de Médicis, que veía con terror que la influencia del Duque de Guisa sobre su hijo Enrique III, era tan fuerte como lo fue sobre su esposo.

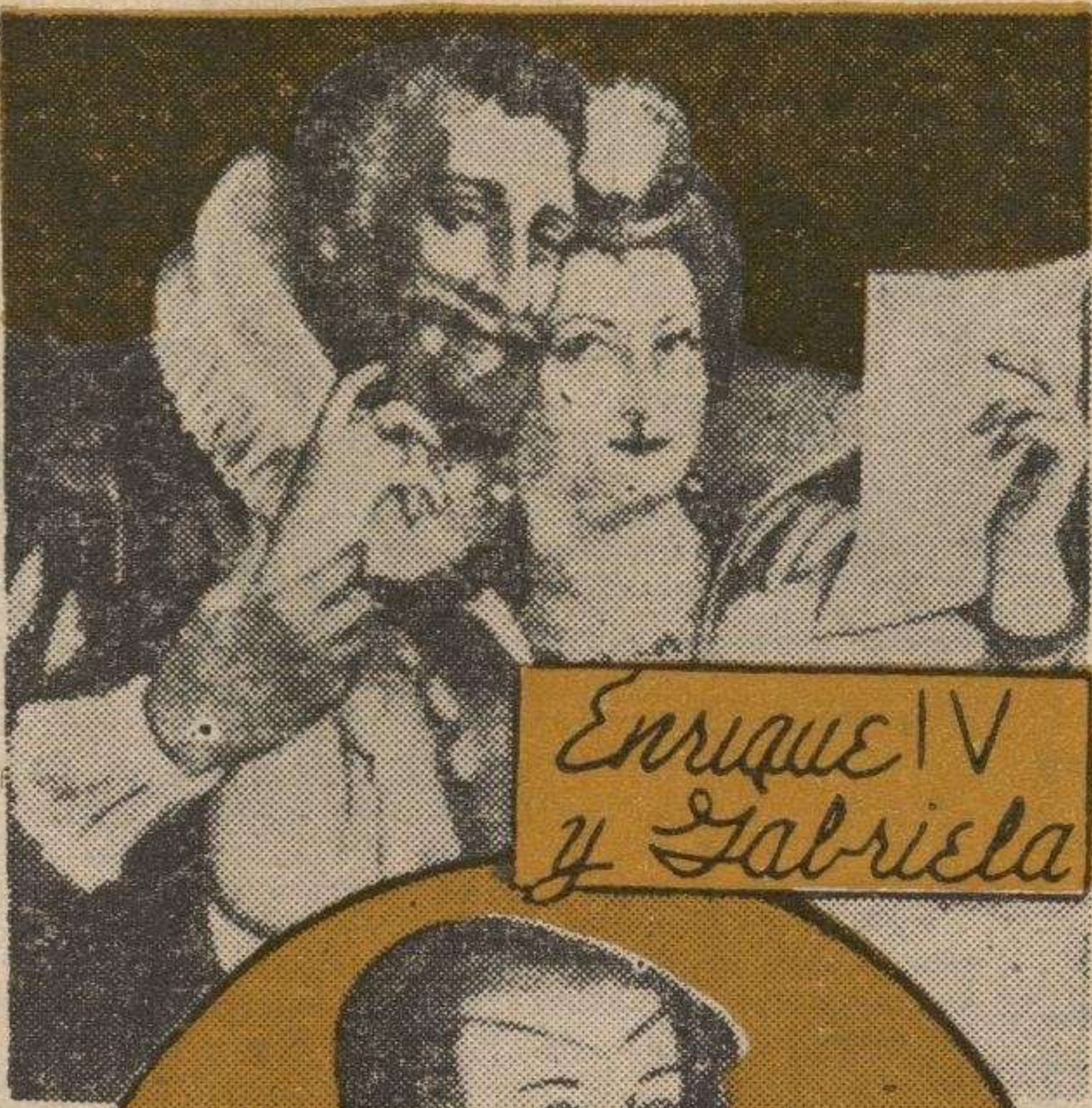
Decadente y sin hijos, Enrique III intentó atraerse al bearnés prometiéndole la corona si se convertía al catolicismo, pero Navarra rechazó la oferta. Los Guisa, jefes del Partido Católico y de la casa de Lorena, gestionaron entonces su excomunión como hereje y obligaron al monarca a decretar la suspensión de la libertad de conciencia. La noche de San Bartolomé, Navarra vió correr a torrentes la sangre de sus hugonotes derramada por orden de Carlos IX y Catalina. Carlos, el pérfido, que le aseguraba iba a vengar la muerte de Coligny arrebatándoles la vida a los Guisa!

Margarita de Valois no le ama, pero corre al lado de su esposo. Como buen caballero Navarra agradece el gesto, a sabiendas de que entre ella y él, más que las infidelidades de ambos, hay un abismo llenado por 40,000 cadáveres. Desde ese momento, la vida del bearnés será una de luchas políticas y amores clandestinos que escandalizarán a Francia.

Al llegar a los estados de Pau se encuentra con su compañera de la infancia, Diana de Andouins, apodada Corisanda y viuda del Conde de Guiche. Ella le profesa un amor como pocos en el mundo. Le entrega a su hijo de doce años y le da dinero para llevar tropas de Alemania y equipar el cuartel de La Rochelle. Con estos menesteres y la ayuda de barcos y viveres que le enviara la reina Isabel de Inglaterra, logró resistir victoriosamente a tres ejércitos bien pagados, entre ellos el del Duque de Guisa. Acompañado de soldados, amantes e hijos bastardos, caminaba hacia un trono que, para furia de Catalina, le había anticipado la famosa profecía del sabio Nostradamus.

EL OCASO DE LOS GUISA

Alarmada ante el poder de Guisa y la Liga Católica, Catalina trata de buscar un acercamiento con el aguerrido bearnés. La vieja italiana, ava-



Enrique IV y Gabriela



Margot



Catalina de Medicis



Maria de Medicis



Enriqueta

Enrique IV, el rey Galante, y algunas de las mujeres que intervinieron decisivamente en su existencia

rienta de poder, quiere convertir a su yerno y traerlo a la Corte. Un mes entero lo esperó en Saint Maixent, sin que Navarra accediera a sostener una entrevista. Por fin, logró persuadirlo para una cita en Cognac.

Pocos diálogos de la historia son tan deliciosos como éste. Ante el cortejo de hermosas damas, que le eran a Catalina tan indispensables como sus envenenadores, la anciana le prodiga a Enrique abrazos y palabras melosas, y le asegura que ella y el Rey de Francia sólo quieren su bien.

Navarra le recuerda que han enviado ocho ejércitos contra su gente, a la que el Rey odia como un lobo y ella como una leona.

Desilusionada, Catalina le propone una tregua y le aconseja que repudie el matrimonio con Margarita para casarse con su fascinadora nieta, Cristina de Lorena. Soberbios, los hugonotes proyectan raptarla y pedir cuatro mil millones de rescate, pero Enrique se opone. La intrigante huye a soliviantar los ánimos de Guisa contra el rebelde, que se enfrenta a las tropas de la Liga y las vence en Coutras. Luego, galopa por entre las emboscadas enemigas hasta Pau, a beber el agua

pura del Gave y los besos sensuales de su egregia Corisanda.

Enrique III, débil y vicioso, ha salido de París a refugiarse en Chartres, vestido de monje, Catalina acude donde él y le saca el nombramiento de generalísimo de los ejércitos del reino para Guisa. Era su última carta. Había tenido en sus manos, por lazos de familia, los destinos de Escocia, Polonia, España, Navarra, el Imperio e Inglaterra, pero ahora todo se le escapa. Su nuera María Estuardo, decapitada; los Guisa, amenazados de destrucción; de sus ocho hijos, seis pudriéndose bajo la tierra y dos sobre ella; ella, acusada de miles de asesinatos, torturas y envenenamientos, Enrique III, asustado, ordena matar a los Guisa y recurre al bearnés para luchar contra la Liga.

En Chatellerault, Navarra lanza un manifiesto doliéndose de las miserias de Francia. Después de entrevistarse con Enrique III en el castillo de Plessis-les-Tours, y recibir la promesa real, le escribe una nota a la amada Corisanda:

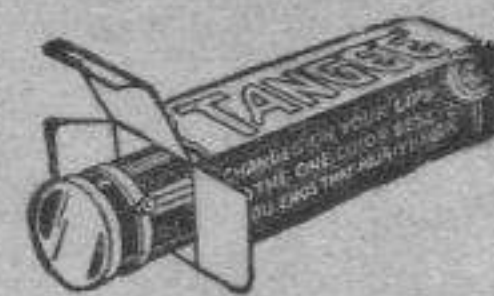
«Alma mía, os escribo desde Blois, donde se me condenó como herético e indigno de ser el suce-



... pero no pudo. Perdió todo su entusiasmo al notar los labios de ella recargados de pintura... El quedó disgustado—y ella, mortificada—pero no vencida... Al día siguiente, él quiso besarla pero ella no lo permitió ¡al principio!



que también esa vez sus labios estaban retocados... Simplemente cambió un lápiz por otro ¡pero! ¡que diferencia! Con el lápiz de antes, sus labios se veían pintados. Con Tangee, quedan avivados, encendidos, pero siempre de aspecto natural... ¡como gustan a los hombres!



Causa sorpresa al usar Tangee por primera vez. Y luego admiración. Usted ve que pasándose ligeramente es rosa. Repasándolo llega hasta un grana encendido. Un matiz aún más vivido lo da el nuevo Tangee "Theatrical." ¡Y siempre luce usted "naturalidad" que encanta! Por eso es el lápiz de más venta en Estados Unidos. Allá las imitaciones no tienen aceptación ¡cuidado que no intenten vendérselas aquí! Exija Tangee ("Natural" o "Theatrical").

Use también el colorete y el Polvo Facial Tangee. Deje hoy mismo las pinturas y luzca más atrayente usando Tangee!

El Lápiz de Más Fama
TANGEE
EVITA EL ASPECTO DE PINTURA

sor de la corona del que soy ahora el principal puntal. Os juro en verdad que no amo ni honro nada en el mundo tanto como a vos, a quien guardaré fidelidad hasta la tumba».

LOS AMORES CON GABRIELA

Asesinado vilmente su aliado Enrique III, Navarra hace aprisionar al Cardenal de Borbón en el castillo de Fotenay-le-Conte y se dispone a limpiar sus territorios de enemigos. Tiene a su lado a Monsieur de Rosny, futuro Duque de Sully, quien ha de ser el genio financiero de su reinado en el trono de Francia. París resiste. La Liga ha enviado fuertes ejércitos bajo el mando de Mayenne, que son derrotados en la batalla de Arques. El 14 de marzo, antes de entrar en el encuentro de Ivry, el bearnés coloca un gran penacho blanco sobre su caballo y otro sobre su cabeza, gritándoles a sus hombres: «Compañeros, si vuestros guías se os pierden, seguid mi penacho blanco; lo hallaréis siempre en el camino del honor y la victoria!»

Para matar el hastío de la campaña, un día se disfraza de campesino y se va a visitar la casa de Gabriela d-Estrées, amante de su escudero Bellegarde, de la que se enamoró perdidamente. Cuando tomó a Chartres, nombró al tío de esta muchacha, Monsieur de Scrudis, gobernador de la conquista. Al padre lo hizo gobernador de Noyon; el hermano, obispo; al amante de su tía, canciller. Bellegarde le robaba las caricias en la misma alcoba, temeroso del retorno del bearnés, pero estimulado por el dicho de Montaigne de que «el peligro de las sorpresas es el que da gusto a la salsa».

La había hecho pintar desnuda como Venus, y él como Marte en el mismo cuadro. Le había dado un hijo, César de Borbón. Estando con ella en Saint Denis, hizo la abjuración de su fe mien-

tras Sully le repetía: «París bien vale una misa!» Cuarentiún años contaba cuando visitó de nuevo la catedral de Notre Dame. Había comprado la rendición de la capital al gobernador Brissac, por un título de Mariscal de Francia, 30,000 libras y una pensión de 30,000 escudos. Dieciocho años antes, abandonó el Louvre entre los estertores de los hugonotes moribundos, y ahora regresaba todo un rey.

ENRIQUETA, MARQUESA DE VERNEUIL

La segunda favorita era Enrique d-Estragues, hija de la amante de Carlos IX, el hermano de Margarita de Valois. Al padre de esta chica le firmó, en octubre de 1599, una promesa de matrimonio si le daba un hijo dentro de seis meses, y la instaló en el palacio de Larchand con el título de Marquesa de Verneuil. Anulado el matrimonio de Margarita por el Papa, comenzó las negociaciones para casarse con María de Médicis, sobrina del Duque de Toscana. El precio: 600,000 escudos, de los cuales Navarra ya debía 500,000. Sully, que atesoraba en los sótanos de la Bastilla, exigió 1,500,000 escudos para sellar la alianza y emprender una campaña contra la casa de Saboya.

Arreglado el negocio, se declaró la guerra contra Saboya el 11 de agosto, y el 20 Navarra cargaba contra Chambery. Allí enarboló los colores de María de Médicis, con quien había de casarse el 8 de octubre por procuración, pero envió las primeras banderas conquistadas a Enriqueta de Estragues, recluida en Malessherbes. El 19 de octubre, en los brazos de ésta, firmó un documento anulando la boda con María y lo mandó al Papa con un capuchino converso al protestantismo. El mensajero, conocedor de su rey, tomó un camino distinto del de Roma.

El mismo día que llegó la Médicis al Louvre, le

presentó a la Marquesa de Verneuil. A María la había ido a esperar a Lyon y allí compartió con ella el lecho sin esperar la formalización del matrimonio. Ambas, pues, estaban embarazadas el día que se conocieron en el palacio real.

EL PUÑAL DE RAVAILLAC

El Delfín hijo de María nació a fines de septiembre; el bastardo de Enriqueta, Gastón Enrique, el 4 de noviembre de 1601. «Más hermoso que el de la Reina!»—exclamaba Navarra— «Un verdadero Borbón, en tanto que el otro es gordo y negro como un Médicis». A lo que replicaba burlesca la hechicera amante: «Es que vuestra gorda banquera tomó la semilla del suyo en Italia!»

Cosa de poca monta para el bearnés. El continuaba siendo amigo de la ex-reina Margarita y de Gabriela d-Estrées. Cultivaba otras amantes de menos categoría. Jacqueline de Bueil, criada en la casa de la Princesa de Condé, quien se la entregó por 30,000 escudos y un casamiento con Césy de Cnampvallon. Como sustituta de Mademoiselle des Essarts, Enrique la hizo condesa de Monet, y la dotó de una rival, Mademoiselle Paullet, fascinadora pelirroja a quien apodaban en la Corte «La Leona».

Con estas golosinas, París bien valía una misa, y hasta el puñal regicida de Ravallac. La Reina María fué coronada en San Dionisio el 13 de mayo de 1610. Entre el 13 y el 14 fué asesinado en su carroza el Rey. Contaba 57 años y Luis XI había dicho que los reyes de Francia no sobrepasaban los 60. Por lo demás, la muerte lo sorprendía en el instante en que se disponía a emprender una guerra para deponer al Papa. ¿No había dicho el padre Mariana que era permitido y hasta recomendable aniquilar a un príncipe preocupado con destruir la religión, las costumbres y las instituciones?

El café que se cultiva

El origen del café se pierde entre las fábulas en la oscuridad de los tiempos.

Desde Abisinia, según algunos, fué importado el café a la Arabia. Desde allí fué extendiéndose por el Oriente, y bien pronto los establecimientos donde se servía café se convirtieron en centros de reunión.

En Europa se introdujo, por vez primera, en 1582. Los venecianos lo llevaban en grandes cantidades a principios del siglo XVIII.

En medio de apasionadas disputas entre los partidarios y enemigos del café, y a pesar de la persecución de autoridades y médicos que lo prescribían como pernicioso a la salud, el uso del café se extendió por los pueblos de Europa.

En 1671 se abrió en Marsella el primer café público. Un año más tarde se abrían en París establecimientos similares, y el uso del néctar oriental se puso de moda entre la aristocracia. No pasaron muchos años y todas las capitales europeas tuvieron establecimientos para servir café.

Luis XIV envió a Martinica la primera planta del café que se conoció en América y desde allí se propagó rápidamente por todos los países tropicales del Nuevo Mundo. Por las ventajosas condiciones de este suelo llegó su producción a tal importancia que abasteció a casi toda Europa, y desde 1808 su venta adquirió verdadera importancia en el mercado mundial.



TAMBIEN HOLANDA SE PREPARA PARA UNA EVENTUALIDAD GUERRERA.—Estas tropas holandesas han sido fotografiadas mientras realizaban maniobras en la frontera. Objetivo: que no las coja desprevenidas una nueva conflagración europea. Al fondo puede verse un nido de ametralladoras. (Foto Acme Editors Press.)

GEORGE BERNARD SHAW, ARISTOCRATA

Por John Ervine

GEORGE Bernard Shaw acaba de cumplir 83 años. Nació en Dublín, en 1856. Sus padres pertenecían a la modesta categoría de las llamadas «buenas familias». En tal atmósfera de «snobismo» irlandés, creció Shaw. Su padre era un hombre de negocios, sin fortuna, pero con desconcertante e inesperado sentido humorístico. Bebía mucho. George Bernard lo descubrió, y no volvió a «creer en nada, desde entonces».

A los 11 años de edad ingresó, en calidad de interno, a la Wesleyan Connexional School, de Dublín, en la que no produjo, por cierto, muy buena impresión a sus maestros. Se encontraba casi siempre «cerca de la última fila» o en ella. Era no solamente un haragán, según su biógrafo, Archibald Henderson, sino que «contagiaba a los demás a quienes distraía de sus estudios mediante interminables historietas cómicas». El, por su parte, dice



El gran escritor inglés y su señora esposa, fotografiados recientemente en un viaje de regreso a Londres.

que aquella escuela no le dió a conocer nada y aun le impidió aprender mucho.

Su madre, Lucinda Elisabeth Gurly, a quien se parece extraordinariamente, era una mujer de carácter y de cultura poco comunes; entendía bastante de música, poseía una magnífica voz de mezzo soprano, y, en su casa, el joven Shaw pudo adquirir un profundo conocimiento de aquel arte.

Además de esta educación doméstica—a la que se unía la conversación rebelesiana de su tío Walter Gurly, un médico de barco que le relataba cuentos atrevidos, en lenguaje bíblico—, aprendió a conocer las buenas pinturas por sus frecuentes visitas a la Irish National Gallery.

En 1871, con ayuda de su tío, entró en la oficina de un agente de terrenos, Charles Uniacke Townshend, con un salario de 18 chelines mensuales. Pronto fué ascendido a puestos de alguna responsabilidad, y cuatro años después recibía un sueldo ocho veces mayor que aquél. La leyenda de que el hombre de letras no es apto para el comercio, falló en el caso de Bernard Shaw. Pocos hombres de negocios saben manejar sus asuntos como él.

Poco después que empezó a trabajar en esta oficina, su madre decidió que la vida en Dublín, con un marido borracho, era algo insostenible. En vista de eso, se dirigió con sus dos hijas, Alina Agnes y Lucinda Frances Carr, a Londres, en donde se dedicó a dar lecciones de canto. Dejó a su único hijo con el padre, quien, no obstante su continua intoxicación, hacía reír con sus bromas al muchacho. Como el padre no prosperaba, el hijo partió de Dublín, en marzo de 1876, para ir al lado de su madre. Su llegada no dejó de sorprender a ésta quien vivía de lo poco que ganaba y una libra se



Una famosa caricatura de Bernard Shaw.

manar que se enviaba su marido.

Antes de salir de Dublín, envió a la prensa su primera colaboración. Fué una carta que se publicó en el «Public Opinion», el 3 de abril de 1875. En ella atacaba el nuevo movimiento religioso que estaban impulsando en la Gran Bretaña e Irlanda dos evangelistas americanos: Dwight L. Moody e Ira Sankey. En esta carta empleaba por primera vez el tono que ha sabido mantener toda su vida: el tono aristocrático.

El hecho de que Shaw sea socialista logró que muchos le crean demócrata; pero, al contrario, siente gran admiración por los dictadores. No basa su exclusivismo en la distinción de clases. Según él, unos cuantos han nacido para mandar y el resto para obedecer. Sobre esta base, que se encuentra en su carta al «Public Opinion», Shaw levantó después todos sus pensamientos.

Los primeros nueve años de su vida en Londres transcurrieron en la pobreza. Durante un breve período trabajó en la oficina de una compañía formada para «explotar la ingeniosa invención de Thomas Alva Edison», pero su disgusto por la vida comercial, adquirido en Dublín, continuó y aún prevaleció en Londres.

Decidió, en vista de ello, lanzarse audazmente a la carrera de las letras. En cinco años, de 1879 a 1883, escribió cinco novelas, la primera de las cuales—«Inmaturity»—fué rechazada por todos los editores, incluso Chapman y Hall, cuyo consejero, George Meredith, escribió «No» sobre ella. El manuscrito fué arrojado al suelo, donde lo royeron los ratones, pero «ni los ratones lograron acabar con él». A esta obra siguieron otras, igualmente inceptables, hasta que habiéndose hecho de muchos amigos en los círculos avanzados políticos y humanitarios, logró que fueran publicadas, en calidad de «relleno», en los magazines de propaganda. Su tendencia a contar los cuentos en forma dialogada indicaba su capacidad para dramaturgo, más bien que para novelista.

En 1882, a los 26 años, asistió a un mitin organizado por Henry George, con el fin de sostener su teoría del impuesto único; Shaw no tardó en convertirse en un adepto de aquél; pero, al leer «El capital», de Carlos Marx, poco después se convirtió al socialismo.

Ahora es un orador público, dedicado enteramente a la controversia y al debate. A fuerza de peroraciones «ante auditores de diversas clases, en los que figuraban lo mismo sabios de universidades que lavanderas», logró convertirse en un polemista eficaz. A los setenta y siete años habló durante noventa minutos en Nueva York, sin la menor apariencia de fatiga.

En 1884 ingresó a la Sociedad Fabiana, famoso grupo de intelectuales socialistas que excluían rigurosamente la emoción de sus exhortaciones. Allí conoció a Sidney y a Beatrice Webb, Graham Wel-

les, Sydehy Oliver, Annie Bessant, y más tarde a James Ramsay Mac Donald. Otros de sus amigos de la época fueron Edward Carpenter y William Morris. Aumentó su renombre. Fué crítico de libros en la «Pall Mall Gazette» y de pinturas en el «World». Más tarde se convirtió en crítico musical, y luego en crítico dramático. Se hizo famoso por el vigor de sus escritos y la abundancia y brillantez de su ingenio. Sus iniciales «G. B. S.», han llegado a ser célebres.

A fines de abril de 1898, una herida en el pie le convirtió, durante algún tiempo, en un inválido. En junio del mismo año contrajo nupcias con la mujer que lo había cuidado: una dama irlandesa de buena sociedad, llamada Charlotte Payne-Townshend. Por entonces ya había producido unas cuatro comedias, ninguna de las cuales había sido representada. Y fué hasta 1904, a los 48 años, cuando se le aceptó definitivamente en el escenario londinense, aunque estaba de moda en Nueva York y en Alemania, desde seis años antes.

Su primera obra, «Widowers Houses», fué terminada en 1892. A ésta siguió, en rápida sucesión, una larga serie de comedias, que hoy llegan a más de cuarenta, y que se han hecho famosas por su incomparable elocuencia y sus ideas audaces. Su energía, desde entonces, ha permanecido inalterable. Además de esta amplia obra de dramaturgo, toma parte en toda clase de conferencias—orales y escritas—, en la tribuna y en la prensa, sobre una gran variedad de asuntos, que van desde las cosas del arte hasta la vivisección.



El anciano joven acompañado de Elisabeth Bergner, estrella del Shaftesbury Theatre, y C. B. Cochran, director de escena.

Habiendo llegado a la ancianidad, Shaw es físicamente tan apto como siempre. Su cuerpo, alto—mide un metro ochenta de estatura—, es tan ágil como el de un hombre joven. Su barba y su cabello, que antes fueron rojos, son ahora enteramente blancos. Sus ojos azules están llenos de risueña burla. A pesar de su amabilidad, es aniquilador en su actitud hacia los tontos y los pícaros. Su vida es austera y sus costumbres son las de un solitario. No bebe licores, ni fuma, ni come carne. Sus principales diversiones consisten en todas las formas del debate y de la controversia. Su naturaleza aristocrática le impide tomar parte en toda clase de juegos democráticos, pero gusta de nadar, caminar, viajar en automóvil. Cada uno de estos ejercicios son exclusivamente un pasatiempo solitario. Su afición al teatro, a la música y a la pintura es conocida, pero la que siente por el cine es menos conocida y menos explicable. Gusta de los amigos, pero guardando siempre su independencia. El epigrama de Oscar Wilde: «Shaw no tiene enemigos, pero sus amigos no lo quieren», es, como muchas cosas de Wilde, falso. Shaw tiene muchos amigos y muchos enemigos también.

Ha sido su destino vivir una vida lo suficientemente larga para ver que sus audacias son aceptadas como parte de una creencia común. Ya no se le considera como peligroso; al contrario, a menudo los muy jóvenes y los muy viejos dicen que ya no está al día. Soporta estos cargos alegremente, aun cuando, a veces, parece preocuparse mucho por la opinión de los jóvenes. Aunque es inevitable que un hombre de genio parezca pequeño a la generación que sigue la suya, Shaw ha sido la más potente figura de su época, y esa potencia no disminuirá ni tendrá fin.

Un pleito y dos sentencias

por JOSÉ THÉRY

DESDE que había sido nombrado presidente del Tribunal Civil de Montfort-le-Sec, designación largo tiempo anhelada, Ludovico Lacaille había perdido el reposo y la sonrisa. Su conciencia estaba atormentada por el temor de fallar mal. Mientras era juez solamente, aquella inquietud había sido eliminada por el hecho de que cualquier decisión suya era siempre supeditada a la sentencia final, por mayoría de votos, del Tribunal. Pero ahora, Ludovico Lacaille se veía ante una terrible responsabilidad, la responsabilidad del juez único, ya que, con emocionante unanimidad, sus asesores, al reunirlos él en la sala de deliberaciones, declararon con humilde deferencia que se acogían gustosos a la experiencia y a la sabiduría del presidente.

Ludovico conoció noches atroces: aquellas que precedían a los días en que debía dictar sentencia. Y durante aquellas horas de angustia, las dudas sacudían su conciencia, atormentándolo horriblemente.

Fue también con esa sensación de angustia que Ludovico Lacaille abrió la audiencia reservada al caso Poivert versus Lardón, un asunto que apasionaba hondamente a la pequeña población.

Desde muchas generaciones antes, una amistad legendaria unía a las familias de Lardón y

Poivert, pero recientemente, a causa de una liebre sobre la cual habían hecho fuego simultáneamente, en el límite de ambas propiedades, un Poivert y un Lardón, surgió una violenta querrela. La solidaridad familiar intervino en la disputa, se formaron dos bandos a los cuales animaba un odio feroz, para avivar al cual todas las ocasiones parecían ser propicias.

Animado por aquel odio súbito, Lardón, revisando un día sus papeles, descubrió un documento de venta de terrenos que su abuela había cedido al de Poivert. En una de sus cláusulas, aquel documento especificaba la prohibición absoluta de edificar, plantar árboles o levantar, en fin, cualquier impedimento que pudiera disminuir la visualidad que gozaba la terraza de los Lardón. Una persona sentada en aquella terraza, en el ángulo formado por la fachada y el ala este de la casa, debía ver, en todo momento, el cuadrante del campanario de Chateau-neuf, que se elevaba a tres kilómetros de distancia.

Apenas leído aquello, Lardón se precipitó a la terraza. ¡Qué alegría! Los Poivert habían plantado un espeso grupo de castaños, los cuales, al crecer, apenas si ahora permitían ver, sobre sus frondosas copas, el gallo de estiano que campeaba en la cima del campanario.

Poivert fue citado ante el Tribunal para dos días después, ordenándosele que talase los castaños dentro del tiempo de ocho días después de su notificación, condenándosele, además, a pagar 500 francos de multa y las costas del juicio.

Al recibir aquella intimidación, Poivert se sobresaltó primero y montó en cólera después. Aquella cólera se exteriorizó en gritos tales que los vecinos acudieron asustados, creyendo que se estaba desarrollando algún terrible drama. Y Poivert, echando espuma por la boca, juraba y perjuraba que jamás talaría aquellos castaños. Antes, mataría a Lardón. La Corte en general y los jueces en particular no le asustaban. La justicia absolvía diariamente a personas que habían cometido delitos peores. Por otra parte, no había ninguna ley que prohibiese matar a un cerdo.

Un amigo le llevó a casa de su abogado. Gravemente, el juriscónsulto leyó el dictamen del Tribunal.

—Delicado... Muy delicado—dijo, dejando el documento sobre su escritorio.

Poivert dió un salto en su silla, como si estallase: —¿Delicado?—exclamó en un gruñido—. Si usted encuentra esto delicado, no sabe lo que dice. Una acción solapada, la peor de las canalladas: jeso es lo que le llamo yo!

—Cálmese, mi querido señor—dijo el abogado—. Sólo quería decir que, legalmente, la cuestión es delicada. El documento de venta contiene una cláusula legal, firmada por vendedor y comprador. No obstante, siempre queda el recurso de apelación. Nunca sabe uno lo que puede ocurrir en estos juicios. La lucha será ruda, pero he tenido que librar otras peores. Cuento usted conmigo.

Poivert le dió las gracias efusivamente. Y, desde aquel instante, comenzó el juego del procedimiento.

En la pequeña población no se hablaba de otra cosa que de aquel proceso, y, como era de suponer, dada la enorme influencia de las dos familias, se formaron dos bandos populares perfectamente definidos.

Por fin, llegó el día de la audiencia. Fuerte en sus derechos, Lardón había elegido

Entre la terdidad de los marcos rece más la musca algún acc to riuacion en jaque riedad de dos y de lo que ma la novicia cha con intencio de las

como abogado a un reputado jurista. Poivert, aconsejado por su abogado, hizo venir de la capital del partido un abogado que, fuese cual fuese la causa, abrumaba al adversario con burlas e insinuaciones afrentosas.

El salón de la audiencia estaba abarrotado de gente. Y en aquel ambiente caldeado, el jurista, invocando el Código Civil, una copiosa jurisprudencia y los términos del contrato de venta, demostró en forma doctoral que la demanda de su cliente era justa. Lardón, al oírle, sonreía, seguro de su victoria.

Pero he aquí que se puso en pie aquel a quien, en toda la región, llamaban el «abogado veciniero». Empezó por trazar una odiosa caricatura del adversario, tanto en su físico como en su carácter, haciendo chistes pesados sobre su nombre. Evocó el pasado de la familia Lardón. En la época de la venta, origen del proceso, el viejo Lardón habitaba la casa. Era un hombre de gustos sencillos, que en los días hermosos del verano gustaba leer su diario, sentado sobre el banco instalado en el ángulo de la terraza. Aquel lugar, que él se había reservado para sí era sagrado. Pero el actual Lardón había profanado aquel lugar.

El abogado siguió con algunas burlas de mal gusto, trazando un paralelo entre las aptitudes de abuelo y nieto. Y, naturalmente, todo aquello tuvo gran éxito entre el público.

Y cuando el presidente hubo impuesto severamente silencio, el abogado terminó pidiendo que se condenase a Lardón a pagar diez mil francos de indemnización.

La audiencia fue suspendida. Eran las siete de la noche.

El público demostraba una viva agitación. En el salón de los Pasos Perdidos, los dos bandos cambiaban miradas de profundo odio, de desaffio. Poco después, las miradas fueron reemplazadas por invectivas y el conserje del juzgado hubo de intervenir energicamente, para impedir que aquello degenerara en una descomunal reyerta.

El presidente Lacaille estaba profundamente preocupado. ¿Cuál de las dos partes tenía razón? Mientras se despojaba de su túnica, solicitó tímidamente la opinión de sus asesores, que también se vestían presurosos. El más joven indicó evidentemente su indecisión con una mueca. El otro, el juez Mulot, que no perdonaba a Lacaille su nombramiento de presidente, que él había anhelado tanto tiempo, respondió con cierto desdén: —Este es un asunto que no entiendo. Buenas noches, señor presidente.

—Esto quiere decir—pensaba Lacaille al dirigirse a su domicilio—que no tendré más remedio que dictar sentencia yo solo. Y esos malditos abogados han embrollado el asunto de tal manera que, la verdad, no entiendo una palabra.

Durante las noches que siguieron, Lacaille estudió el expediente, velando hasta la madrugada. Pero en su cerebro no se hacía la luz. Por el contrario, era en vano todo intento de ordenar los argumentos para abocarse a ellos en una sucesión regular. Se le escapaban, se estrellaban unos contra los otros, desgarrándose como perros furiosos. Jamás su indecisión había conocido un tormento parecido. Y perdió el sueño.

La antevíspera del día en que debía dictar la sentencia, el presidente, habiéndose retirado a descansar, pensó, de pronto, que todo el mal provenía de que los argumentos de las dos defensas desfilaban en desorden por su mente. Era necesario, imprescindible, ordenarlos, inmovilizarlos, y para ello había un solo medio. Redactar un fa-

llo estudiando solamente los argumentos del demandante y otro a base del estudio de los del demandado. En esa forma, tendría dos construcciones sólidas y le sería mucho más fácil elegir.

Como casualmente tenía aquel día libre, lo dedicó por entero a la redacción de las dos decisiones contrarias. Lo hizo escrupulosamente. Ambas tenían exactamente la misma extensión: cuatro páginas de fina escritura.



Terminada aquella tarea, se sintió notablemente aliviado y se acostó, dejando la elección para el día siguiente.

Por desgracia para él, ambos fallos habían sido hechos con tan minuciosa imparcialidad, que los dos parecían buenos. El presidente, después de leer el que acogía la demanda de Lardón, se dijo: —¡Este es el bueno!—. Pero leyó el otro y su conciencia le obligó a exclamar: —Me había equivocado: este es el que contiene la verdadera justicia. Es Poivert quien debe recibir el fallo favorable.

No obstante, por un escrúpulo de conciencia, quiso confirmar esta última opinión por medio de una nueva lectura del primer fallo. Y no halló aquella confirmación. Por el contrario, su primer fallo le pareció superior al segundo. Indudablemente, Lardón estaba en su derecho.

—¿Cómo puedo haberme equivocado hasta tal punto?—murmuró. Y lentamente, buscando el origen del error, volvió a leer el fallo opuesto. Pero en lugar de la equivocación que buscaba se encon-

tró con una argumentación sólida, impecable. Era, sin disputa, Poivert quien tenía razón.

Lacaille se quedó con un fallo en cada mano. Sus ojos iban de uno a otro. Leía un párrafo a derecha y después otro a izquierda. Su decisión estaba perfectamente equilibrada. Y todo aquello parecía repercutir en su corazón, que le dolía...

Después de una noche poblada de pesadillas, en las cuales Lardón y Poivert se trenzaban a terribles golpes, uniéndose después para amenazarle, Ludovico Lacaille se despertó extenuado, sin voluntad para nada. ¿Cuál sería su fallo ese día? Era preferible no pensar en eso.

Llegó el momento de la audiencia. El presidente tenía una palidez que asombró e inquietó a todos. El público se removía en sus asientos, impacientemente por saber quién saldría victorioso de aquel pleito. De pronto, el ujier impuso silencio y exclamó con su voz monótona, acostumbrada a aquella clase de anuncios:

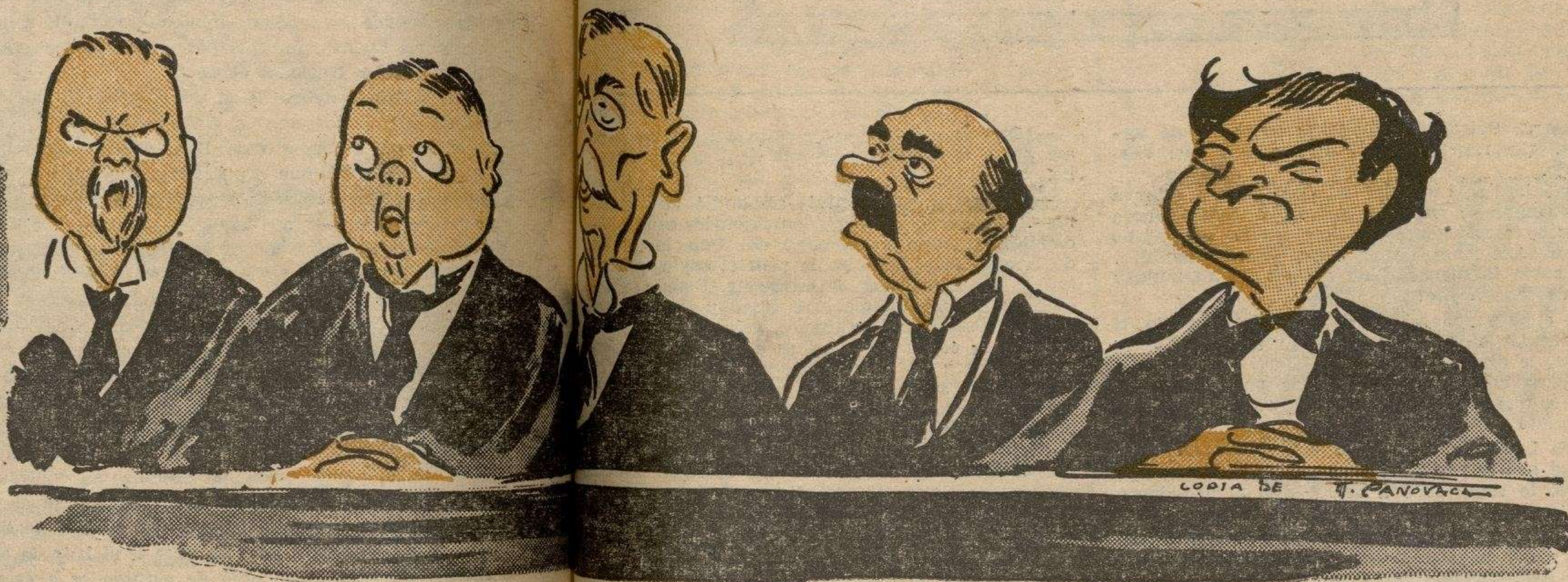
«Sentencia del pleito Lardón versus Poivert».

Los murmullos que moscardoneaban por la sala cesaron de inmediato. Se hizo un silencio impresionante. En primera fila, ante el estrado del tribunal, Lardón y Poivert estaban sentados junto a sus respectivos abogados. Todo el mundo levantó la cabeza hacia el presidente. Este permanecía inmóvil y mudo. Sus asesores, intrigados, volvieron los ojos hacia él.

Lacaille comprendió que le era imposible demostrar más el dramático instante. Con un movimiento brusco, abrió la carpeta que tenía ante sí y unió en ella una mano, cerrando los ojos. Extrajo unos papeles y, poniéndose en pie, dió comienzo a la lectura. Su voz era débil, temblorosa, pero poco a poco se fué afirmando, robustecida por el encadenamiento de los argumentos. Las últimas palabras salieron de sus labios imperativas y secas: —...este tribunal, en consecuencia, condena a Lardón a pagar mil francos de indemnización y las costas de este proceso...

En el público se produjo un vivo movimiento. Los partidarios de Lardón parecían anonadados, mientras los de Poivert manifestaban abiertamente su alegría. Y poco después se suspendió la audiencia, lo cual hizo acrecer el tumulto, rotos los frenos que le habían contenido relativamente hasta entonces.

Lardón, rojo de indignación, ballaba, en su furia, una ridícula danza, golpeando el suelo con



los pies y levantando los brazos en alto, crispados los puños.

Liberado por fin de su angustia, el presidente dejó su carpeta sobre la mesa del tribunal y se retiró a vestirse. ¡Por fin!... Ahora, le era posible sonreír...

El juez Mulot, ante la pregunta:—¿Qué opina usted del fallo?—respondió:—Perfecto, pero ¿observó usted el rostro de Lardon mientras se estaba leyendo la sentencia? Parecía como si alguien le hubiese dado una estocada mortal. Estaba seguro de ganar este pleito y para él Poivert no tenía probabilidad alguna de ganar. La justicia tiene, a veces, sus sorpresas. No pretendo criticar su fallo, señor presidente, puesto que, de antemano, lo había aceptado sin conocerlo. Ahora, lo firmaré...

Lacaille sintió que, de nuevo, una profunda angustia invadía su corazón. Sin decir una palabra, salió, impaciente de alejarse de aquel Palacio de Justicia, verdadera cámara de torturas de su conciencia. Atravesando la sala de los Pasos Perdidos, vió, echado sobre un banco, al infortunado Lardon, que lloraba. Su abogado se esforzaba en consolarle. Lacaille aceleró el paso, pero alcanzó a oír las palabras:—Presentaremos una apelación...

El presidente pensó. En realidad, su fallo no era una cosa irremediable. La Corte decidiría en última instancia. Y aquel pensamiento pareció aliviarle notablemente. No obstante, a pesar del magnífico sol que doraba aquella hermosa tarde, a él todo le parecía sombrío. Caminaba apresuradamente, como si quisiese huir del lugar donde había cometido un delito.

En la terraza de un café, Poivert, rodeado de sus amigos, celebraba ruidosamente la victoria. Al pasar él, se levantó y lo saludó cortésmente. Y aquel saludo de agradecimiento fué para Ludovico Lacaille como un ultraje. No respondió a él y apresuró aún más el paso. Decididamente, se había equivocado: era Lardon quien debía haber ganado el pleito.

Durante los días siguientes, circularon malas noticias. Lardon guardaba cama. Se temía un ataque cerebral.

Ludovico Lacaille no osaba pasar ante la casa de aquél a quien, en su fuero interno, calificaba ya como «su víctima». Personas honorables con cuya estimación se honraba antes, daban vuelta ahora la cabeza para evitar saludarlo. Otras le negaban abiertamente, como jactándose, el saludo. Un terrible remordimiento le angustiaba. Y empezó a pensar en solicitar su traslado.

Unas tres semanas después del pronunciamiento del fallo, el presidente, sombrío y pensativo como ya era costumbre en él ahora, se dirigía al Palacio de Justicia. Al llegar frente al café donde Poivert había celebrado su victoria con sus amigos, le esperaba una formidable sorpresa. Lardon y sus allegados y partidarios, sentados en las mismas mesas, bebían, chaland y riendo ruidosamente. A su paso, Lardon se puso en pie y le saludó exactamente como lo había hecho veinte



días atrás Poivert. Y aquello le tomó tan de sorpresa, que respondió con otro saludo casi exagerado.

¿Qué había ocurrido? Lardon, que a estar a a los rumores circulantes agonizaba, estaba ahora bebiendo alegremente con sus amigos, entregado a manifestaciones de entusiasmo desbordante... ¡No cabía la menor duda de que la humanidad era desconcertante!

En cuanto penetró en el salón del Consejo, el juez Mulot, mirándolo medio en serio medio en broma, le dijo:

—¡Esta si que es una historia peregrina!

—¿A qué historia se refiere usted?—preguntó friamente Lacaille.

—Es Lardon el que ha ganado el pleito y Poivert el que lo perdió... ¡Esto es colosal!

—No lo comprendo a usted—dijo el presidente, extrañado.

—No hago más que repetir lo que acabo de oír.

En aquel momento penetró en el salón el escribano del juzgado. Venía pálido. En sus manos, temblaba un manojo de papeles.

Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfecte la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento. Entre los accesorios de su toilette no debe nunca, faltar un tubo de pasta DENTOL

TUBO MEDIANO 20¢
TUBO GRANDE 40¢

PASTA DENTOL
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
Preparado según las formulas del Doctor PASTEUR
Casa L. FRERE 19, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
Fabricado en Habana, Cuba Apartado 2143
Sociedad FILS & CRETE
Casa L. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

—¿Qué es eso que me cuenta mi colega sobre ese pleito de Lardon y Poivert?—pregunto Lacaille.

—¡Ah, señor presidente!—respondió el escribano—. ¡Un hecho sin precedentes en los anales judiciales! Cuando usted salió del Palacio el día de la audiencia final, yo le pedí el texto que usted se había olvidado de enviarme. Usted sacándolo de la carpeta, me lo entregó y lo envíe inmediatamente a mi ayudante, para que lo transcribiera en el Registro. Así se hizo. Dos días después, usted y los señores jueces del tribunal firmaron la minuta, sin leerla, naturalmente. Yo hice lo mismo. El abogado de Poivert abonó los gastos de registro, una vez liquidados, dando órdenes a sus empleados de llevar a cabo la ejecución de la sentencia con todo el rigor posible.

Lardon guardaba cama, enfermo, cuanto le fué entregada la copia del fallo, con la intimidación de pago. Pero Lardon leyó los documentos, seguramente por curiosidad, y he aquí que en ellos descubrió que la sentencia le era favorable. No quería creer lo que estaba leyendo y llamó a su



—Señor escribano—dijo gravemente,—asumo por entero mi responsabilidad.

—Muy bien, señor presidente—respondió Mulot. —¿Y los pleiteantes?

El presidente hizo un gesto vago...

—Lardon—prosiguió Mulot—está loco de contento ahora, después de haber estado a punto de morir de despecho. Pero Poivert no se resigna y anda diciendo a todo el que quiere oírle que la Justicia en lugar de tener como simbolo una balanza, debería tener un columpio, jurando que no cejará hasta que este asunto sea liquidado por quien corresponda. Para empezar, está dispuesto a apelar...

El juez suplente quiso terciar también y dijo: —Es indudable que existen dos fallos: el que fué leído en la audiencia...

—Ese no tiene valor alguno—interrumpió el escribano—puesto que no ha sido registrado ni firmado...

—Pero el que figura en el registro y contiene las firmas, no ha sido leído en la audiencia... Y esa es una formalidad esencial.

—Perdón—replicó el escribano.—Legalmente, ha sido leído en la audiencia, porque la minuta lo menciona, con la garantía de la firma de tres magistrados que componían el tribunal, una de las cuales es de usted. Y, además, mi firma, como escribano. No es posible presentar prueba alguna contra ese documento debidamente inscripto y firmado.

—Sin embargo... La realidad...

—La ley está por encima de la realidad.

—Tanto mejor—dijo Mulot.—Es preciso que este proceso termine. Por otra parte, ese fallo es tan bueno como el otro. No hablemos más de este asunto. Sin embargo, me permitirá usted, señor presidente, felicitarle por su talento de improvisador. La argumentación del otro fallo fué sólida y su forma tan perfecta, a tal punto que todos habríamos jurado que estaba usted leyendo. No obstante, lo que tenía usted ante sus ojos decía todo lo contrario. ¡Un verdadero «tour de force!»

Al penetrar en su casa, Ludovico Lacaille buscó el texto que había leído en la audiencia, lo quemó rápidamente e, invocando razones de salud, redactó una solicitud pidiendo su jubilación anticipada. El juez Mulot le sucedió en la presidencia del tribunal.

Y durante mucho tiempo, en Monfort-le-Sec, no se habló de otra cosa que del ruidoso pleito entre Lardon y Poivert.

esposa, la cual los leyó a su vez. No cabía la menor duda. Poivert era condenado a talar los castaños, a pagar cinco mil francos de indemnización y las costas del proceso.

—No comprendo—exclamó Lardon. E inmediatamente mandó a buscar a su abogado. Este acudió presuroso, leyó los documentos y se dió cuenta de que el proceso que ellos habían creído perdido estaba ganado. ¿Cómo había sido aquello? ¡Inexplicable, fantástico!...

—¡Esto es un verdadero milagro!—exclamó alegremente la señora Lardon que es muy religiosa, y poniéndose en seguida el sombrero se fué a dar la buena nueva al sacerdote.

—Milagro o no—declaró el abogado—el fallo está ahí, en debida forma, sin que le falte nada, absolutamente nada, ni siquiera la firma del adversario. Hoy mismo ordenaré que se lleve a cabo la sentencia. Poivert deberá talar los castaños y pagar la indemnización y las costas. ¡Cómo nos vamos a reír!

—¡Sí, sí!—exclamó el enfermo, que sano de pronto, saltó del lecho, para vestirse apresuradamente. Y prometió al abogado una espléndida gratificación para sus empleados, si llevaban a cabo la ejecución de la sentencia cuanto antes.

—Puede usted imaginarse, señor presidente—terminó diciendo el escribano—el ruido que está haciendo este asunto. Los dos interesados y todos sus amigos no dan paz a sus lenguas. Los unos ríen, mientras los otros maldicen. ¡Nunca he visto una cosa igual!

—¡Qué barbaridad!—suspiró Lacaille.

—Pero—prosiguió el escribano,—en todo esto hay un misterio inexplicable. La copia es rigurosamente exacta. He aquí el texto que usted me entregó, escrito de su puño y letra. Sin embargo, desde el principio al fin, es precisamente todo lo contrario de lo que usted, señor presidente, leyó en la audiencia.

—¿No será el señor presidente víctima de alucinaciones?—preguntó el asesor Mulot con voz trémula, dirigiéndose a Ludovico Lacaille.

Por toda respuesta, el presidente se encogió de hombros y un largo silencio invadió el salón del Consejo.

El presidente meditaba. ¿Qué debía hacer? Era necesario, ante todo, que el honor de la magistratura saliera indemne de aquella aventura. Confesar que había redactado dos fallos, leyendo uno y entregando al escribano el otro, sin darse cuenta, era lo mismo que reconocer un aturdimiento imperdonable, escandaloso. ¿Qué de burradas lloverían sobre él! ¡La justicia comparada con

la lotería! ¡Jamás! Era preferible, mil veces, sacrificarse. Se le acusaría de padecer de desequilibrio mental, de ser un hombre víctima de lagunas mentales, y su carrera quedaría arruinada para siempre, pero todo eso, con ser trágico, era preferible...

SALUD A LOS FUERTES!

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, deben tomar vino de





Las Relaciones Internacionales y el Cinematógrafo

EN Hollywood hay aún quien ve como el cuco a los censores Will Hays y a su eficaz ayudante, Joseph I. Breen. Sin embargo, ni estos dos personajes, ni la ramosa Liga de Moral, preocupan mayormente a los productores.

Hoy en día, la pesadilla de esos buenos señores la constituyen los censores extranjeros, quienes, les amargan continuamente la vida con su código internacional de «lo que no es permitido».

Esto no se puede hacer en Polonia; aquello no está permitido en Perú; esa película no se presta para un país como Portugal, son frases que les ponen los cabellos de punta. Puede darse el caso de que una película sea bien aceptada en Suiza, y, en cambio, provoque un desorden mayúsculo en una nación latina. La más entretenida comedia para un inglés, puede en Italia provocar un incidente diplomático. Es posible que el mismo país que aplaude de buen grado a Mae West, no vea bien el trabajo de Shirley Temple



Marlene Dietrich.

Y así es cómo los censores extranjeros expurgan y mutilan a su criterio. En ocasiones, las partes suprimidas son de tal importancia en el desarrollo del film, que es preciso poner en el hall de los cines carteles explicatorios en los que se resumen esos cortes.

El fervor de los censores no sólo es político, sino también social, ético y moral. Hasta el más indignado productor cinematográfico americano admite que la censura extranjera evidencia un honesto esfuerzo para amoldarse a las costumbres y maneras de pensar de los varios países.

¡Pero hay países de costumbres tan raras!

Los japoneses, por ejemplo, descartan todas las escenas donde los actores se besen, porque el beso está considerado en el Japón como un atentado al buen gusto. En Italia se cierran las puertas para todas las películas en donde se haga la menor crítica al régimen fascista.

Estas y otras prohibiciones constituyen para los productores de Hollywood una fuente constante de dolores de cabeza. Hay quien se asombra de que la industria cinematográfica norteamericana se deje influenciar, dominar y hasta arrollar por censores de naciones que, individualmente, constituyen insignificantes mercados para las películas.

Pero es preciso reconocer que el mercado extranjero tiene suma importancia. Tan es así, que el cuarenta por ciento de las entradas de la Metro Goldwyn Mayer se obtiene por medio de las películas exportadas.

En el término medio de las películas se obtiene una ganancia del veinticinco por ciento, aun cuando hay muchas que rinden varias veces su costo. Las entradas del extranjero representan, posiblemente, la diferencia entre ganancia y pérdida.

En cuanto a las protestas de los países, no tienen, en manera alguna, relación con la importancia del mercado. Tomemos Turquía, por ejemplo, que cuenta únicamente con 70 salas de espectáculos, la mayoría de ellas pequeñas. Los turcos pusieron el grito en el cielo, como vulgarmente se dice, cuando supieron que la Metro Goldwyn Mayer se proponía filmar la obra «Los cuarenta días de Musa Dagh», que se refiere a las crueldades que los turcos infligieron a los armenios durante la última guerra.

Como es natural, de haberse filmado, como se había propuesto, dicha película, los turcos habrían prohibido su exhibición dentro del país, a la vez que hubieran instigado a otras naciones amigas a proscribirla, so pena de no admitir las películas producidas por esos mismos países.

Inglatera, constituye un buen mercado para las películas de los Estados Unidos; prohíbe todas aquellas que hieran la susceptibilidad nacional de un país amigo, por lo cual no habría sido nada extraño que Inglaterra, deseosa de conservar la amistad de Turquía, hubiese accedido a lanzar un bando prohibiendo determinada película. Lo mismo puede decirse respecto a Francia.

Cuando las autoridades francesas se enteraron del proyecto de la Paramount de filmar «Los caminos de la gloria», que se refiere a la ejecución de un grupo de soldados franceses, como castigo por haber fracasado en la misión de cumplir determinado objetivo, hablaron inmediatamente de tomar represalias comerciales, si realmente llevaban el asunto a la pantalla.

moral, y política, en especial. Francia, por ejemplo, es sumamente liberal en cuanto se refiere a la censura es en Inglaterra particularmente



La encantadora Shirley Temple.

MENOS que una arregle su vida de manera que no haya un momento de hastío en ella, a menos que una se levante en la mañana contenta para iniciar un nuevo día y se acueste en la noche creyendo de haberlo terminado bien, deslizándose con satisfacción entre las sábanas reposantes mientras se lee un libro favorito, está una perdiendo lo mejor que ofrece la existencia.

No hay mujer por sabia que sea que no tenga sus quebrantos. Hay enfermedades, muelas que due- len, parientes y amigos que mueren, cuentas que crecen mucho más de lo que una había imagina- do. Hay días en que particularmente parece que el mundo se ha descompuesto en el ritmo de nuestra vida. Todos en casa están enojados y llegan tarde a las citas. ¿Quién de nosotras no ha experimentado alguna de esas horribles mañanas en que se ha descompuesto la llave de la baña- ra, el diario no ha llegado, la leche está cortada y los niños lloran porque les faltan calcetines o no han podido hacer sus tareas? Cuando esa mañana la dueña de casa está agotada, se mueve en el hogar doméstico como si hubiera ocurrido un terremoto, aun entonces la sigue el pequeño que va buscando todo por los suelos a su paso, el teléfono suena incesantemente y el almacenero se olvida de llevar dos o tres de las órdenes esenciales. Todo esto puede ser agotador y disgustante cuanto se quiera, pero no es hastío. Sólo cuando una se aburre nuestra vida está en peligro real. Y el mayor peligro está en que cuando una se aburre por lo general está aburriendo a alguna otra persona, y esa otra persona es casi siempre el marido. Si le parece a una que está cansado y fatigado es porque nosotras le estamos haciendo a él la misma impresión. Si la casa nos aburre, si estamos hastiadas de nuestros vestidos, si creemos que tenemos una urgente e inmediata necesidad de un nuevo grupo de amigos estamos en un pésimo camino.

Una dama que firma María me refiere el caso recientemente. «Hace diez años que estoy casada y tengo 32. No tenemos hijos y ninguno de los dos tenemos afición por ellos. El sueldo de mi marido es confortable y se lo han aumentado varias veces en un año de manera que creemos que está asegurado en su empleo. Tenemos un buen apartamento de cinco piezas que yo he arreglado de manera muy atractiva. No faltan las flores, mis hijos son buenos y nada me falta en ese ramo, pues nuestro presupuesto es desahogado.

Unas dos veces por semana comemos fuera con amigos, vamos al teatro y jugamos bridge. Con frecuencia pasamos el fin de semana en el campo y nada perturba nuestra paz. Creo que mi marido está completamente satisfecho con esta existencia, pero yo he llegado al punto en que creo que voy a volverme loca si no «pasa algo». Quiero decir algún cambio, algo agitante, algo que no está en



... alguna de esas horribles mañanas en que no hay agua en el baño, los niños lloran, el diario no ha llegado, la leche se ha cortado... Todo eso puede ser agotador y disgustante, pero no es hastío.

EL HASTIO DESTRUYE LA FELICIDAD

POR KATHLEEN NORRIS

nuestros planes, algo que nos haga salir de nuestra rutina y acaso de la ciudad. ¿Que no hay nada más que esto en la vida? Estaremos destinados a que esto siga así por treinta años hasta que uno de los dos muera y el otro se quede sólo en mayor hastío?

Pobre María. Suenan en verdad como una existencia aburrida. Ha sido lo suficientemente monótona para que María no se de cuenta de que tiene un buen marido, lo que cualquiera otra mujer ambicionaría como el colmo de su felicidad. Pero ¿no eligieron ustedes mismos este camino, María, cuando decidieron no tener hijos? Lo que le pasa a María es que ella es ahora una mujer ociosa, porque una hora de trabajo en la mañana y una y me-

dia en la tarde no son tarea suficiente para mujer alguna. La receta es muy sencilla. María, tiene que encontrar algo que hacer. Con o sin paga debería buscarse un empleo. Salga y converse con sus vecinas, ayúdeles a cuidar sus niños ya que usted no los tiene. Fórmese el hábito de visitar otros hogares donde hay necesidad, trabajo abrumador, alguna madre inválida y ofrezca sus servicios. Le servirá para ver lo que realmente es desgracia y la distraerá de ese ocio que está a punto de volverla loca. Y si no hay casos así en su vecindad, María, encontrará donde ser útil en asilos y hospitales de la comunidad. No hay nada que hastie menos y de mayor satisfacción en esta vida que el servir a nuestros semejantes en necesidad.

puramente artístico. En cambio, no se puede sentir ni levemente el sentimiento nacional.

Cuando se pasó en Inglaterra «Poseída», por Joan Crawford y Clark Gable, el argumento fue considerado inmoral, y dió margen a las más severas críticas, por lo cual los productores hubieron casi de arrepentirse.

Inglaterra no tolera en la pantalla casi ninguna personificación religiosa, por más bien intencionada que sea. Tampoco admite que se reencarne a ningún miembro de la familia real.

En el film que lleva por título en inglés «Men in white» (Los hombres vestidos de blanco), se destacaba, por comparación, la falta de modernismo en los hospitales ingleses, por lo cual hubo que suprimirle muchas partes.

De todo el imperio británico, la provincia de Quebec es el sitio donde la censura es más estricta. Allí no hay que mencionar ni el beso, ni las bodas, ni el divorcio. En Sud Africa se prohíbe la entrada de todas las películas en donde se representen escenas de peleas entre blancos y gente de color, como, asimismo, donde se descubran costumbres perniciosas de los blancos que puedan desprestigiarlos a los ojos de los negros.

En España, país donde la palabra honor tiene un significado, se condena enérgicamente toda obra cinematográfica atente contra la moral y las buenas costumbres.

Marlene Dietrich, la más censurada internacionalmente, causó en España un revuelo con su

película «Capricho imperial», donde se le ve engatusar con arrumacos y con vino a un capitán de la guardia civil, para dar tiempo a que su amado escape de la casa.

Los españoles creen incorruptibles a los guardias civiles, y es por ello que no solamente pusieron numerosas trabas a esa película, sino a todas las producidas por la Paramount. Al mismo tiempo enviaron enérgicas protestas a todas las naciones amigas, pidiendo acciones similares.

Alemania es «el coco» de las productoras norteamericanas. En ocasiones, el Ministerio de Instrucción y el de Propaganda explican los motivos que han tenido para prohibir tal o cual película, pero hay casos en que se encierra en un absoluto silencio.

En Alemania negáronse a admitir la película de las cinco hermanas Dionne, de algunas en que interviene Shirley Temple, y de aquellas en donde Johnny Weissmüller imita al hombre de las cavernas en sus costumbres.

Tampoco se admiten films cuyos protagonistas sean judíos, como Elizabeth Bergner o Paul Muni. Prohibieron la película «Marruecos» y «El cantar de los cantares», esta última por explotar un asunto inmoral.

Preciso es reconocer que hay films americanos que tratan de guerras entre pistoleros y policías, por ejemplo, que no son convenientes para ciertos países en donde se desconoce ese grado de delincuencia.

En este sentido, dentro del mismo territorio de la Unión se han alzado voces condenatorias.

En Europa han rechazado algunas películas en donde la pequeña Shirley Temple trabaja con supuestos malhechores, lo cual no consideran correcto como ejemplo para la niñez.

El único país en donde jamás se ha protestado por lo que las películas extranjeras pueden decir, es los Estados Unidos.

Algunos países de Europa pintan a los yanquis, en sus películas, como aves de rapiña, gente sin escrúpulo ni moral, sedienta siempre de oro.

Pero a nadie se le ha ocurrido, por eso, proscribir, por ejemplo, los films ingleses ni formular protestas por medio de los representantes diplomáticos.

No serían suficientes las páginas de un periódico para dar el nombre de todas las películas que hasta ahora fueron observadas por el público y autoridades, después de lanzadas al mercado, y si dijésemos los motivos que hubo en cada caso para hacerlo, el lector, probablemente, sentiría escéptico y pensaría que el autor de este artículo exageraba la nota.

Hay casos de cortes en películas que, verdaderamente, no tienen razón de ser, y con harta frecuencia sucede que, porque los bigotes o la calva de un autor son parecidos a los de un político, actúan las tijeras del censor.

DESCUBIERTA LA FORMA DEL ATOMO—por el DR. Julio Cantala



A la derecha la máquina destructora de átomos más grande del mundo, instalada en la Universidad de California. A la izquierda el profesor Rabi de Columbia University, de Nueva York, en su laboratorio donde acaba de anunciar que ha descubierto la forma del átomo y es como un balompié. Al centro, Lord Rutherford, primer explorador del átomo.

MIENTRAS unos cuantos observadores paseábamos por el Laboratorio en medio de una Babel de aparatos, una de las «tecnicistas» encargadas del cuidado de los instrumentos, tomó un «ladrillo» metálico de la brillantez del estaño y comenzó a jugar con él, como si manipulara con espuma de champaña. Aquella «girl» atlética llamó nuestra atención... La fuerza de la muchacha era sorprendente...

La maravilla del magnesium.

Manejaba el pesado bloque con una facilidad que asustaba... ¡Oh la fuerza del sexo débil...! Comprendió la muchacha nuestra admiración y puso sobre mis manos el bloque metálico, con peligro de reventarnos los pies... ¡Gran sorpresa!... Aquel ladrillo parecía de algodón, de crema o de espuma. ¡Casi flotaba en el espacio cuando le arrojábamos en el alto...!

—Es un fragmento de magnesium, metal con la tercera parte del peso del aluminio. El cuerpo hoy imprescindible en la industria por su enorme ligereza... Su peso específico es 1.74; el del aluminio 2.56; el del hierro colado, 7.21, y el del acero, 7.83... Una especie de crema, en la ciencia metalúrgica...

Aunque este cuerpo se conoce desde hace un siglo, sólo se ha hecho imprescindible con el avance de la aviación. Los aficionados a la fotografía, le conocían por esa llama tan brillante que da por la combustión. Alemania en estos días, es la productora más grande de este metal que abunda en la tierra en forma de silicato, carbonato y cloruro y que, unido a otros materiales inorgánicos, los americanos lo venden con el nombre de Elektron y Magnewin. Si no fuera por el magnesium, la industria del transporte no hubiera resuelto una infinidad de problemas: En cada autobús de capacidad para cuarenta pasajeros se economizan 9.000 libras de peso de vehículo. En el aeroplano se reduce un 37 por ciento del peso total del aparato... ¿Pero quién se acuerda en estos momentos de los «cuerpos ligeros»...?

El cuerpo más pesado en un gas

En los centros científicos neoyorquinos se co-

menta con avidez el estudio físico de un «cuerpo» que todavía no tiene nombre y con un peso tan enorme que una «pulgada cúbica de él, pesaría un trillón de toneladas...» Esta sustancia no es ni metal ni líquida ni sólida; es un gas que vive en tal estado de virtud de enormes temperaturas y presiones. Si un metro cúbico de plomo lo pudiéramos cocer como cimienta en una de estas rocas neoyorquinas, sin duda que aguantaría pesos enormes...; pero si sobre esta cantidad de plomo colocáramos un simple centímetro cúbico de este gas, hundiría el metal, taladraría las rocas del subsuelo y seguiría penetrando a través de la corteza terrestre hasta llegar al centro de la Tierra con la misma facilidad que un cuchillo perfora un queso de Camembert... Se ha demostrado recientemente que este cuerpo tan pesado, está formado de «neutrones», o sea, partículas de materia desprovistas de electricidad, cuya masa es casi igual a la que tiene el «protón», partícula cargada con electricidad positiva. Debido a esta estructura integrada por «neutrones», quizá el nombre de tan fantástico gas, será el de «neutronium»...

En realidad, un átomo de este novel «neutronium» no es más pesado que un átomo de otro gas, lo que ocurre es que esos neutrones que le forman están juntos los unos a los otros a la manera de las sardinas en lata, se conserva ocasionando así ese peso tan enorme.

Dimensiones y pesos fantásticos en el macro y micro cosmos.

Tal estado de «empaquetamiento» recuerda aquella explicación que daba el difunto Lord Rutherford acerca de la estructura gaseosa: «Los gases—decía el maestro inglés—son como las redes de pesca... llenas de nudos (los átomos) y entre los nudos, un vacío en el que no existe la materia...» Pues bien, al parecer, en el nuevo gas sólo existen «nudos» formados por los citados neutrones, sin espacios entre uno y otro elemento... En otros cuerpos o en otros gases, los átomos no pueden juntarse estrechamente los unos con los otros porque se lo impide la presencia de los «electrones» (corpúsculos con carga negativa) que

bailan y giran alrededor del núcleo atómico y sirven como el cemento entre los ladrillos... ¡Ah si no fuera por esos electrones...! La materia estaría formada de cuerpos que no podemos imaginar... No se «perdería» tanto espacio entre átomo y átomo, espacio poco aprovechado también en el sistema solar...

En este Sistema, algunos de los satélites del Sol están ubicados hasta una distancia de 3.500.000.000 de millas, como le ocurre al diminuto Plutón. Millones de planetas podían vivir en tanto espacio vacío. El diámetro de un átomo, es de 0.000.000.000.01 de centímetro y el tamaño de su núcleo es de 0.000.000.000.000,1 de centímetro, lo cual quiere decir que también dentro de la masa atómica existe mucho espacio «por alquilar»... En el gas «neutronium» no existe espacio vacante, por eso su peso es de una potencia que asusta...

Para desgracia de los fabricantes de armamentos, este gas tan pesado no se encuentra en la Tierra al alcance de los mortales. Vive allá lejos, en ciertas atmósferas dentro de unas estrellas que hoy llaman la atención de los astrónomos que las han bautizado como los «Enanos Blancos»...

Astros donde un hombre pesaría 250.000 toneladas.

En el año 1862 el óptico y astrónomo Alvan Clark, llegó a construir el primer telescopio gigante con lentes de 18 pulgadas de diámetro... Para ensayar su magnífico instrumento, empezó a observar los cielos Sur en el invierno y enfocó sobre Sirio, la estrella más brillante de todas las estrellas, incluyendo a las de Hollywood. La imagen de Sirio brillaba, pero a su lado había otro astro cuya intensidad luminosa no se podía apreciar por la simplicidad de los aparatos de observación... Ese vecino de Sirio fué la primera estrella «Enano Blanco» que conocieron los astrónomos.

El doctor Ernesto Cherrington, del Observatorio Perkins, en la Universidad de Ohio, ha publicado en la revista «Sky» del mes de julio un artículo en el que explica la naturaleza de esas estrellas integradas por gases de pesos tan fantásticos. Este autor proclama al famoso doctor Adams, del Observatorio del Monte Wilson, como el verdadero «anatómico» que definió la naturaleza de estos astros en el año 1914. Por medio del espectroscopio, se vió que poseían temperaturas tan elevadas como Sirio, con masas de poco tamaño, pero estructuradas de forma tal, que algunas tenían un peso superior al del Sol... En los últimos tiempos, nuevos «enanos» fueron descubiertos, como, por ejemplo, uno compañero de Procyon, esa estrella que nace en el cielo antes de que Sirio aparezca... Astros en donde la materia alcanza formas y estructuras que apenas alcanzamos a concebir y que el doctor Cherrington explica gráficamente con comparaciones elocuentes: «Si un hombre de 150 libras—dice este autor—pudiera llegar dentro de uno de esos mundos se encontraría que su peso subiría hasta 250.000 toneladas y que la temperatura de su ambiente alcanzaría la cifra de 18.000 grados Fahrenheit...» Gases bajo unas presiones enormes; gases con esas citadas «redes llenas de nudos» donde los nudos se juntan y golpean formando entre ellos una masa tan compacta que da un peso mitológico...: «Una bola de golf pesaría 1.460 toneladas...»

El átomo tiene la forma de un balompié

¿Quién se atreve a concebir la «forma» de la materia en esos mundos...? Recién conocemos la forma del átomo (pero del átomo simple como lo es el del hidrógeno) y la ciencia se encuentra con tal descubrimiento satisfecha y feliz como si un chiquillo hubiera descubierto el interior de la muñeca de su hermanita... El profesor I. Rabi, de la Universidad de Columbia, hizo público el día 30 del pasado mes de julio los resultados finales de tres años de investigación dentro de la Física atómica, cuyo final ha sido poder definir la «forma» del núcleo del hidrógeno doble (deuterium), fundamento de esa «agua pesada» también surgi-

OTRA HEREDERA DE H O L A N D A

LA PRINCESA JULIANA DA A LUZ SU SEGUNDA HIJA

por F. y J. DAUBRET

«SOLO ME CASARE POR AMOR»

bera del Zuyderzee, la cabeza hundida en un cielo suntuoso, que parece haber sido pintado por Rembrandt, se rodea de una cuádruple y luminosa cintura de canales? ¿Estaba, quizá, intimidada más bien al contemplar la multitud que la aclamaba con frenesí, agitando incansablemente sus pañuelos?

»Lo importante es que Juliana enrojeció, y, volviéndose hacia su madre, dijo:

—¿Qué he hecho yo para que me reciban con tanto entusiasmo?



La princesa Juliana, de Holanda, al lado de su esposo, el príncipe Bernhard von Lippe Biesterfeld.

La respuesta no la olvidaré nunca:

—Nada, hija mía. Pero era preciso hacerlo y lo han hecho por tí.

Réplica en la que asoma su porción de orgullo. Nuestra huésped, después de una pausa continúa:

—¿No es acaso una magnífica lección de modestia la de esta heredera de la dinastía de los Orange-Nassau, que desde hace siglos, pese a todas las tormentas y todas las invasiones, continúan siendo dignos de la divisa de sus antepasados: «Je maintiendrai?».

Y como conclusión exótica de esos experimentos, el profesor atomoso nos asegura que el átomo de hidrógeno doble tiene la forma de un balón de foot-ball, y que la energía eléctrica que se registra en esos momentos convencionales, alcanza a una billonésima voltio...

La piedra filosofal de los días actuales ya está conquistada... ¿Qué diría Lord Rutherford si resucitara...? En el año 1914, cuando se inició la Guerra Europea, fué llamado a investigar en el campo de la Física artillera... El sabio inglés contestó al Gobierno que no podía dedicarse a asuntos de «tan poca importancia para el Imperio» porque estaba estudiando la «artillería atómica», fuente de energía del futuro, ciencia que produciría armamentos con los cuales en un segundo se destruiría toda la Gran Bretaña...

Esto dijo la princesa, con esa simplicidad y humildad de su destino, que se la descubre en todos los actos y en todas las palabras de los descendientes de Guillermo el taciturno. Escuchen ustedes, por ejemplo, cómo la reina anunció hace unos días a sus súbditos, por medio de la radio, el alumbramiento de su hija. Esa manera tan simple, tan familiar, de dirigirse a sus «leales súbditos», como si todos formáramos una gran familia, unida en la alegría y en el dolor, nos ha llegado al corazón, y tanto más cuando la voz de la soberana vibraba de emoción contenida:

«Yo no sé cómo decirlo—comenzó la reina—, cómo expresaros hasta qué punto me felicito de que este hecho pues es el caso que, aun no hace mucho ha dado a luz su primogénita».

Escuchando la narración de nuestra amiga holandesa, recordamos las palabras que pronunció cierta vez la princesa Juliana:

«Jamás haré un matrimonio de conveniencias. Yo me casaré con el hombre que sepa hallar el camino de mi corazón. Y sólo de esta suerte nuestros frutos serán también producto del amor».

LA DICHOSA NOCHE DE AMSTERDAM

A medida que charlamos en ese hogar holandés, tan cómodo, tan confortable, crece la animación nocturna. Largas hileras de estudiantes en fila aparecen en la Kalverstraat.

—Las ocho universidades holandesas—nos explica nuestra amiga—rinden un culto especial a la princesa. Ustedes saben que ella terminó sus estudios en la de Leyden. La princesa, que había tomado un nombre burgués—Lochie van Buren—, ocupaba en esa época una modesta villa en Zandvort, cerca de Leyde. Frecuentaba los clubs de estudiantes, asistía a sus fiestas. Y cuando se celebraba el día en que Leyde fué liberada del yugo español, ella no dejaba de «gober», rodeada de sus compañeros, el arenque fresco que las gentes de Leyde comen ese día, a la gloria del pescado que permitió a los habitantes resistir siempre.

REINAR POR EL AMOR Y MADRE FELIZ

Nosotros mismos vimos a los dos novios salir de un cine del brazo, sin ninguna escolta, y dirigirse a pie hacia el palacio real.

Dos agentes se precipitaron a abrir paso a los jóvenes entre la multitud congregada en su alrededor. ¿Pero qué podían dos hombres frente al entusiasmo desbordante del público?

De pronto, una joven se desprendió de un grupo y le tendió la mano al príncipe Bernhard, vigorosamente.

—Os felicito—le dijo con voz firme.—No podíais haber hecho una elección mejor. Seréis muy dichoso con ella. Amadla como la amamos nosotros, y os amaremos también.

Un instante después, al príncipe Bernhard no le alcanzaban las manos para oprimir todas las que se le tendían. Y la princesa Juliana reía como una chiquilla, como una chiquilla dichosa...

¿Futura reina? Es cierto. Pero estudiante aun ayer, y hoy, joven radiante de dicha, porque reina no como una soberana, sino como reinan todas las mujeres cuando el verdadero amor aparece sobre el camino árido de la vida, ese camino que conduce hacia un destino que sólo Dios conoce... y por último, madre feliz; madre de dos niñas robustas como ella, llena aun de juventud y capaz de dar a su país sus mejores años, y tal vez el varón por que Holanda suspira desde tiempo inmemorial.

HOLANDA está festejando estos días y con indescriptible entusiasmo, el nacimiento del segundo vástago de la Princesa Juliana, heredera de la corona y futura soberana de un país destinado, al parecer, a ser gobernado por mujeres. A propósito del segundo parto de Juliana—retoño singular de la dinastía Orange-Nassau—, se recuerda que en el matrimonio de la Princesa, cosa que ocurre con rarísima frecuencia, el único rey ha sido el amor. Y frutos del amor son en verdad, los que está festejando Holanda en esta niña que acaba de nacer en el palacio de Soeijdsdij. Por esta vez—aquella, la del matrimonio—la razón de estado estuvo ausente de toda influencia, vibrando sólo el corazón, como ahora, tal si el pueblo holandés interpretara el hondo sentido de su princesa al casarse con el hombre que le está dando felicidad y prole destinada a sucederle. Acerca de la singular mujer se cuentan historias extraordinarias. Nosotros no obstante, preferimos presentarla tal cual es.

ORANGE, POR ENCIMA DE TODO

—¿Qué entusiasmo! Y pensar que se asegura que ustedes, los holandeses, que jamás pierden la sangre fría.

—Zakelyk...

—¿Qué dice usted?

—Imposible traducirlo exactamente a otro idioma. Zakelyk significa, a la vez, frialdad en el razonamiento, capacidad para contemplar el lado práctico de las cosas, no apresurarse inútilmente...

—Salvo cuando se trata de cosas que se relacionan con su dinastía.

Nuestra interlocutora sonríe, se levanta, aparta las cortinas. Nos hallamos en uno de los lugares más característicos de la vieja Holanda. Un rayo de luna, después de haber acariciado un muro del siglo XVII, juega sobre el agua adormecida del «gracht», cerca de un puente, mezcla sus reflejos temblorosos a los árboles seculares que bordean el canal. Más allá, tres del puente, la Kalverstraat, la calle más concurrida de Amsterdam, nos envía el eco de la alegría popular: risas, acordeones y, dominándolo todo, este estribillo que desde la mañana nos persigue con su ritmo obsesionante, a la vez belicoso y lánguido.

—Orange boven, Orange boven alles. (Orange por encima de todo).

—Hace ya dos horas—comprueba nuestra interlocutora—la familia real se ha agrandado con un nuevo vástago. Esto no es más que el principio: usted verá hasta qué diapason asciende el gozo popular en las cercanías de la medianoche.

CUANDO LA PRINCESA ERA UNA COLEGIALA
La ventana cerrada, nuestra huésped nos narra algunos de sus recuerdos.

—En esa época—dice—, onze Juliaantje, como todos la llaman aquí con una familiaridad plena de ternura, no era más que una colegiala de largas trenzas que le caían sobre la espalda.

«Llegada a Amsterdam con su madre, Juliana se detuvo ese mediodía en el umbral del palacio real masa enorme de piedra posada sobre diez mil pilares... ¿Estaba ella, al salir de la penumbra de su residencia, desumbrada frente a la luz resplandeciente de este Amsterdam que, erguido en la ri-

da de la experimentación de la Columbia...

El principio para definir esa «morfología» tan diminuta lo ha formulado el doctor Rabi como un método para penetrar dentro del «no mans land» de la física o sea dentro de la masa atómica... ¿Cómo se ha realizado esta hazaña...?

Primero considerando al núcleo del átomo como un astro que gira y que en virtud de este movimiento se constituye en un ínfimo «magneto». Al mismo tiempo la órbita atómica tiene sus electrones que también se mueven y que en virtud de esta actividad forman a su vez otro «magneto»...

Al parecer, campos eléctricos independientes que acumulan energía eléctrica que el doctor Rabi ha podido medir... Organos separados que este investigador ha podido definir incluso en su forma.

Viejas nostales descoloridas Sombras que pasan

por Federico Villock

EL día 13 de marzo próximo pasado se cumplieron dos años de la muerte, en Madrid, del que fué nuestro Embajador en aquella capital, doctor Manuel Serafín Pichardo. Siempre que nos sentamos frente a un aparato de radio experimentamos el temor latente de que de aquel cajón misterioso va a surgir, cuando menos lo esperemos, una mala noticia que nos afecte. La antena es la chismosa del espacio, que todo lo oye, y todo lo dice. Y como el periódico hablado se adelanta en bastantes horas al escrito, y en días enteros, en ocasiones, al correo, todas aquellas noticias nos caen encima, como una teja desprendida, súbita e inesperadamente, nos cae al paso, sobre la cabeza. Aquel día 13 de marzo sobre las cuatro de la tarde, el radio nos sorprendió con la noticia de la muerte de Pichardo; y la impresión que nos produjo, como ha de suponerse, tratándose de uno de nuestros viejos amigos y compañeros, fué honda y dolorosa.

Los que no conocieron íntimamente a Manuel Serafín, teníanlo por un hombre lleno de aristocraticismo, de prevenciones de clase, y de ideas rancias; y es que la propia estimación y la decencia suelen algunas gentes confundirlas con la vanidad y el orgullo. Pero una vez entrado en su amistad, Pichardo resultaba de lo más franco, servicial y generoso. Lo vimos muchas veces gestionando en las altas esferas, en la Habana y en Madrid, en pro de algunos de sus amigos; bien para buscarles un destino; ya tras la solución de alguno de sus asuntos particulares. Durante mucho tiempo Pichardo fué el «Cónsul de Santa Clara» en la Habana. Por eso tenía tantos amigos; y también por eso, no pocos enemigos.

Pichardo fué protegido aquí en la Habana, cuando joven de diez y ocho a diez y nueve años, llegó de Santa Clara, de aquel caballeroso poeta y noble obrero de la imprenta, que se llamó don Mariano Ramiro, de quien el poeta villareño hablaba siempre con la veneración más sincera. Creemos recordar que por medio de don Mariano, de Azcárate y otras prestigiosas personalidades del Partido Autonomista, desempeñó Pichardo un puesto en la Diputación Provincial de la Habana, ocupación pasajera que abandonó para entregarse de lleno al periodismo. Pichardo fué nuestro amigo de la juventud, y puede decirse, nuestro mentor literario, por que él nos presentó a aquel grupo de jóvenes que tenían fama de escritores, dándonos un puesto de preferencia en su periódico. Cuando así, sin esperar, recibimos la noticia de su muerte, rendimos al viejo y noble compañero en las letras, el tributo de nuestras lágrimas; y el enjambre de las abejas irritadas de los recuerdos, de que habla Gustavo Adolfo Bécquer, empezó a zambornos en la memoria. Nos abrieron las puertas de «El Figaro», unos versos cómicos titulados «Cásate y verás», que una mañana, mirando recelosos a uno y otro lado, depositamos, temblando la mano, en el buzón que aquel semanario tenía en la fachada de la librería «La Galería Literaria», de la señora viuda e hijos de Pozo, en la calle del Obispo; y en la próxima de «El Figaro», en su Correspondencia Secreta, que leímos ávidos, ya nos daba su director —Pichardito, que así se le llamaba entonces— cita para su casa particular, en una de huéspedes en que vivía en la propia calle del Obispo, cerca de la esquina de Aguacate.

Desde entonces fuimos íntimos e inseparables. Su ansia de lectura, su amor a las bellas letras y la nobleza y sinceridad de sus sentimientos, nos unieron en fuerte lazo. El primer sueldo que ganamos en el periodismo, se lo debimos a Pichardo, quien nos procuró una plaza de redactor en el periódico «La Iberia», de su primo, aquel luchador y exquisito hombre de mundo, que fué don Andrés de la Cruz Prieto y Pichardo. Con Manuel Serafín

concebimos y escribimos en colaboración nuestra primera obra teatral, titulada «El encanto de las damas», donde hicimos algunas escenas de mérito y escribimos versos de va'or, como los de «La Bandera», en que nos valimos de mil anfibologías y sutilezas para echarle flores a la nuestra, en pleno Gobierno de la Colonia; y otra que se desarrollaba entre el «Frac» y la «Blusa», que hoy nos hubiera valido en el teatro, una ruidosa ovación; pero que de ponerse entonces en escena, nos hubiera llevado probablemente a la Cárcel. Andando el tiempo, y ya en plena producción teatral, escribimos una obra con aquel título, y aprovechando algunas escenas y situaciones de la primitiva producción.

Le leímos la obra a Robillot, empresario y director del teatro Albisu, y aunque nos dijo que le había gustado, no se puso nunca en escena, a causa decían ellos, del compromiso que tenía contraído la empresa con la Galería teatral española, de no estrenar obras escritas en el país. Por aquella época vivía Pichardo con Catalá en una casa de huéspedes que existía en la calle del Prado, frente al parque de Isabel la Católica y el patio de la Estación de Villanueva. En aquella habitación, a la que iba alguna vez Manuel Sanguily con su inseparable compañero Manuel de la Cruz, empezó a escribir Pichardito sus «Ofelidas»; y también dió a luz su popular soneto «Soy Cubano» y su «Oda a Horacio», de corte clásico y puro sabor latino. También empezaron por aquellos días sus relaciones con la que había de ser su futura esposa, María, la hija del doctor Arturo Amblard. Entonces padecía de fuertes y frecuentes ataques nefríticos que lo retenían en casa algunas semanas. Durante uno de aquellos reposos escribimos la obra teatral a que antes nos referimos.

El más entusiasta propagador de nuestros versos e incipientes creaciones literarias fué Pichardo, sin envidias, ni reservas. En la confección de «El Figaro» estábamos siempre juntos, primero en la imprenta de «El Avisador Comercial», Amargura y Cuba; y después en la «Propaganda Literaria», de don Alejandro Chao, en la calle de Zulueta, con Pancho Coronado, Juan B. Ubago, Javier de Acevedo, Wen Gálvez, Raul Kay, César Cancio, etc. De vuelta de nuestro primer viaje a Europa—1892—él fué quien reunió las correspondencias que habíamos enviado a varios periódicos habaneros, y nos concedió el alto honor, que agradecemos en lo que valía, de inaugurar con nuestro libro «Por esos mundos», la biblioteca de «El Figaro», al que puso un entusiasta y cariñoso prólogo suyo, donde nos comparaba—¡lo que es la amistad!—con Alarcón y otros viajeros. Sí; te lloramos; y bien; como tú te lo merecías, viejo camarada de las imprentas; de las redacciones; de aquel palco de Panchito

Chacón que ocupábamos todas las noches a primera hora en el teatro Albisu, para emprender después nuestras visitas y correrías nocturnas... La vida le fué señalando más tarde a cada uno su ruta correspondiente; y no volvimos a ver a Pichardo hasta el año 1923, la última vez que estuvo en la Habana. Cuando nos vimos en la vieja casona que en la calle de O'Reilly ocupaba entonces «El Figaro», después de un fuerte abrazo, nos dijo, viéndonos gordo y con espejuelos—aquel junquito endeble de 1885—, con su buen humor de siempre y su invariable afecto: «Pareces un serrote Magistrado del Tribunal de la Rofa!». Volvimos a vernos en Madrid, y pudimos comprobar que por sus méritos personales e intelectuales seguía siendo aquel Pichardo tan querido y solicitado aquí en la Habana en sus años de «El Figaro», «La Iberia», «La Lucha»... Nos dijo la radio que había muerto repentinamente, sin enfermedades ni dolores; la muerte tranquila que él se merecía, por su vida ejemplar de caballero y de cristiano.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡qué señor para criados,
y parientes!...

Lo veíamos allá en Madrid, en el palacio castillo roqueño de Cuba, rodeado de los cientos y miles de fugitivos a quienes franqueara las puertas protectoras de nuestra fortaleza, llorando lágrimas de agradecimiento y rogando a Dios por el eterno descanso de su buena alma; cubierto su cadáver por la bandera de Cuba, que él llenara de gloria y de prestigio; y sobre la cual hizo caer, en horas tristes y amargas para ellos, el llanto y las bendiciones de sus viejos padres.

Días después, y por el propio medio—¿no es para tenerle aprensión al radio?—nos enteramos de la muerte de otro de nuestros viejos compañeros de «El Figaro», el poeta Juan B. Ubago, creador de un género poético al estilo de las «Humoradas», de Campoamor, que él titulaba «Moléculas».

Es en cuestión de amores, el hastío,
la máquina neumática
que en nuestro corazón hace el vacío.

Un fácil y cáustico periodista del «aire», cuya voz se oye con agrado, lanzaba la triste noticia de la muerte de dicho poeta que compartió las cuerdas de su lira entre lo sentido y lo cómico, con general acierto, sentenciando, de paso, que «los viejos ya habían terminado su misión, y que por lo tanto, hacían perfectamente bien en retirarse».

Está bien, colega: allá iremos todos; y si no va usted, es que se ha quedado en el camino:

Partimos cuando nacemos;
andamos mientras vivimos;
y llegamos,
al tiempo que fenecemos.

Ubago como poeta sentido, y como escritor satí-



Hace poco el incansable viajero autor de esta crónica, desapareció en aguas del Pacífico, cuando trataba de cruzarlo a bordo de una frágil, insignificante embarcación. Viajero incansable, cronista de fácil expresión, pero siempre ágil observador viajó, antes de su muerte, a través de la Rusia soviética. Producto de ese viaje es la presente narración, llena de colorido y de un evidente aleccionamiento para los obcecados.

Por Richard Halliburton

El tren vuela por los planos del Sur de Rusia y me aleja de Moscú, para llevarme a los Cáucacos y el Turkestán. Las torres del Kremlin desaparecen esta tarde entre una copiosa nevada. La noche se hizo desde las cuatro de la tarde. Son ahora las doce, pero durante las ocho horas que llevo de viaje he estado sentado en completa oscuridad, pues el tren no lleva luces. Es un tren de los soviéticos. La corriente eléctrica, lo mismo que el agua y la comida, han desaparecido completamente, nadie sabe por qué. Sin embargo, nadie, fuera de mí mismo, parece echarlas de menos, pues todos los demás pasajeros, acostumbrados ya a la vida en la U. R. S. S., ya no esperan tales comodidades burguesas en los trenes.

Viajo en tercera clase. Durante tres días estuve tratando, sin éxito, de conseguir pasaje en una clase mejor, pero todos los puestos de primera y segunda estaban ocupados por los funcionarios soviéticos. Mi coche, que lleva las bancas más duras y rudas, está lleno de campesinos. El aire huele a matadero de ganado. No hay esperanza de dormir, ni de leer o descansar. Sólo puedo permanecer sentado sobre mi maleta de viaje, mirar por la ventanilla la oscuridad helada, y pensar...

Durante casi dos meses mis ojos, oídos, nariz y entendimiento se han estado llenando de la nueva Rusia—sus sufrimientos y sus conquistas. Después de cuatro lustros de absoluto dominio por parte de un puñado de idealistas, ¿qué ha producido Rusia que valga el terrible sacrificio que ha hecho? ¿Qué sería de nuestro país si nuestros comunistas americanos alcanzaran el poder y se impusieran a la nación.

La U. R. S. S. es la respuesta perfecta.

Que los comunistas americanos imitaran los pri-

meros pasos de la revolución rusa no es verosímil. Ni los más violentos entre ellos querían asesinar a todos los funcionarios del gobierno, como lo hicieron en Rusia, ni seguirían el ejemplo de los rusos para expulsar a Alaska a todo americano que tu-



Richard Halliburton, en Moscú, frente al Kremlin.

Una visita a la RUSIA Soviética

ves problemas de finanzas, solía verse a Gastón Mora, otro también convencido optimista de la vida. Angelet comía y componía al mismo tiempo; y si no, ora con la espada, ora con la pluma, si ya con el trinchante, ya con el lápiz, iba satisfaciendo sus horas; hasta que le llegó la de enfermarse gravemente y recluírse en su casa de la calle de la Industria, esperando su final con la sonrisa en los labios; y siempre escribiendo epigramas, aun en medio de los más horribles dolores—mal del hígado—que el infeliz acallaba con fuertes dosis de morfina. Muy a menudo íbamos a hacerle compañía en las primeras horas de la noche, Pichardo, Catalá y el que escribe, hasta que expiró en los brazos de su adorada Delfina...

Ubago era oriundo de La Rioja, en donde residían sus padres. Se abrió las puertas de «El Figaro» con las primeras «Moléculas» que depositó en el buzón del periódico. Era entonces un mocetón de poco más de veinte años, que hacía sus estudios de violín en un conservatorio, robusto, y en cierto modo tosco en sus maneras; ceceaba un poco al hablar; sanguíneo el rostro, siempre costurado de barros; y vestido «fin de siècle», que era entonces lo que ahora se llama modernismo de «la hora

viera un teléfono, una casa, un automóvil o una educación universitaria. Alaska no será lo suficientemente grande para albergarlos.

En la América los comunistas se la pasan gritando al cielo contra la tiranía de nuestra clase superior. Pero los bolcheviques no han hecho más que sustituir por la tiranía de la clase superior la tiranía de los de abajo, y han hecho su gobierno diez veces más cruel. En Rusia, el gobierno de los Zares seguramente desatendió las necesidades de los campesinos, pero no los fusiló simplemente por el hecho de ser trabajadores. Los trabajadores, en cambio, cuando subieron al poder, no fueron tan caritativos. A todo dueño de una propiedad, a todo intelectual o persona de importancia, a todo miembro de la minoría civilizada, lo aniquilaron.

EL DOLOR DEL OSTRACISMO

El odio de los comunistas contra lo que ellos llaman «los enemigos de la clase» llega a profundidades inverosímiles. En Moscú encontré una infeliz mujer haraposa medio muerta a las puertas de una antigua iglesia. Su condición era tan triste que con mi intérprete ruso me acerqué a preguntarle qué le sucedía, con ánimo de ayudarla.

Era la historia de siempre. Era una mujer odiada, una paria, una criminal sin esperanza, porque era la hija, la esposa y la madre de caballeros. Su padre había sido oficial del ejército zarista y lo habían fusilado cruelmente en los primeros días de la guerra civil. Su esposo había sido un comerciante próspero, pero lo habían «liquidado», es decir, le habían confiscado todos sus haberes y lo habían arrojado a la calle con su esposa y sus hijos, casi sin ropa para cubrirse el cuerpo. El marido murió en un campo de concentración de «kulaks»—un campamento donde se encerraba a los propietarios cuyas tierras el gobierno quería confiscar para colectivizarlas. Su hijo, a quien se le había negado permiso de ingresar en ninguna escuela por razón de su familia, había sido arrestado por mostrar inclinaciones antisoviéticas (raro!) y no se había vuelto a saber de él. Sola, inválida y anciana, esta mujer odiada había estado pidiendo limosna y se estaba muriendo lentamente de hambre. Era peligroso para los ciudadanos del Soviet que se les viera siquiera hablar con ella.

Si esta crucifixión de las clases civilizadas va a ser una de las bendiciones que le traiga el comunismo a la América entonces yo, por lo menos, no quiero esa bendición.

EL SISTEMA DE EDUCACION

En Rusia hay «una» opinión, y sólo una. Las demás están prohibidas porque se consideran peligrosas. Los bolcheviques están seguros de que sólo sus ideas contienen toda la verdad.

El gobierno rojo, favoreciendo la clase iletrada seguramente acabaría con lo que queda en nuestro país de analfabetismo. Pero una vez que le ense-

(PASA A LA PAG. 23)

de ahora»; y también de los que, como Angelet con sus epigramas, traía, todas las semanas sus cuatro «Moléculas», ni una más ni una menos; teníamos de bueno que no le dábamos a los lectores la lata con disertaciones literario-metafísico-sociales en estilo anfibológico y denso. En la conversación corriente, ya se le notaba a Ubago su inclinación a la sátira y al choteo criollo, del que, no obstante no ser cosa suya, se le veía que iba a ser uno de sus maestros con el tiempo; y así lo fué efectivamente, en la «Política Cómica», de Torriente. «La Semana», de Carbó, y otros semanarios satíricos que conquistaron el favor del público.

Decir que Ubago vivió solo de su puma, es decir que ella valía, aunque no se le pagó nunca en lo suficiente y lo debido. No se aprovechó de las sinecuras que otros disfrutaban a sus expensas, pero ya se sabe que el caso de Cyrano y Cristian es cosa corriente en la vida...

¡Todo me lo quitaréis!

¡Todo! El laurel y la rosa...

Pero quedame una cosa que quitarme no podréis...

El penacho...

Murió poeta, y eso hay que concedérselo; viejo y todo.

LAS VACUNAS QUE HACEN FALTA

El temor a la viruela le ha otorgado a la vacuna su verdadera jerarquía. Antes, las personas se vacunaban por exigencias de carácter legal o administrativo, y, cuando podían conseguir el certificado sin las molestias de las incisiones, no se vacunaban. Ahora, no. Ahora, todo el mundo hace cola para vacunarse. De lo que se desprende que el temor, o, como algunos prefieren llamarlo, la prudencia, suele ser buen consejero.

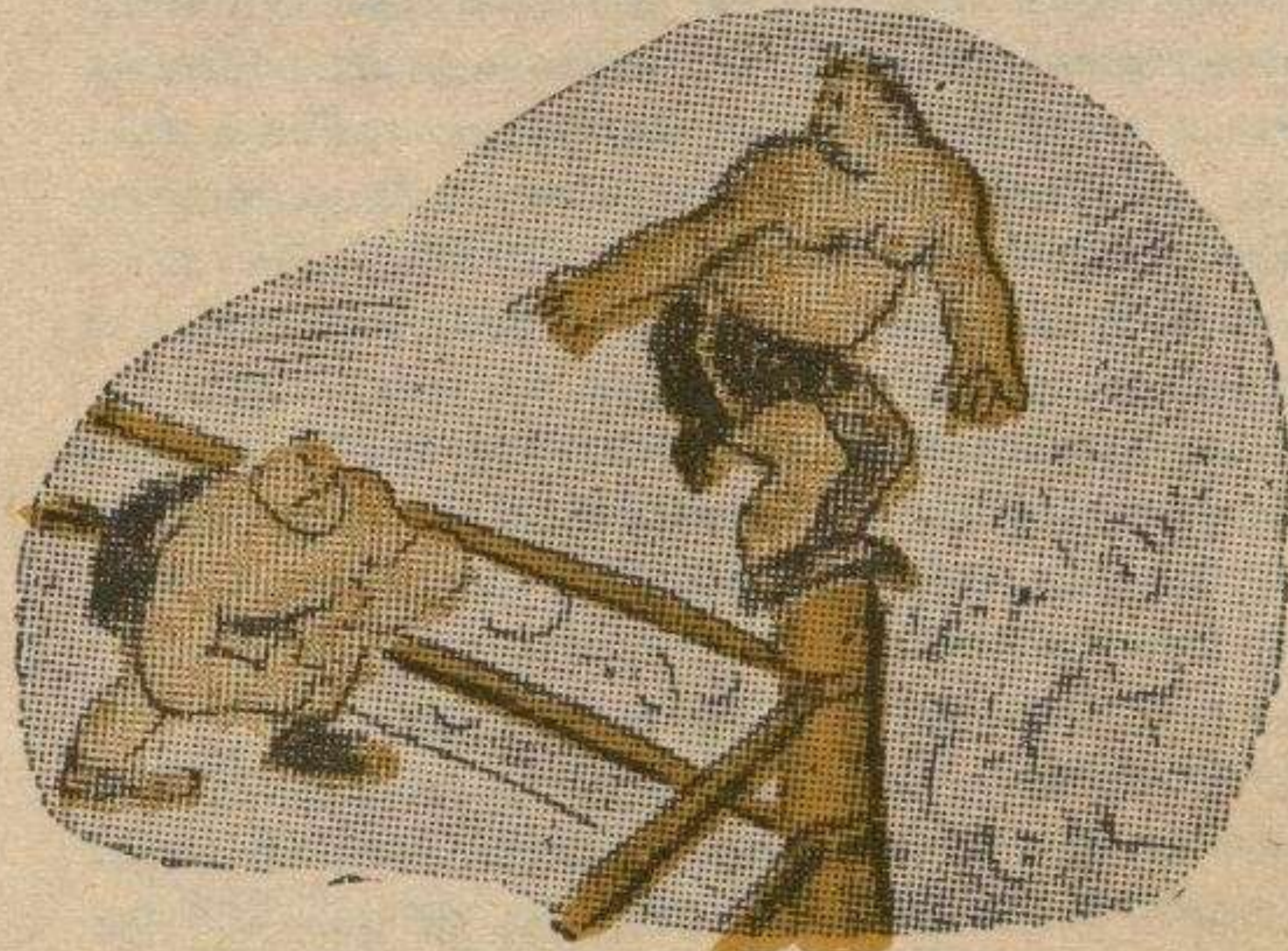
Los hombres de ciencia que inventaron los maravillosos sueros preventivos no completaron, sin embargo, su obra, sin duda porque no alcanzaron a prever la aparición de otros males tan terribles como la viruela negra, la difteria y el tífus.

Por lo pronto, debieron crear un suero contra los «ismos» microbios que florecen en el caldo de cultivo de la política. Debieron inventar una vacuna contra las ansias guerreras; otro preñupcial, contra el «sisebutismo» y el «pleuismo», una tercera para evitar la fiebre «Corte Suprema» y una cuarta contra la fiebre poética, para ser aplicada al comienzo de cada primavera.

Debieron inventar un suero para ser inyectado a los autores con el objeto de preservarlos del bacilo de la vanidad, que tantos estragos hace en ese medio.

Serían también en extremo necesarias otras vacunas contra la tontería, la ambición, la envidia y demás bacterias abundantes en el prolífico campo de experimentación de la política.

Al sabio que se proponga afrontar esta saludable mezcla de estos últimos sueros en un solo compuesto, cuya aplicación sería obligatoria a todos los políticos en trance de candidatos.



AMENAZA

—Si se me acerca un paso, ¡salto!
(Picture Post, Londres)

UN HOMBRE IRRITADO

Jamás tuvo un ademán cordial este hombre irritado a perpetuidad. El mal humor estaba fijo en las arrugas de su frente y en su mirada iracunda. La risa de los demás le producía una indignación terrible. Era un enconado contra la vida.

Quién sabe qué motivos extraños originaron su profundo y constante rencor contra el mundo, los hombres y las cosas. Pobre como una rata, no pedía ni daba nada a nadie. Pero, he aquí que el hombre es una animal contradictorio, y éste, negado de Dios, alimentaba, sin embargo, una esperanza en el azar. Y jugaba subrepticamente su billete de la lotería. Una vez, la suerte, al contrario de los vecinos, se animó a sonreírle. La gente, enterada de la buena nueva, quiso felicitarlo. Los vecinos lo rodearon, quisieron estrecharlo entre sus brazos. El hombre, fiel a su mal humor, tuvo un acceso de ira. Su rostro se congestionó; sus ojos parecían salirse de las órbitas.

Sin que nadie pudiera impedirlo, extrajo el billete premiado y lo rompió en mil pedazos.

El viento llevóse en pequeñas partículas la fortuna que una vez, equivocadamente, había sonreído al hombre irritado a perpetuidad.



INGLATERRA ESTA PREPARADA

MARTE.—Hola, ¿qué andas buscando?
BRITANIA.—¡Busco a alguien para que pelee mis batallas!
(De Das Schwarze Korps, Berlín)



CASOS Y CONSEJOS

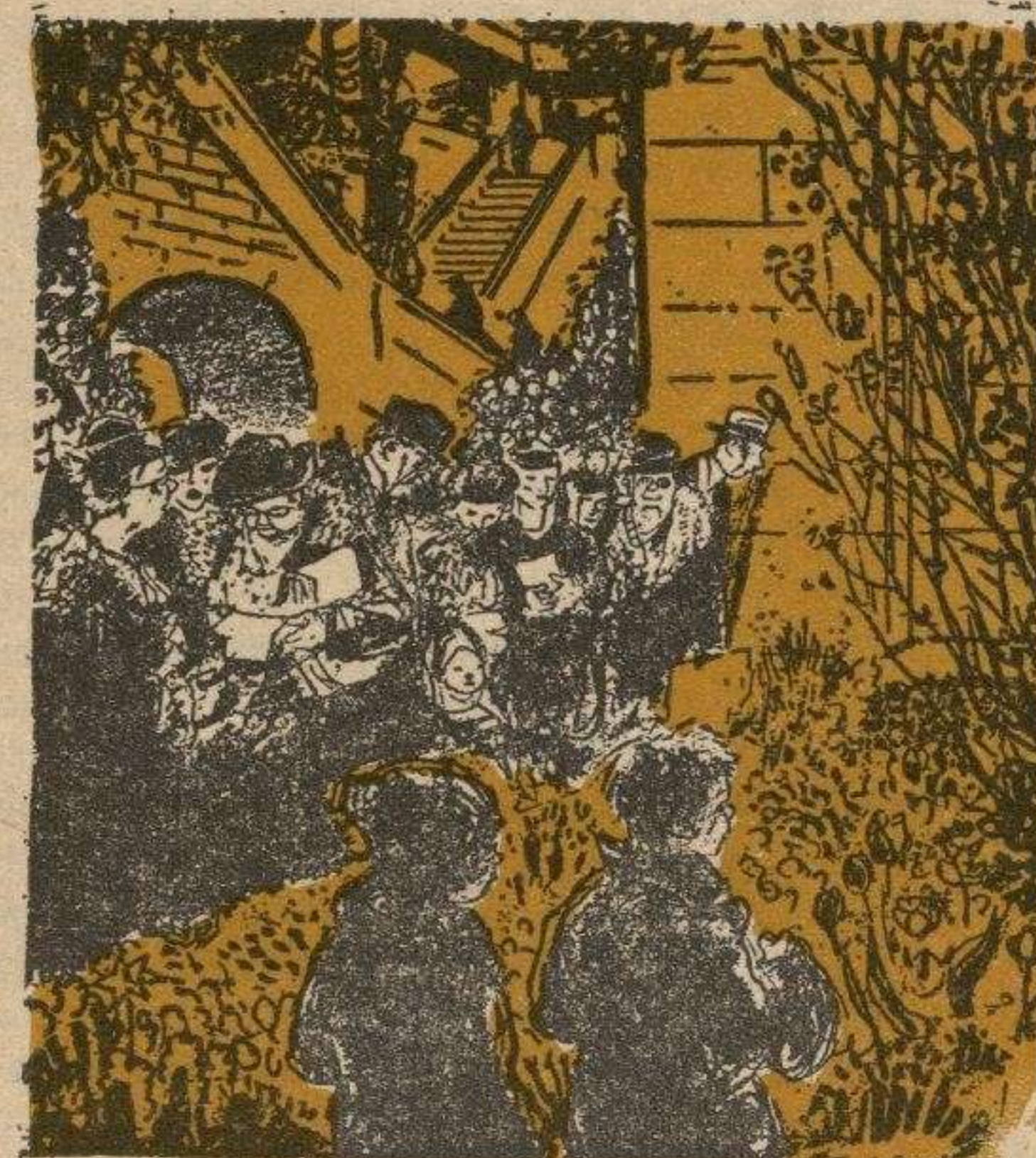
EL TRADUCTOR SIN ESPERANZAS.— Efectivamente, traducir bien es muy difícil. Recuérdese el caso de aquel traductor que vertió al italiano una novela española, y donde decía «¡Duro, y a la cabeza!», puso «¡Cincuelira in testa!».

EL SUPERHERODINO.— El verdadero placer que proporciona la radio consiste en apagarla.

EL COMERCIANTE.— Si sus negocios andan tan mal, haga que su tenedor de libros aprenda cálculo infinitesimal y ¡listo!

EL CURIOSO.— «La leyenda de los 1333» es un bello libro de Víctor Hugo, y, además, un buen sobrenombre para una vieja que se quita la edad.

A UNA ENAMORADA: Aunque su novio sea marino, no debe usted servirle café con leche hecho con agua de mar



—Fíjate, Guillermito. ¿No es verdad que son bonitas? ¡Si parecen exactamente flores de papel!
(The Skecht)

ENTRE los bastones existen diversas clases sociales: el bastón del cojo, que es un bastón que trabaja; el bastón del dandy, que se da buena vida, y el bastón del mendigo, que es un ex bastón y comparte con él su mugre y sus malas noches.

EL MIOSOTIS.— El cierre relámpago es un golpe asestado a la institución del matrimonio, pues, como no se ignora, la mayoría de los hombres se casan para tener quien les pegue los botones.

Un buen pagador, al sentarse en la silla eléctrica, quiso pagar el gasto de la corriente.

La última voluntad del erudito:
«...y quiero que me coloquen en el tercer estante de la biblioteca».

Decía la gente del enano:
—Era como un hombre grande. Se achicó, como ciertos trajes, a la primera mojadura.

Del bizco:
—Se quedó así de curioso que era: de tanto mirar por el ojo de la cerradura.



—Nada, hombre, nada. No se preocupe. Yo le he prometido llevarlo a usted a su casa y le llevo. Dígame por dónde hay que tirar...
(Dub'in Opinion)

Del cojo:
—Vino al mundo escondiendo el pie.

Cuando le reprocharon a la viuda que se volvió a casar, habiendo querido tanto a su marido, respondió:

—Le prometí ser fiel hasta la tumba, hasta la tumba de él. He cumplido mi promesa.

Decía el enfermo de cálculos:
—Mi mal no es castigo de Dios, porque Dios castiga sin palo ni piedra.

La armería es el restaurante de los tragasables.

Cuando los otros nos fatigan—dijo Jules Renard— es que ya estamos cansados de nosotros mismos.

Para dar caza al emu, avestruz australiano tan grande y tan rápido que ningún hombre podría dominarlo, los nativos echan un tóxico a base de hierbas en los recipientes donde beben esas aves. Después de haber ingerido unos sorbos, el animal sufre una parálisis que le es fatal.

...van a la gente a leer, ¿qué lecturas les darian?
 Propaganda comunista! No se toleraría la en-
 señanza de conocimientos generales, liberales, nada
 que no tocara directamente con el estado sociali-
 stado.

Esta desfiguración de la educación, como se prac-
 tica en Rusia, esa dirección de la instrucción por
 los fanáticos, me ha impresionado tanto y tan ad-
 versamente como ninguna otra cosa. No ha pasado
 un día de mi permanencia en Rusia sin que hable
 con los estudiantes y los niños de las escuelas, con
 toda de mi intérprete. Apenas saben los niños que
 soy un ciudadano Americani, me miran con aver-
 gonzamiento.

«Por qué—me preguntan—por qué ejecutaron
 a esos dos hombres inocentes, Sacco y Van-
 zetti? ¿Por qué matan a los huelguistas inocentes?»
 Estas preguntas son las únicas que me hacen
 sobre los Estados Unidos. Los niños rusos no han
 aprendido en las escuelas nada más sobre la vida
 norteamericana, porque no se les permite apren-
 der nada más. Así pues, tienen la idea de que
 la América es una tierra salvaje de sadistas,
 que pasa el tiempo inventando nuevos tormentos
 para los obreros.

Yo les contesto que no somos salvajes, sino un
 pueblo civilizado, y en muchos aspectos progresis-
 tas; que sus maestros les han revelado sólo casos
 aislados muy discutibles, sobre los cuales nosotros
 mismos nos preocupamos mucho, y que han hecho
 tanta propaganda con eso, que no les dejan ver la
 verdadera situación del obrero norteamericano, que
 tiene su automóvil y su casa propia. Cuando les
 hablo de la prosperidad y la libertad que hay en
 los países de América, sonríen de mí y se burlan
 de mí por contarles mentiras.

Los soviets ponen el grito en el cielo por el caso
 de Sacco y Vanzetti; pero jamás hubo manos más
 ensangrentadas en la historia que las de ellos mis-
 mos. En comparación con estas tres víctimas, el
 que han ejecutado, apresado y dejado morir de ham-
 bre un millón. Esos dos fueron juzgados y—con
 razón o sin razón—fueron hallados culpables por los
 tribunales. Los millones de víctimas de los Soviets
 eran totalmente inocentes de todo crimen, excep-
 tuando el crimen de tener inteligencia y buena
 educación, y defender el país contra los agitadores
 fanáticos y sanguinarios que se encontraban entre
 los peores elementos que se apoderaron de él en
 1917 y 1918.

Los Soviets se quejan y hacen propaganda con-
 tra los sistemas de las huelgas en los Estados
 Unidos. Pero no dicen nada de su propio despotis-
 mo que instantáneamente calla la voz de protes-
 ta contra el régimen existente. En Rusia no se to-
 leran las huelgas. El fusilamiento o el destierro a
 Siberia sería el castigo inmediato para cual-
 quiera que se atreviera siquiera a pensar en hacer
 huelga.

«Contra-revolución» es la palabra que emplean
 para describir la resistencia de cualquier ruso a ser
 tratado como conejo de experimento. La oposición
 a los Soviets se trata con más horror que el in-
 fantocidio, y se castiga con crueldad. Miles y mi-
 llares, centenares de millares, han sido desterra-
 dos y fusilados para que puedan prevalecer las
 ideas comunistas. Los recientes fusilamientos (que
 en el último año han pasado de 120 contando úni-
 camente personas prominentes) dan idea de la si-
 tuación. Para los Soviets, la vida humana no vale
 nada.

ODIO A LOS HACENDADOS

Si el comunismo al estilo de Rusia se establecie-
 ra en la América, nuestros hacendados y campesi-
 nos serían especialmente desgraciados. Los que po-
 seyeran una parcela de terreno serían «liquidados»
 como «usureros» y desterrados a Alaska. Sus tie-
 rras serían confiscadas por el Estado y repartidas
 entre los perezosos. Los Soviets odian a los cam-
 pesinos progresistas y trabajadores. Esos campesi-
 nos prosperan y les dan trabajo a los ignorantes
 perezosos. Eso se llama «la explotación del hom-
 bre por el hombre»—el peor de los crímenes.

Si el comunismo ruso se impantara en los Es-
 tados Unidos, todas las iglesias se cerrarían o se
 demolerían. En Nueva York la Catedral de San

Juan el Divino, la Catedral de San Patricio y la
 Iglesia de la Trinidad se convertirían en museos
 antirreligiosos, y se cubrirían de letreros escan-
 dalosos para denunciar la ignorancia, los vicios del
 clero y los sufrimientos y la esclavización de sus
 congregaciones ignorantes. Tener un ejemplar de la
 Biblia se consideraría contra-revolucionario, y cual-
 quier estudio bíblico—lingüístico, arqueológico, his-
 tórico o filosófico—se condenaría a la hoguera.

Esta estrechez de criterio es típica del sistema
 comunista ruso que entroniza la ignorancia y con-
 dena la sabiduría. Con definitivas andanadas des-
 truyen sistemáticamente los faros de la libertad in-
 dividual e intelectual. La historia, la religión, el pe-
 riodismo, el descanso, han sido ejecutados junta-
 mente con los talentos del país. Nadie podrá saber
 si la medicina o la música van a ser estranguladas
 también. Tal cosa parecería absurda e inútil, pero
 no sería más absurda de lo que ya han hecho en
 otros campos de la cultura y el saber.

Lo más triste de todo es que los comunistas no
 ven nada malo en estas amputaciones a la cultura.
 Parece que no sólo no les hace falta la libertad
 y el refinamiento, sino que abominan de estas co-
 sas. La decendencia en el vestir y en la apariencia
 personal, las casas y apartamentos de buen gusto,
 la elegancia y la distinción de cualquier clase—todo
 eso lo consideran burgués y enemigo de la revo-
 lución.

Si el comunismo entrara en nuestra América
 nuestras universidades (a juzgar por las que he
 visto aquí) se harían «útiles». Las materias super-
 fluas como la historia y la filosofía se considera-
 rían peligrosas para los hijos de los trabajadores,
 únicos que podrían matricularse. El estudio de los
 tractores y los tanques de guerra se sustituiría por
 el estudio de Shakespeare o Cervantes; en lugar de
 la «Odisea» se nos enseñaría semanalmente la pre-
 dica de los periódicos comunistas. «Das Kapital»,
 de Karl Marx, y la «Vida de Lenin» serían todo
 lo necesario para el curso de literatura.

NO HAY ESCAPE DEL COMUNISMO

Y una vez que comenzáramos a sentir las ben-
 diciones del comunismo, no habría manera de es-
 capar de ellas. A nadie se le permitiría salir del
 país. En los Estados Unidos se cerrarían las fron-
 teras de Méjico y el Canadá con doble fila de ba-
 yonetas y cañones. Sólo los funcionarios del go-
 bierno, de lealtad insospechable al régimen, po-
 drían obtener pasaporte para salir del país cuando
 fueran en misión oficial al exterior, pero el gobier-
 no se cuidaría muy bien de mandar al extranje-
 ri únicamente funcionarios que dejaran en el país
 madres, esposas e hijos, que podrían apresarse co-
 mo rehenes si el viajero se demoraba mucho por
 fuera.

Cuando la América se vuelva roja, adiós vaca-
 ciones y paseos en los veranos. Las fábricas y los
 campos colectivizados necesitarían nuestras dos ma-
 nos—y seguramente «no» necesitarán las alocadas
 ideas de libertad que podríamos adquirir si se nos
 dejara viajar al exterior y ver cómo viven otros
 países que no han recibido la bendición del co-
 munismo.

En Rusia se puede obtener un pasaporte para
 salir del país, pero pagando el equivalente de 500
 dólares en oro. Hoy en día Rusia casi no hay quien
 tenga semejante fortuna.

Los comunistas rusos insisten en que no hay nin-
 gún ciudadano de los Soviets que quiera salir del
 país, porque el estado socializado es una Utopía.
 una sociedad sin clases donde todos los hombres
 son hermanos, todos iguales, todos felices y segu-
 ros. Pero el hecho de que las fronteras de Rusia
 tienen que mantenerse herizadas de ametralladoras
 con los cañones apuntando hacia adentro, para
 mantener a los felices habitantes dentro de su
 Utopía, y de docenas de rusos sean fusilados todas
 las semanas tratando de pasar la frontera, no es
 un argumento muy elocuente para demostrar la fe-
 licidad en que viven.

Jamás en su historia había estado Rusia tan po-
 bre, tan vestida de harapos, tan hambrienta. Las
 multitudes de gente que se ven en las calles, es-
 perando durante varias horas resignadas y cansa-
 das para poder comprar pan negro y un trozo de

carne, son los más desherrapados, los más tristes,
 los más miserables seres humanos que he visto en
 todo el mundo poblado por la raza blanca.

Comparando con la actual situación, puede decirse
 que en los días de los Zares, Rusia era un país
 de abundancia. A los campesinos se les trataba mal
 políticamente, sin duda ninguna, pero por lo me-
 nos comían. Ahora los únicos que tienen suficiente
 para comer son los que se alimentan en las cocinas
 de las fábricas.

La pobreza parece ser la suerte de todo el mun-
 do, excepto la nueva clase gobernante, los comi-
 sarios y funcionarios de los Soviets, que viven en
 magníficos apartamentos y pasean en lujosos au-
 tomóviles. La prueba más terrible y patente de que
 el comunismo ruso es un experimento fracasado,
 es la gran superioridad en la situación económica
 que se observa en las dos antiguas provincias ru-
 sas, Finlandia y Polonia.

En Leningrado vi harapos y mugre, filas inter-
 minables de gente con hambre, tristeza y pobreza
 general. Helsingfors, la capital de Finlandia, se ve
 limpia, orgullosa y respetable.

Y sin embargo, Finlandia fué vasalla de Rusia
 durante siglos, y siempre le fué mal. Pero escapó
 al bolcheviquismo. Pudo aprovechar el trabajo e
 iniciativas individuales de sus ciudadanos, y hoy
 día, aunque inteligentemente socializado, el país
 está manejado por una clase civilizada. El aspecto
 físico de los dos países necesita sólo ser observado,
 para que se termine toda discusión sobre cuál de
 los dos sistemas es mejor.

Polonia y Rusia presentan un contraste todavía
 más marcado. En la frontera polaca salí del tren
 miserable, sucio y maloliente, lleno de gente des-
 peinada, y pasé a un tren polaco—a la limpieza,
 la velocidad, la comodidad y la decencia. Sentí
 que volvía a entrar a un país civilizado.

Y sin embargo, fué el territorio polaco y no el
 ruso el que sufrió durante la guerra con Alemania.
 Polonia fué en el frente oriental lo que el Norte de
 Francia en el occidental, y quedó convertida en un
 vasto mar de desolación. Sus ciudades se incendia-
 ron, sus fábricas y minas desaparecieron, sus cam-
 pos volaron en pedazos, sus haciendas fueron des-
 truidas y sus ganados muertos. Ninguna otra na-
 ción de Europa quedó tan postrada como Polonia
 cuando terminó la guerra.

Durante este mismo período de destrucción, Ru-
 sia no sufrió casi nada.

Pero en estos cuatro lustros, mientras los comu-
 nistas en Rusia estaban fusilando a todos los ciu-
 dadanos capaces y bien preparados, expulsando a
 los comerciantes, poniendo presos a los hacenda-
 dos, bailando al son de la tiranía de los campesi-
 nos y obreros que estaban empobreciendo a todo el
 mundo en su fanática hostilidad contra el capi-
 talismo, Polonia ha estado gozando de una pros-
 peridad sin igual. Sus fábricas están ya recons-
 truidas, sus haciendas están produciendo como ja-
 más lo hicieron antes, sus finanzas están en per-
 fecto orden, su minoría culta e inteligente en el
 poder, su pueblo comprendiendo la libertad y go-
 zando de ella. El único terror que tienen es la po-
 sibilidad de que el comunismo, con su formidable
 Ejército Rojo, pueda invadir el país y degradarlo
 al mismo nivel que prevalece al otro lado de la
 frontera.

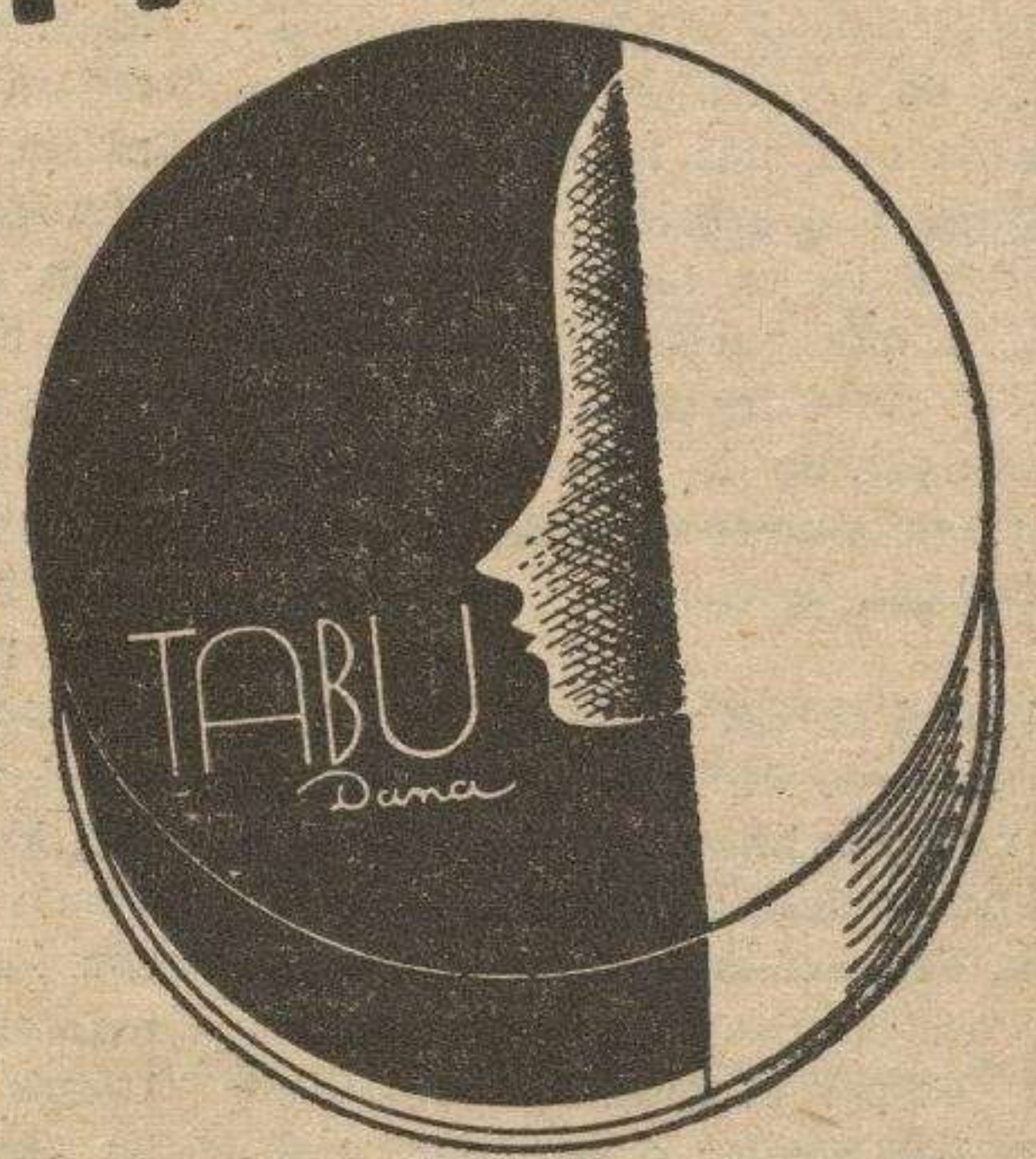
Tiene que haber algo violentamente malo en el
 sistema ruso, algo que mantiene al país atrasado
 y pobre cuando sus vecinos menos favorecidos por
 la naturaleza avanzan rápidamente por el camino
 de la prosperidad y la libertad. (Que muchas de las
 cosas de Rusia están decididamente bien, como las
 prisiones, etc., yo he sido el primero en admi-
 tirlo como se ve en otros artículos que he escrito
 sobre Rusia).

Los comunistas en las Américas que quieren
 hacernos tragar el anzuelo del sistema ruso po-
 drían gastar su aliento con mejor provecho en lec-
 ciones de canto. Tenemos que hacer grandes refor-
 mas, tenemos que curar el cáncer social, pero la dic-
 tadura del proletariado no es, seguramente el re-
 medio apropiado para ninguna de nuestras nacio-
 nes amantes de la libertad.



LAS ROSAS SE MARCHITAN,
EL CUTIS TAMBIEN, SI NO
SE USAN LOS POLVOS
TABU

Dana
PARIS FRANCE



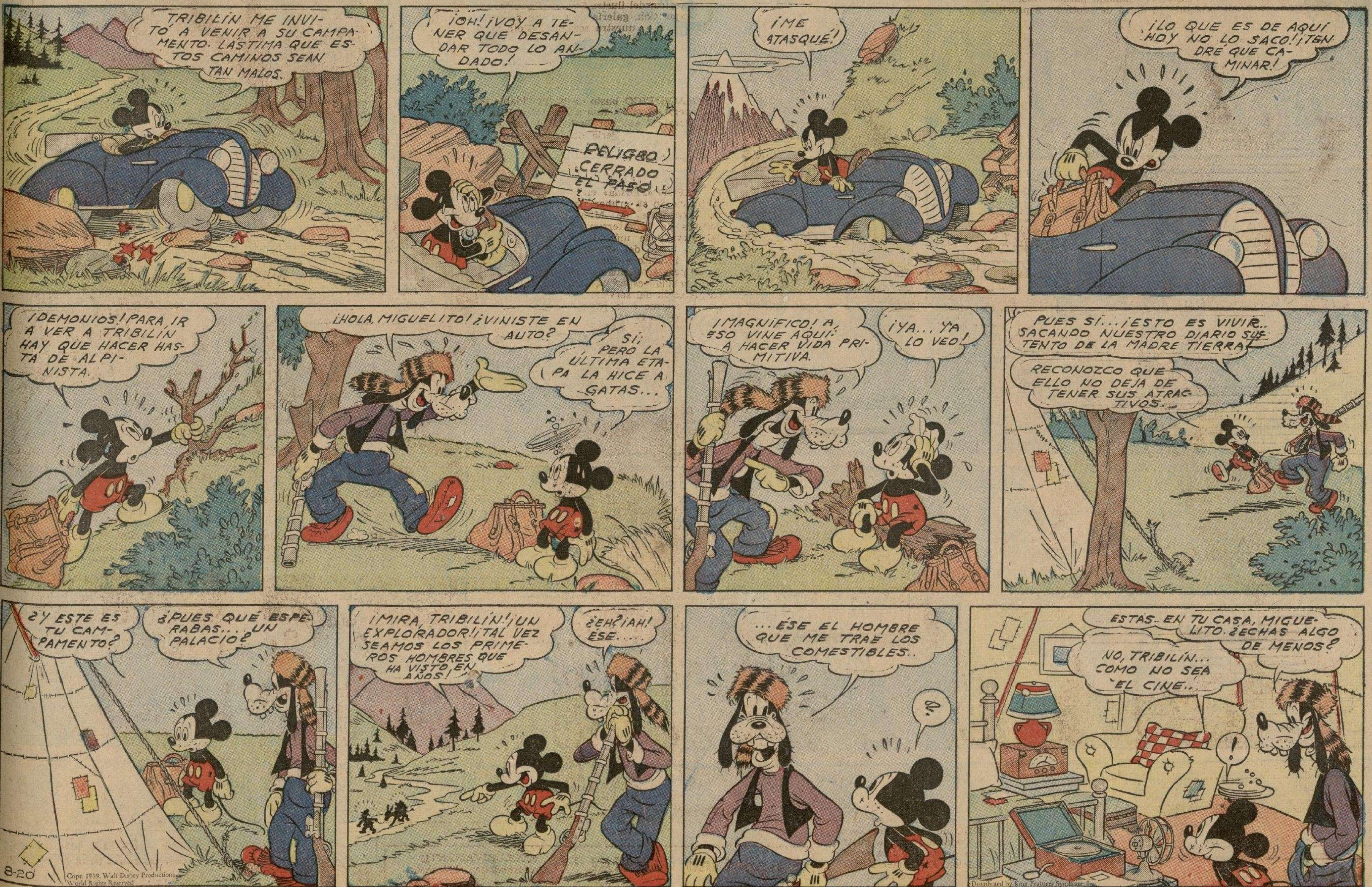
DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 27 DE AGOSTO DE 1939

TRAVESURAS
DE
PLUTO
POR
WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

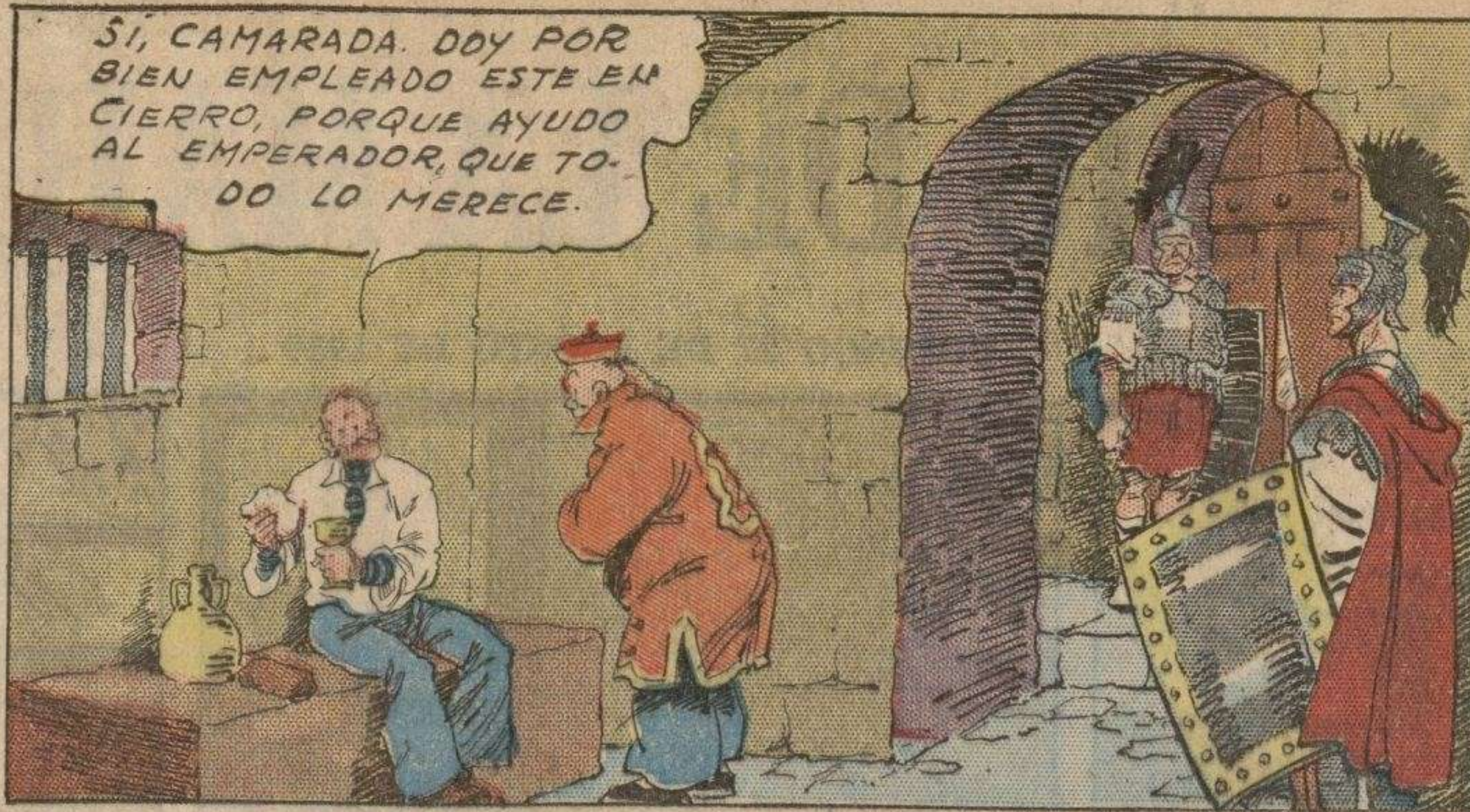


WANG-LA

DOR

BRANDON WALSH

RECORRIENDO LOS ARRABALES DISFRADO DE MENDIGO, EL EMPERADOR, QUE VA ACOMPAÑADO DE WONG Y ANTONIO, CAE EN UNA CELADA DEL PÉRFIDO CATÓN; PERO LOGRA SALVARSE GRACIAS A LA BUENA SUERTE Y A LA VALENTÍA DE SUS COMPAÑEROS.



SI, CAMARADA. DOY POR BIEN EMPLEADO ESTE EN CIERRO, PORQUE AYUDO AL EMPERADOR, QUE TODO LO MERECE.



HEMOS DEMOSTRADO AL EMPERADOR QUE SU FALSO AMIGO CATÓN ES UN INDIGNO PIRATA QUE CONSPIRA PARA DERROCAR AL GOBIERNO Y AGUARDAR UNA OCASIÓN PARA CLAVARLE UN PUÑAL EN LA ESPALDA.



¿QUIÉN NEGALA QUE LOS CLIMINALES SIEMPRE SON COBALDES Y QUE QUE CLEE LEVANTAL UN MONTÍCULO PUELE ESTAL CAVANDO UNA FOSA?

Y CATÓN, ¿SIGUE EN LIBERTAD?



EL TLAILOL NO SALE LE SU GUALILA BIEN OCULTA; PERO ESTE IGNORANTE LECUELDA QUE LA ZOLLA NO HACE TANTO EN UN AÑO COMO LO QUE PAGA EN UNA HOLA.



NUESTROS PLANES HAN SIDO FRUSTRADOS POR LOS PERROS EXTRANJEROS A QUIENES PROTEGEN UNOS DEMONIOS PODEROSOS. ELLOS ACONSEJAN AL EMPERADOR, SUGIRIÉNDOLE HÁBILES ESTRATAGEMAS.



PERO, ¿HEMOS DE SEGUIR ESCONDIDOS COMO TOPOS?

LA SOMBRA DE LA MUERTE CABE SOBRE NOSOTROS.

NO TEMAIS. CATÓN NO ES CIEGO NI MANCO.



¡WONG! ¡TOMAS! ¡SOCORRO!

¡ALTO, NECIOS! ¿QUERÉIS DESTRUIR EL CEBO QUE ATRAERA A LOS OTROS A LA RATONERA?



TRAIGO UNA MALA NOTICIA. LA GENTE DE CATÓN HA CAPTURADO A CARLITOS.

ESTA ESCLITO. LLOAMOS AL NACEL Y CALALIA QUE VIVIMOS LO JUSTIFICA.

ANITA Y SUS AMIGOS

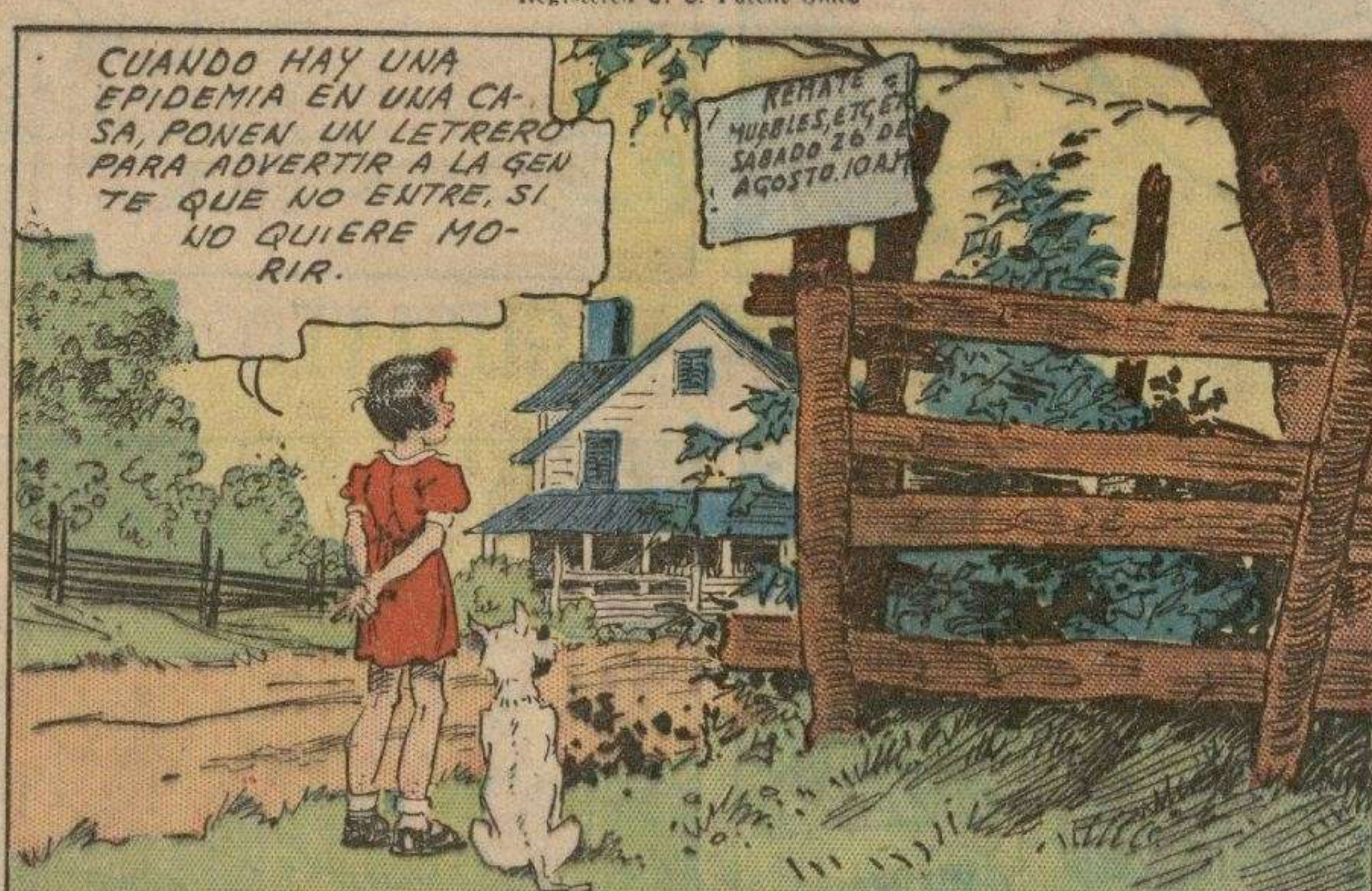
Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



¡QUÉ LÁSTIMA LE TENGO A LA POBRE SEÑORA!

REMATE MUEBLES, ETC, ETC. SABADO 26 DE AGOSTO.

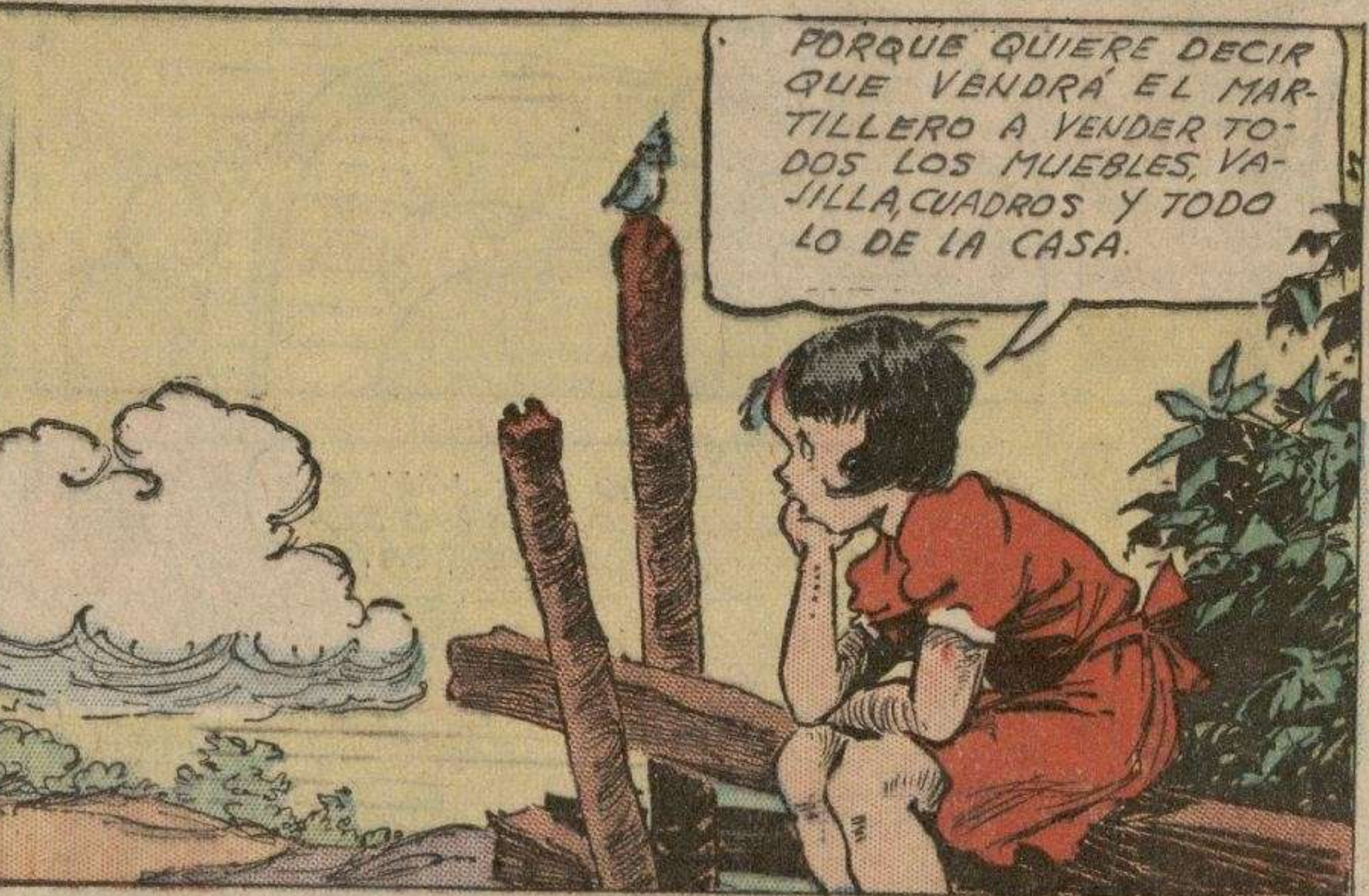


CUANDO HAY UNA EPIDEMIA EN UNA CASA, PONEN UN LETRERO PARA ADVERTIR A LA GENTE QUE NO ENTRE, SI NO QUIERE MORIR.

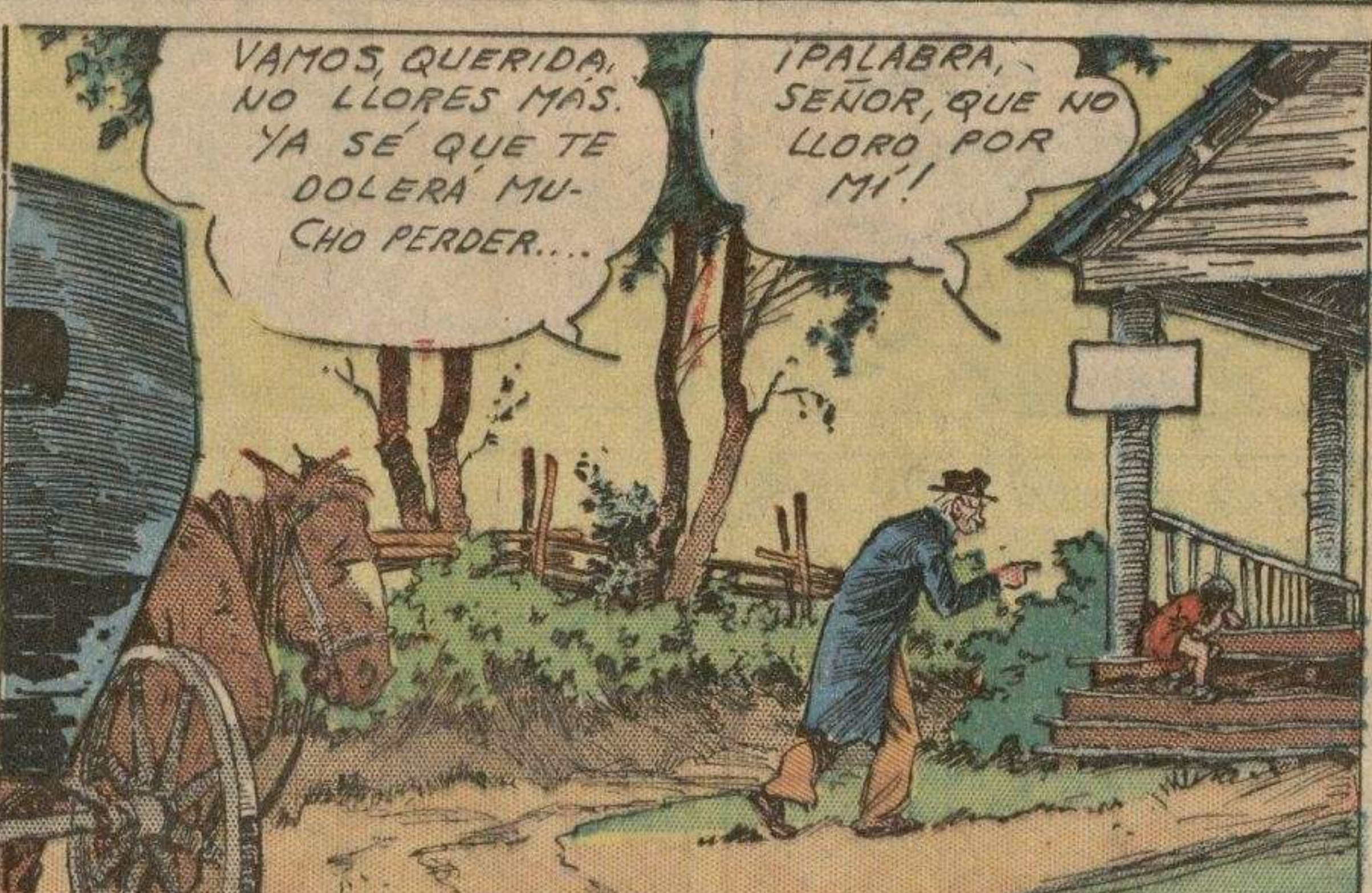
REMATE MUEBLES, ETC, ETC. SABADO 26 DE AGOSTO, 10 AM.



CUANDO VEO UN LETRERO ASI, ME SIENTO ENFERMA Y ESE QUE HAN CLAVADO A LA PUERTA DE LA SEÑORA ME AFECTA DE LA MISMA MANERA.



PORQUE QUIERE DECIR QUE VENDRA EL MARTILLERO A VENDER TODOS LOS MUEBLES, VASILLA, CUADROS Y TODO LO DE LA CASA.

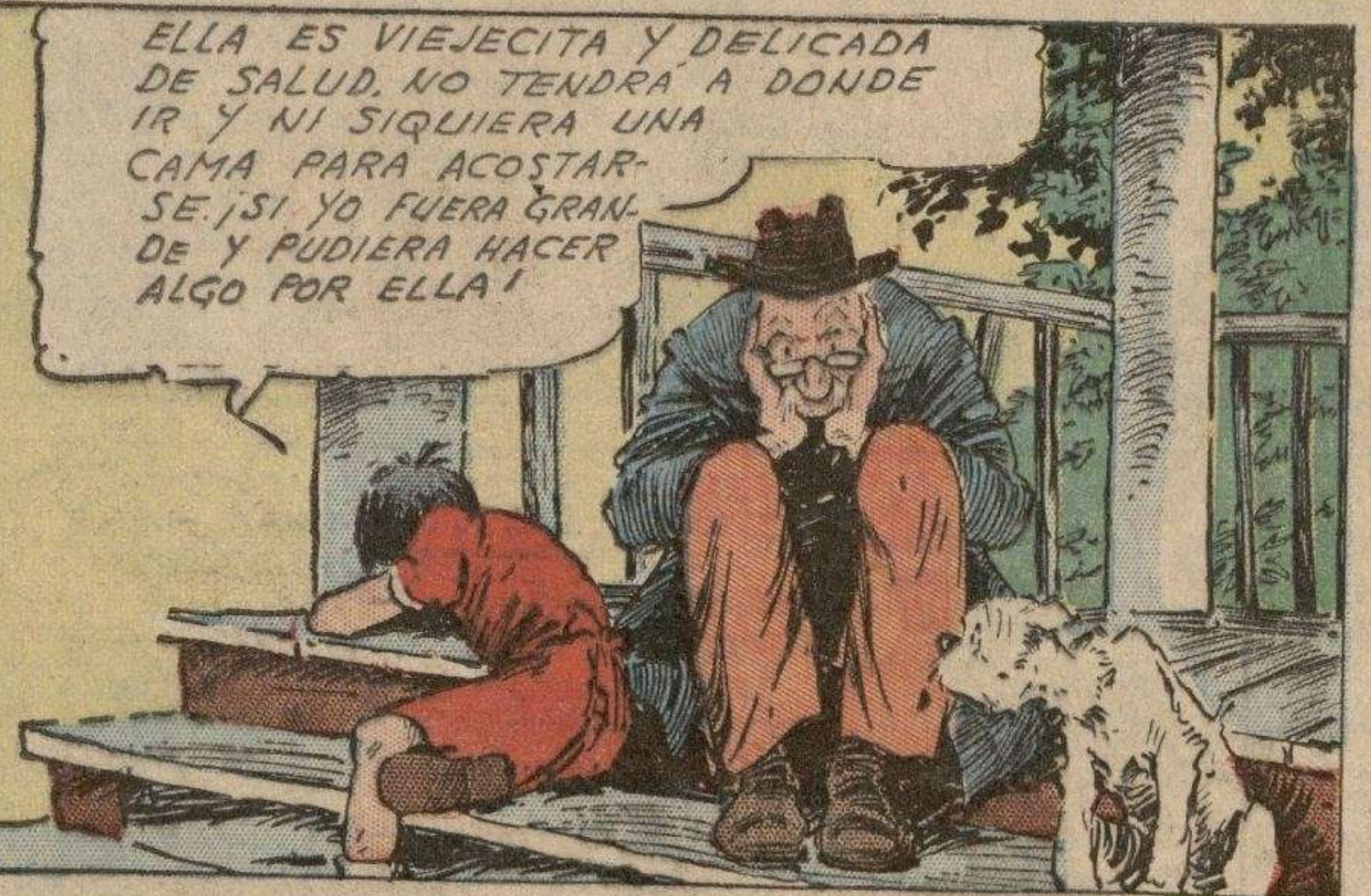


VAMOS, QUERIDA, NO LLORES MAS. YA SE QUE TE DOLERA MUCHO PERDER...

¡PALABRA, SEÑOR, QUE NO LLORO POR MI!



YO NUNCA HE TENIDO MUEBLES, NI CASA, NI PADRES, PERO LA POBRE SEÑORA PERDIO A SUS PADRES Y LUEGO A SU MARIDO, Y AHORA LE VAN A QUITAR SU CASA Y TODO LO QUE TIENE DENTRO.



ELLA ES VIEJECITA Y DELICADA DE SALUD, NO TENDRA A DONDE IR Y NI SIQUERA UNA CAMA PARA ACOSTARSE, SI YO FUERA GRANDE Y PUDIERA HACER ALGO POR ELLA!



¡BENDITA SEAS CRIATURA! TÚ PODRÁS SEGUIR AYUDÁNDOLA COMO HASTA AHORA. TUS CUIDADOS LE HAN HECHO MÁS BIEN QUE LAS MEDICINAS!

¿PALABRA? ¿LO DICE EN SERIO?



¡Y TAN EN SERIO! NADIE SABE MEJOR QUE UN MEDICO QUE MIENTRAS HAY VIDA HAY ESPERANZA! ¿NO DEBEMOS DESANIMARNOS?

¿QUIERE DECIR QUE TODO SALDRA BIEN?



MODESTO RIZOS



MODESTO SALE A CUMPLIR UN ENCARGO IMPORTANTE QUE LE HA DADO EL TÍO CRESCENCIO.

EL AMIGO DE MI TÍO VIVE EN UN LUGAR BASTANTE APARTADO.



SI MI TÍO TUVIERA CONFIANZA EN SU YERRO, LE HABRÍA CONFIADO A ÉL ESTA MISIÓN.



MORGET PIERDE EL EQUILIBRIO Y MODESTO, QUE ESTÁ ATURDIDO, RUEDA CUESTA ABAJO.



¿DÓNDE ESTOY? ¿QUIEN ES USTED? ¡CARAMBA!... ¡SI ES JOSÉ NUÑEZ!

¡TEN PERSONA, RIZOS! ¡IBA DE PASO HASTA LA CIMA DEL CERRO CUANDO LO DIVISE AQUÍ.



¿QUE LE SUCEDIO?

SÓLO RECUERDO QUE CUANDO SUBÍA A CASA DE UN AMIGO DE MI TÍO, SENTÍ UN GOLPE EN LA CABEZA.



ENTRETANTO, EN LA CASA DEL AMIGO DE DON CRESCENCIO, MI SUEGRO, EL SEÑOR CROSSER, ME MANDO POR ESE DOCUMENTO, SEÑOR LOCK, Y VENGO A PEDIRLE SU ENTREGA.

LO SIENTO, SEÑOR MORGET, NO SE LO PUEDO DAR SIN QUE EL SEÑOR CROSSER ME LO PIDA POR ESCRITO.

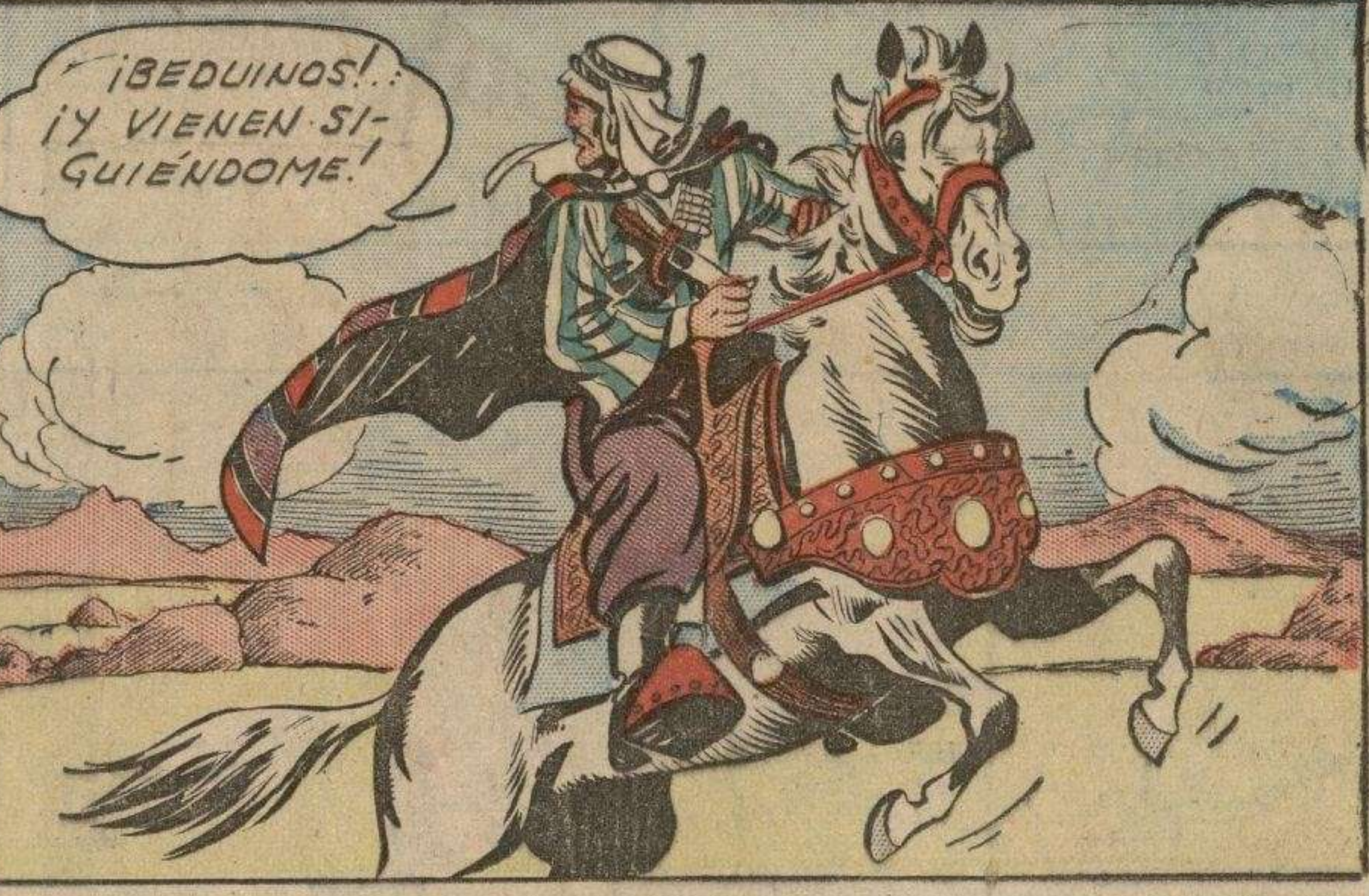
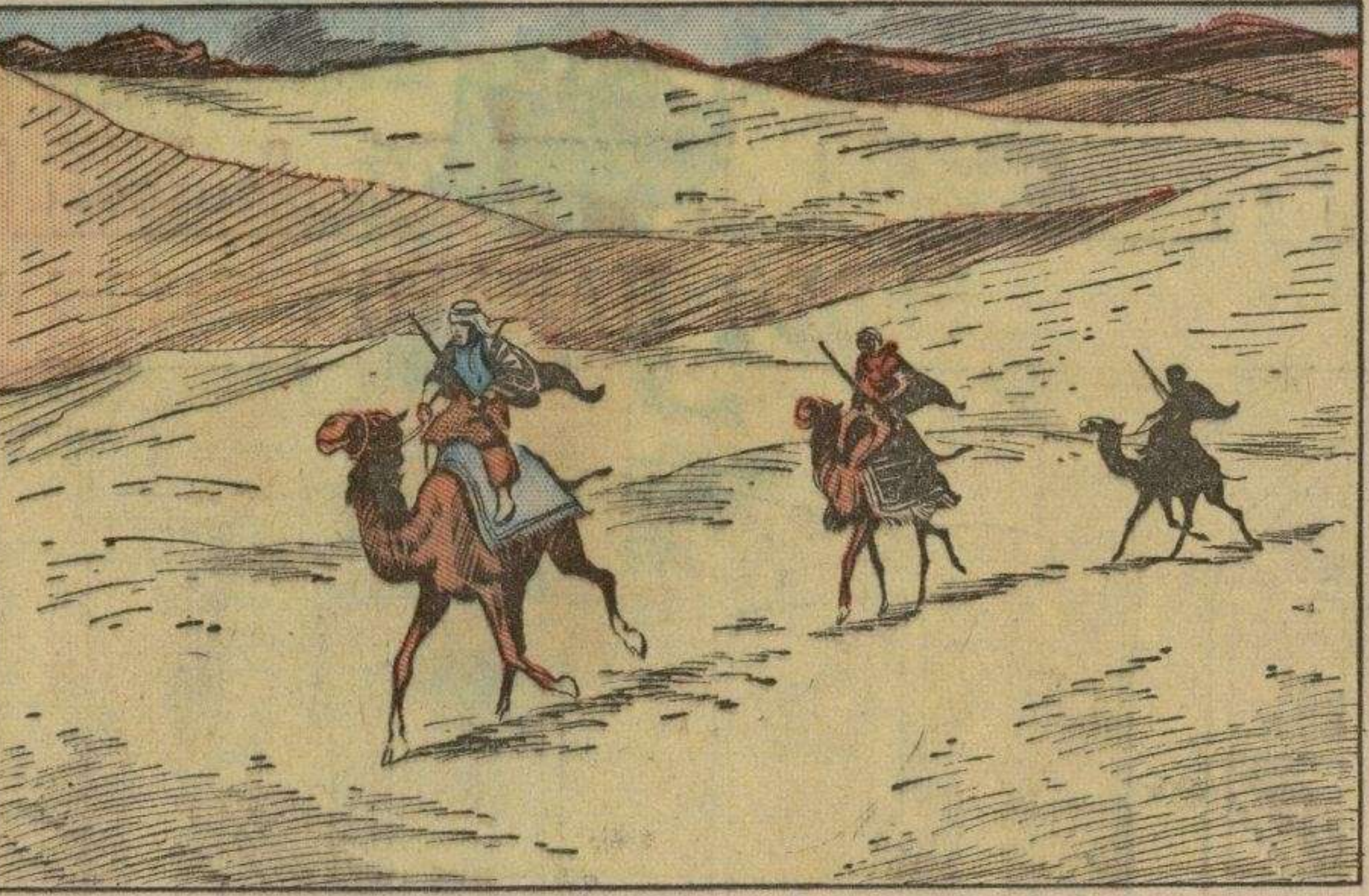
CONTINUARA

Aventuras de Aguilucho

Lyman Young



LEVANTATE Y PONGÁMONOS EN MARCHA. AHORA IREMOS DESPACIO.



¡BEDUINOS! ¡Y VIENEN SIGUIENDOME!



ESOS TRES CAMELOS IBAN EN LA MISMA DIRECCION QUE GAYTAN. COMIENZO A PREOCUPARME POR EL AGUILUCHO.

NOS DIJO QUE LO ESPERÁRAMOS AQUÍ HASTA QUE VOLVIERA; PERO CREO QUE DEBEMOS SALIR A BUSCARLO, PEPE.



SI PUEDO CONTENERLOS HASTA QUE LLEGUE LA NOCHE, PODRÉ ESCAPARME; PERO SE ME VAN ACABANDO LAS MÚNICIONES.



¡SENTÍ UN TIROTEO, AGUILUCHO!

EL SONIDO VIENE DE AQUELLAS ROCAS. ¿VES ESOS CAMELOS?



¡JADELANTE!



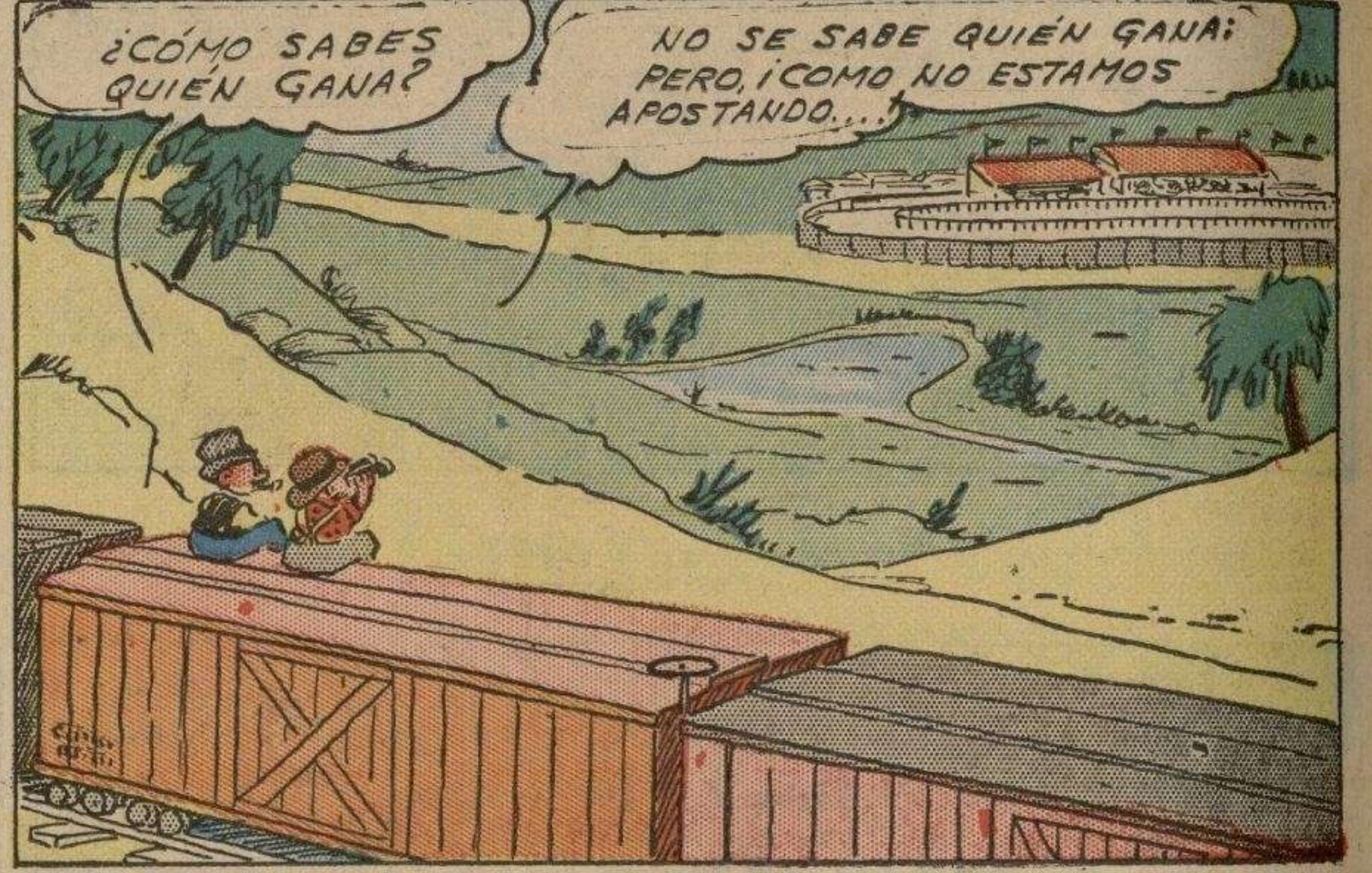
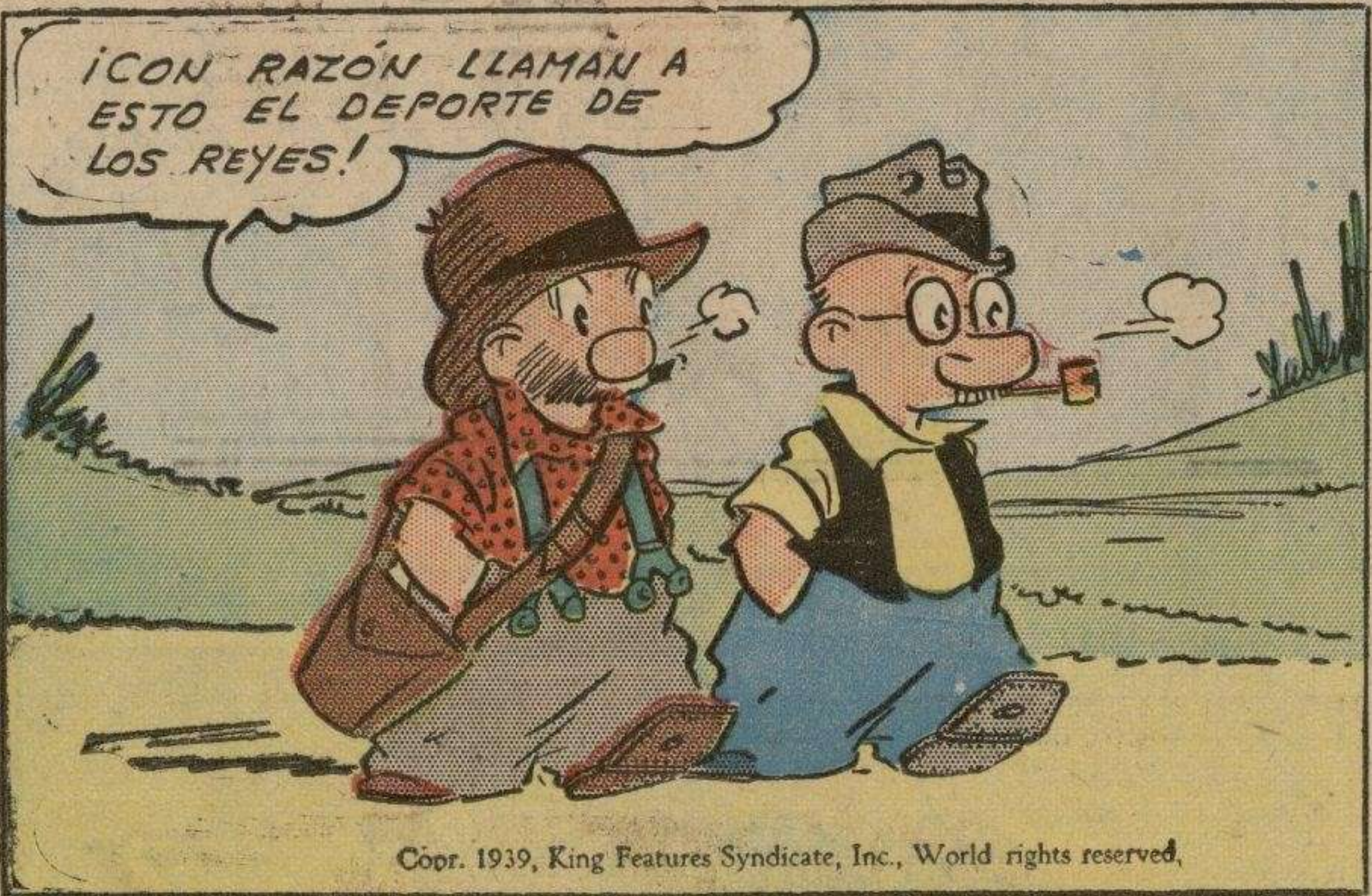
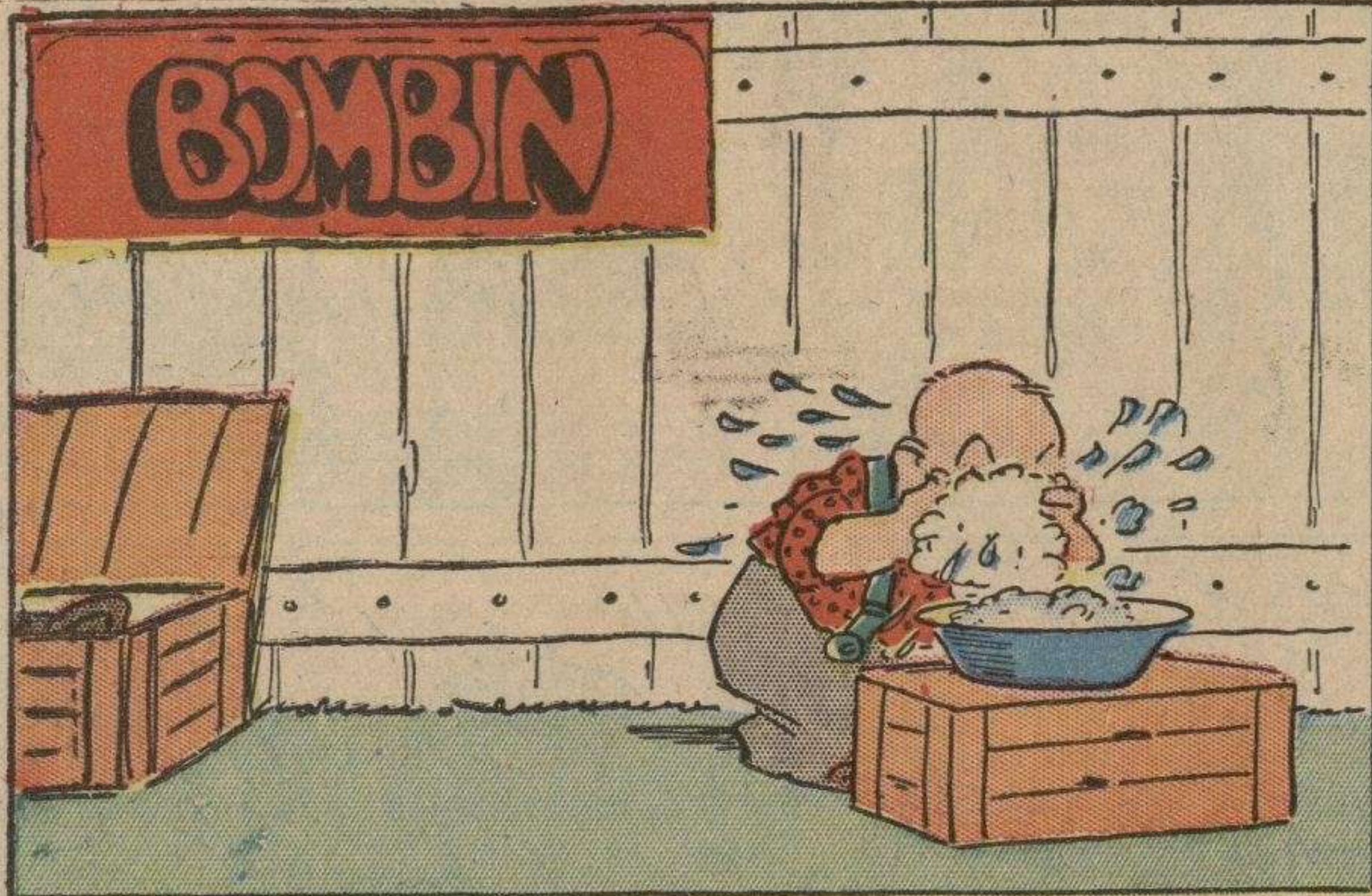
PARECE QUE HICIMOS BIEN EN NO OBEDECER SU ORDEN DE ESPERARLO, GAYTAN.

USARON SU SENTIDO COMUN, MUCHACHOS. Y AHORA VAMOS A INTERROGAR A NUESTRO PRISIONERO.

¿LOGRARA GAYTAN, CON LA AYUDA DE PEPE Y AGUILUCHO, RESCATAR A SU HERMANA DEL PODER DE LOS BEDUINOS DEL JEQUE SELIM ABU?

CONTINUARA



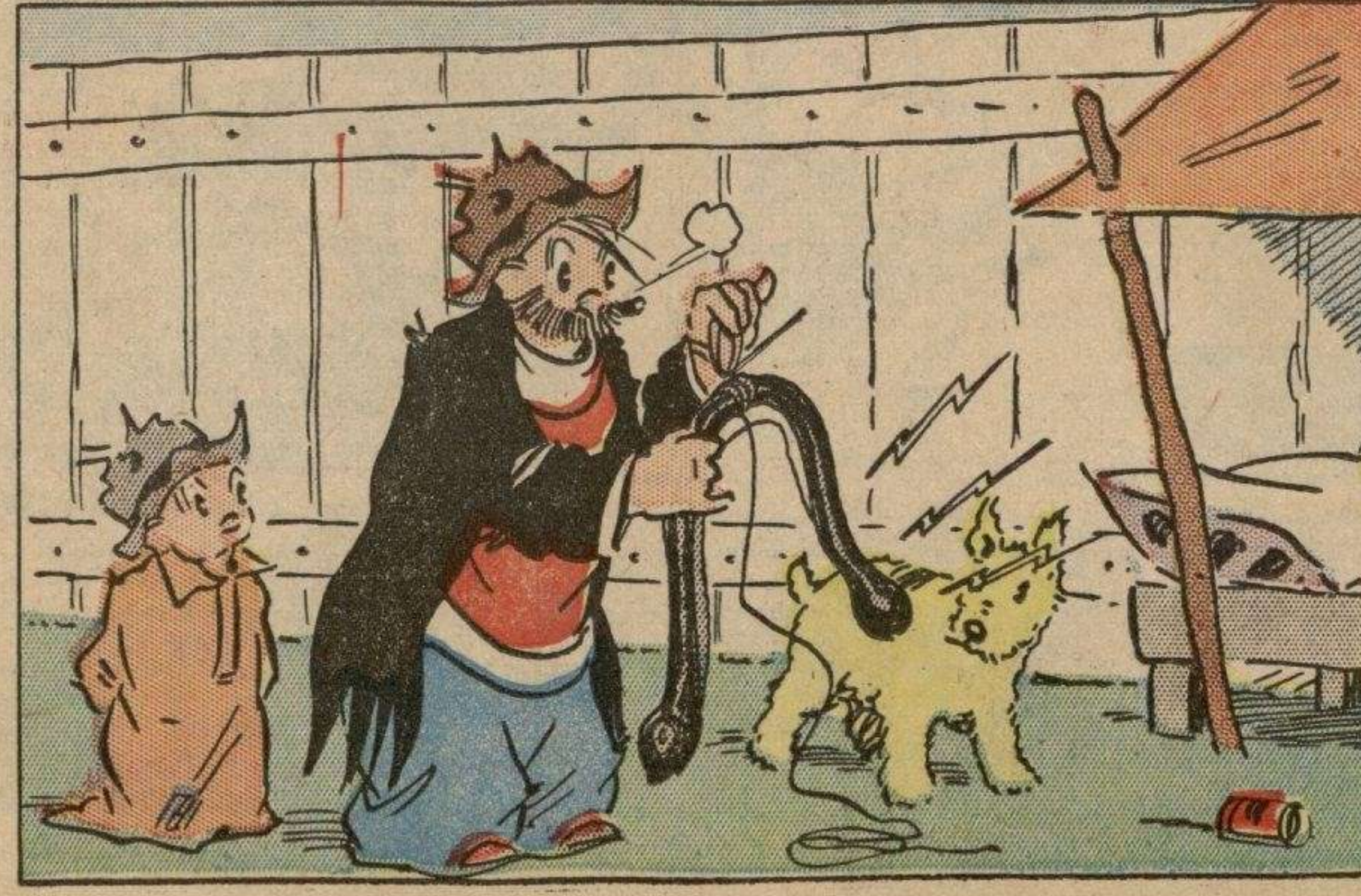
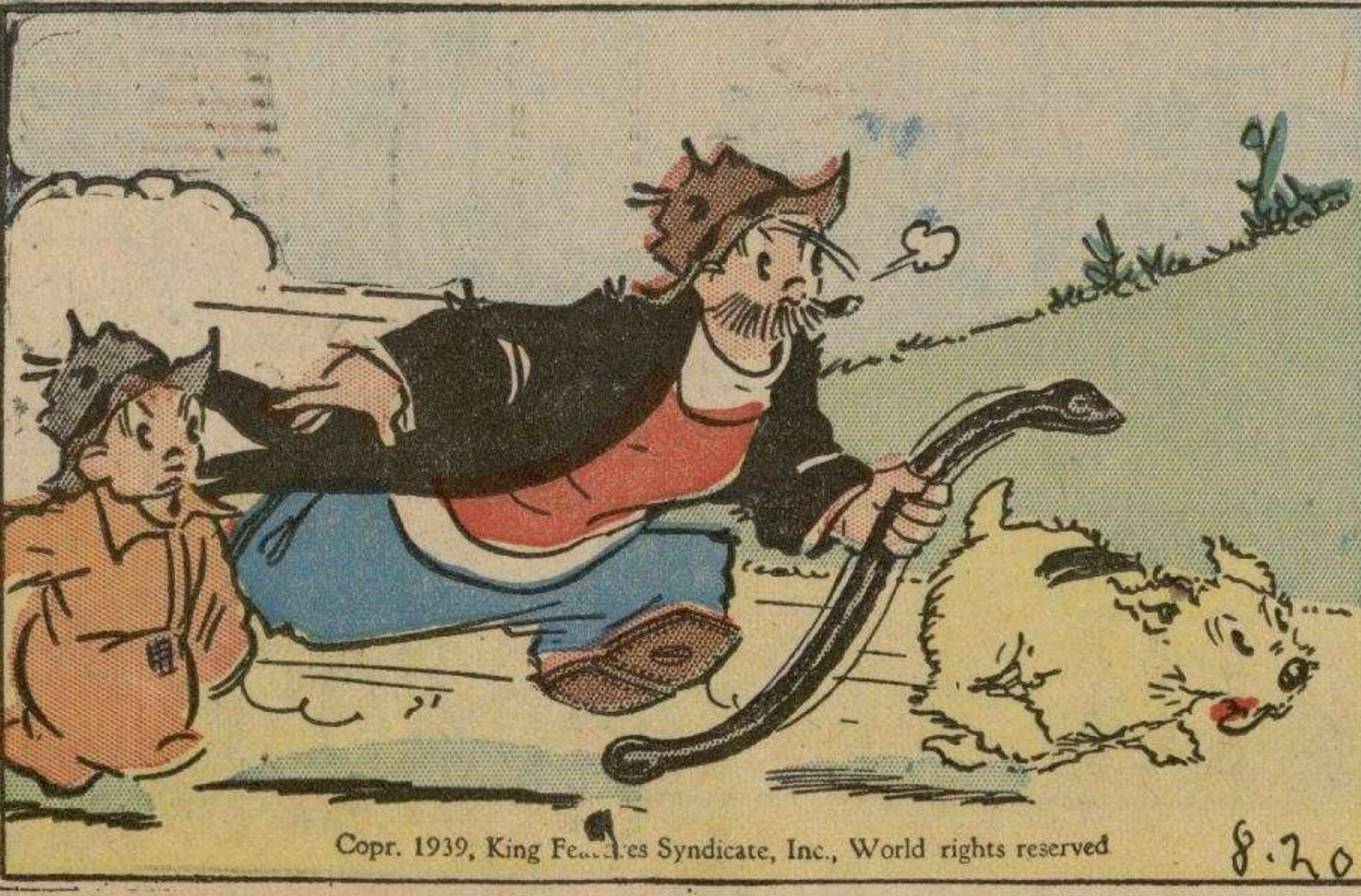
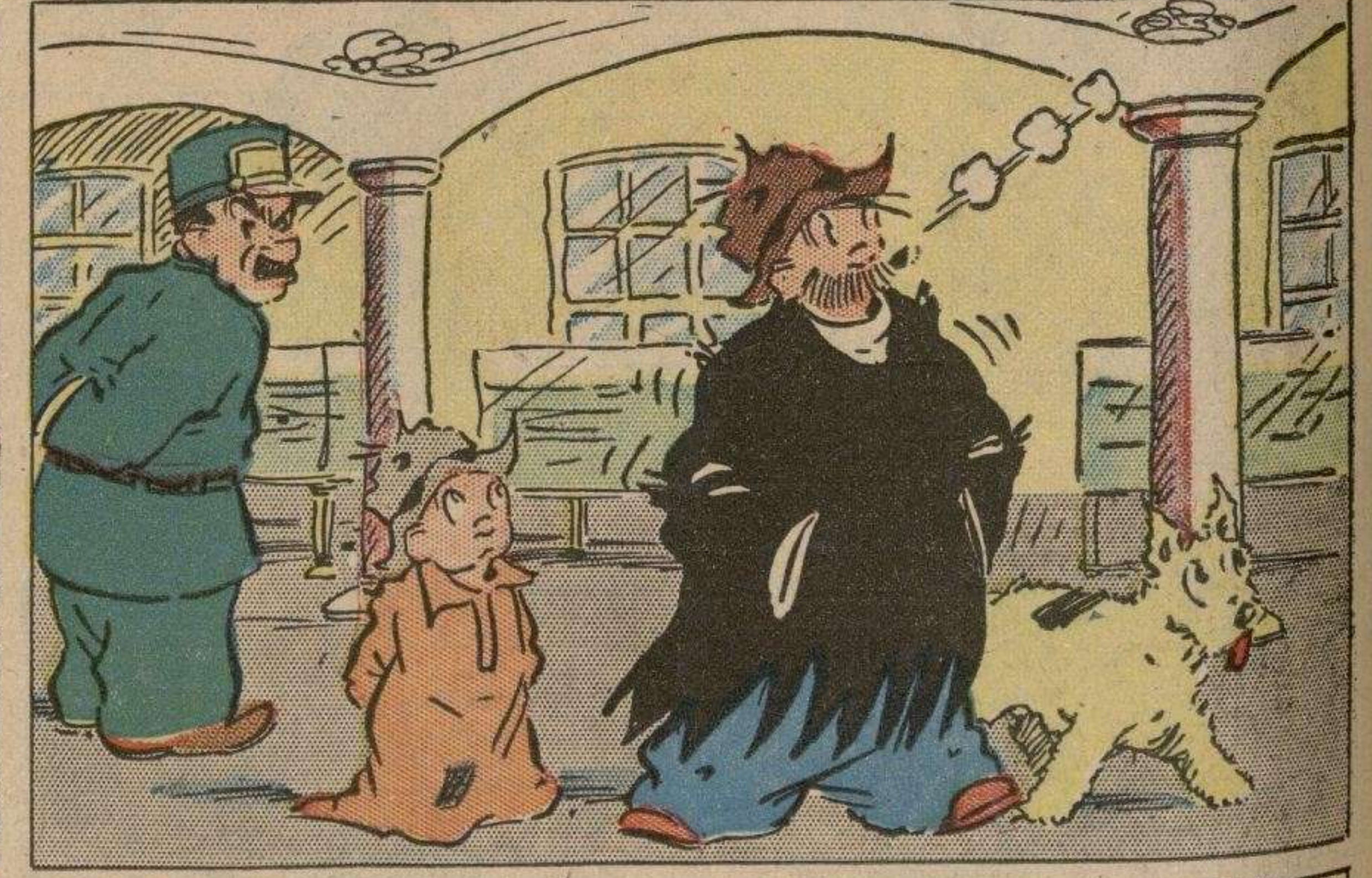
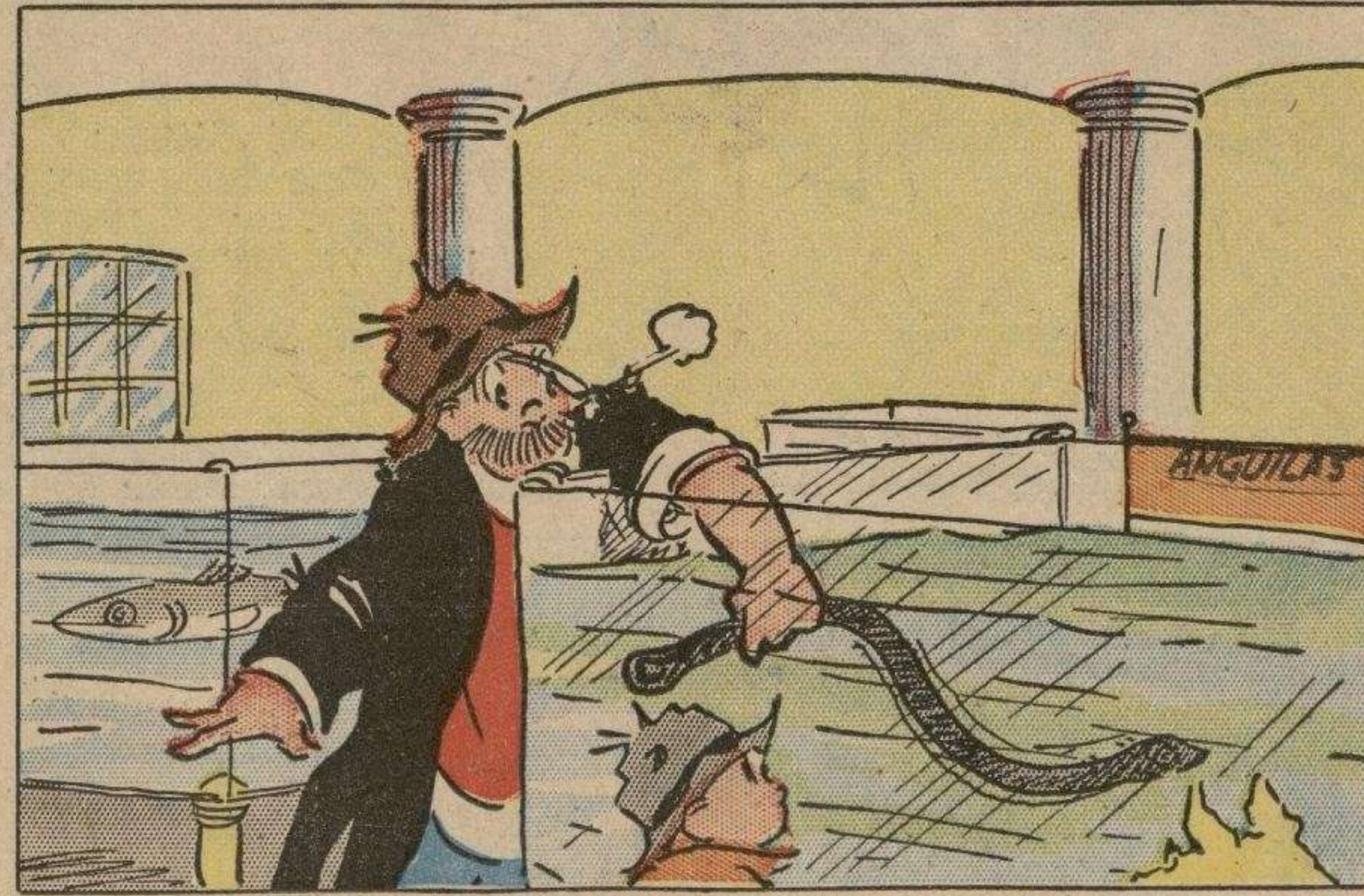
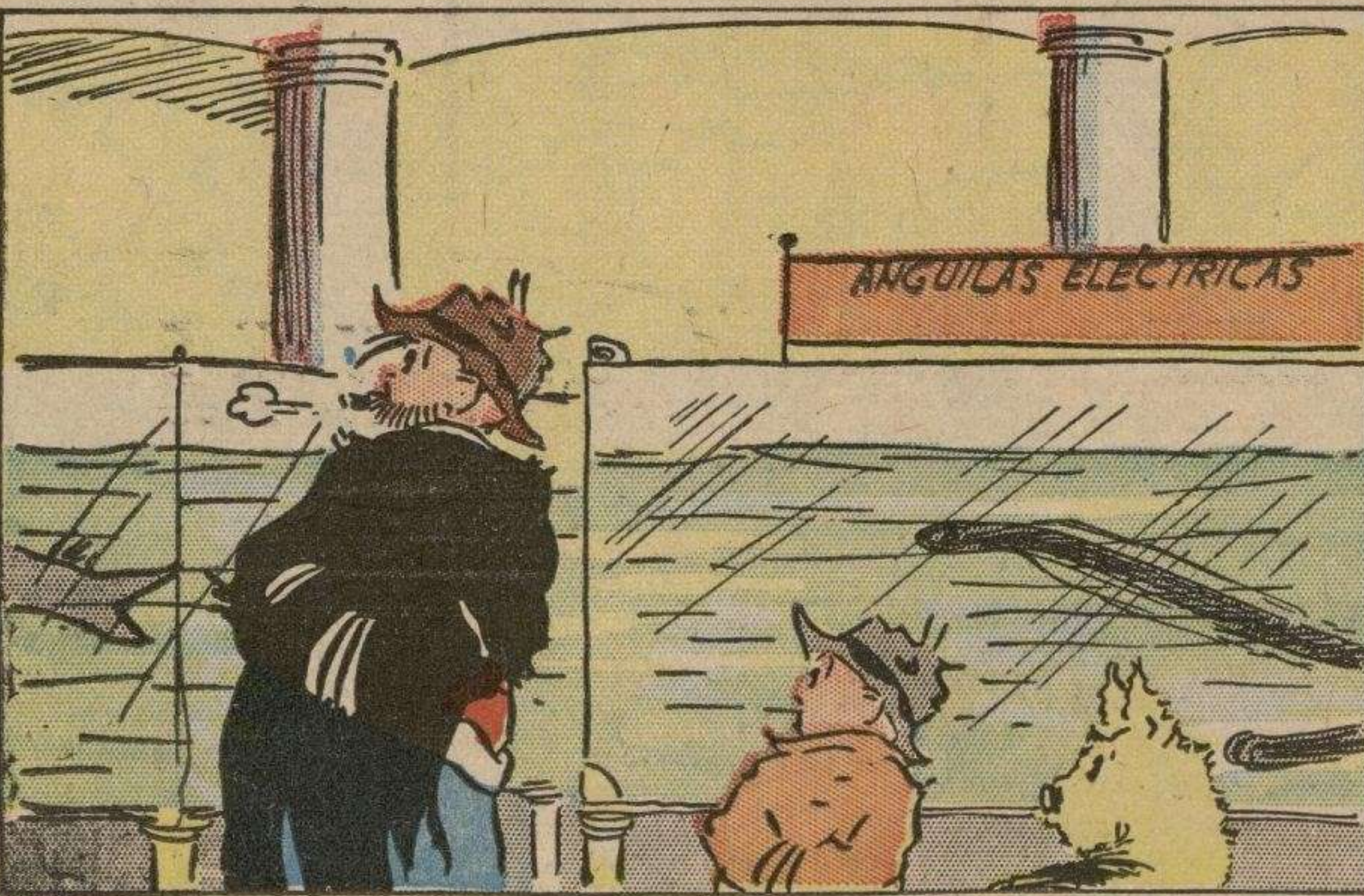
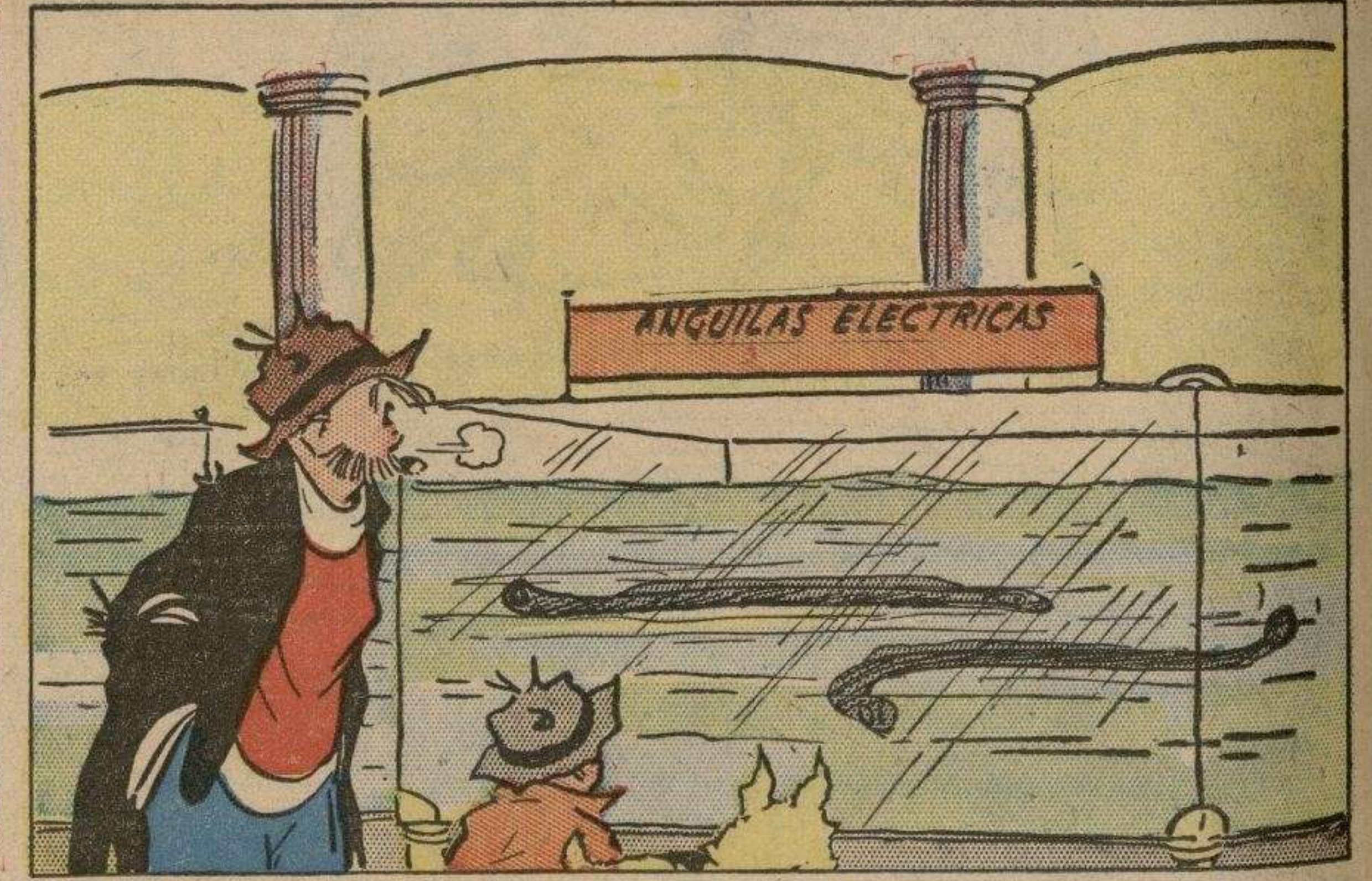


Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

8-20

C.D. RUSSELL

PEDRO HARAPOS



Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

8-20

C.D. RUSSELL